



EL LIBRO DE
LOS PLACERES

Raoul Vaneigem

traficantes de sueños
mapas



traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.


© 1979, del texto, Raoul Vaneigem.
© 2014, de la edición, Communauté française de Belgique, Espace Nord.
© 2022, de esta edición, Traficantes de Sueños.




creative commons


Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)


Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

 * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

 * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
- Los derechos morales del autor
- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Ilustración de cubierta e interior: Beatriz Aurora,
Frutero con alineación de planetas, 1998.

Primera edición en francés: *Le livre des plaisirs*, París,
Encre Éditions, 1979.

Primera edición: febrero de 2022
Título: El libro de los placeres.
Autor: Raoul Vaneigem
Traducción y notas: Javiera Mondaca

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños


Edición:


Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid.

Tlf: 915320928

mail:editorial@traficantes.net

 @editorial.Traficantes

 @Traficantes_Ed

ISBN: 978-84-124538-3-6

Depósito Legal: M-5987-2022

El libro de los placeres

Raoul Vaneigem

Traducción y notas:

Javiera Mondaca

traficantes de sueños
mapas

Índice

Tábula rasa	11
Prefacio a la edición española. Hacer caso omiso de lo que nos prohíbe vivir	25
Prefacio a la reedición belga. La vida ante todo	33
1. El goce implica el fin de todas las formas de trabajo y de obligación	37
2. El goce implica el fin del intercambio en todas sus formas	71
3. El goce implica el fin de la función intelectual y del Estado	93
4. El goce implica el fin de la culpabilidad y de toda sociedad represiva	117
5. La autogestión generalizada implica el libre renacimiento del niño reprimido en cada uno de nosotros	137
6. La autogestión generalizada verá el fin de los placeres invertidos	159
7. La emancipación autónoma de los individuos es la única base de la sociedad sin clases	181

Tábula rasa

En el alborar de la vida se extingue la larga noche de la mercancía, la única e irrisoria luz de una historia inhumana. ¿No es suficiente que a lo largo de siglos las pasiones se hayan doblegado bajo la mirada oblicua de la muerte, que los deseos se hayan entrelazado con el reverso de lo vivo y que la mayor parte de la existencia se haya fundado en la sangrienta búsqueda de ganancia y poder? ¿No basta con que sus revoluciones tengan una mancha de sangre intelectual en la frente? La violencia también va a cambiar de base.

La supervivencia que hoy se liquida en la ruina del mercado de intercambios es la producción de la miseria cotidiana, industria totalitaria por excelencia, que sucumbe a su vez a lo que llamáis crisis y que no es más que el desmoronamiento de vuestra mortífera civilización.

La sociedad mercantil no ha forjado nada humano excepto el molde paródico que ha servido para propagarla por todas partes. El desmembramiento que el valor de cambio impone sobre lo vivo solo

ha tolerado fragmentos de personas, embriones que pacientemente se secan en las probetas sociales de la rentabilidad, seres condenados a nunca pertenecerse porque pertenecen a un poder despojado primero del manto divino y luego de su carne ideológica hasta el punto de revelar el mecanismo esquelético de su abstracción: la Economía. Todo se ha jugado en ella, un destino que desde entonces debía jugar contra nosotros.

¿Es cierto que la vida extrae su sentido de la muerte, que la energía individual está necesariamente destinada al trabajo, que nadie escapa al juicio de los dioses, de los hombres, de la historia, que tarde o temprano todo debe pagarse, que la razón y la sinrazón manejan el cuerpo, que una existencia vale por su ausencia —por su sacrificio, su utilidad, su imagen de marca— y que la autoridad y el dinero prevalecen, *a fin de cuentas*, sobre el abrazo amoroso, el sorbo de vino fresco, los sueños, el olor a tomillo de los Alpillles, puesto que ellos pagan el precio? Si es así, estas son las verdades de un mundo al revés que no me interesa.

La verdadera vida todavía no ha salido a la luz. Brota entre los pasos de los últimos hombres inacabados, entre nuestros pasos. Habiendo aprendido tan bien a cansarnos de todo, ahora estamos cansados de morir bajo las apariencias de lo vivo. Al final de la desesperación, el camino se detiene o remonta. A su sociedad, donde la voluntad se convierte en violación y el impulso de vida en reflejo de muerte, ¿sería yo irremediamente el único que opondría el goce que no puede intercambiarse, el deseo que no puede reducirse a la economía, la gratuidad del placer arrancado a las leyes del doy para que des?

Incluso el desaliento y la falta de confianza inculcados desde la infancia han perdido el poder para convencerme de ello.

Aunque el progreso de lo humano en la mercancía ha podido ocultar durante un tiempo el progreso de la mercancía sobre lo humano, no se dejen engañar, el comportamiento individual, reducido al estado de cálculo y balance cotidianos, ya no resistirá más la irrupción de la vida en la historia. La masa colectiva de la voluntad de vivir se levanta contra la supremacía económica en decadencia.

El creciente aburrimiento que provocan los placeres de supervivencia —que son los placeres del mundo al revés— exige el descubrimiento y la emancipación de los placeres de vida que se encuentran bloqueados en ella. Su creación implica la destrucción de un sistema dominante que solo arrasará al comenzar inmediatamente su realización. La revolución ya no se encuentra en el rechazo de la supervivencia, sino en el goce de sí mismo, que todo conspira a prohibir, comenzando con los partidarios del rechazo. Contra la proletarización del cuerpo y los deseos, el placer sin reservas y sin contrapartida es la única arma que está al alcance de todos.

Vivir a contracorriente de la vida, tal ha sido la norma. Sin embargo, la *inversión de perspectiva* se está produciendo hoy frente a nuestros ojos desconcertando a los arquitectos del mundo al revés. Señala el fin de la era económica en el umbral de la autogestión generalizada. Sostiene el corazón de todos y se sostiene en el corazón de las condiciones históricas. Funda en la gratuidad de los goces el sabotaje de un circuito mercantil que paraliza los músculos e irrita

los nervios para inhibir el deseo en nombre del trabajo, del deber, de la obligación, del intercambio, de la culpabilidad, del control intelectual, de la voluntad de poder. A través de la inversión de perspectiva, puedo distinguir entre las mejores razones que acaban matándome y lo que me empuja a vivir sin razones. En ella, el rechazo de la supervivencia da paso a la afirmación de la vida insaciable.

*

Las personas están tan acostumbradas a temer, a matar, a despreciar y a odiar que intentan aniquilar a cualquiera que les diga que pueden estar equivocadas y que su actitud solo refleja el odio que sienten por sus propias vidas. Prefieren las drogas que suprimen la desesperación y la ilusión de haberse curado las entusiasma, pero el mal siempre está ahí para devorarlas.

La emancipación no tiene peores enemigos que quienes pretenden cambiar la sociedad y no dejan de ocultar, exorcizándolo, el viejo mundo que llevan dentro. Fiscales de la revolución, olfateadores de radicalidad, tenderos del mérito y del demérito, he aquí los adversarios acorazados de neurosis¹ contra

¹ Conviene ofrecer en este punto una breve explicación de la noción de coraza porque el autor volverá a ella a lo largo de la obra. El término, ya sea en el reino animal o humano, apunta a cierto mecanismo defensivo. Tal y como surgió el concepto en el terreno del psicoanálisis de la mano de uno de sus pioneros, Wilhelm Reich, la coraza es la suma de rasgos del carácter y tensiones musculares que forman una especie de armadura físico-psicológica destinada a proteger al individuo de estímulos, interiores o exteriores, que se perciben como peligrosos o amenazantes. De este modo, inhibe, no obstante, la libre circulación de la energía sexual en el cuerpo. Podría decirse, por tanto, que la coraza actúa como una especie de filtro que mediante un proceso de insensibilización nos impide percibir la realidad, interna y externa, en su totalidad.

los que se enfrentarán, con una violencia insospechada, todos los que empiecen a latir al ritmo de una vida sin obligaciones.

Conozco a los hombres del rechazo, pues he sido uno de ellos en muchos aspectos. Bajo la sotana de su sobrepuja crítica se agita el brazo secular de las peores inquisiciones. ¡Cuánto desprecio por sí mismo hay en quien se disfraza explícitamente con lo que proyecta implícitamente sobre los demás!

En un sistema que prolifera destruyendo a sus productores y, por tanto, destruyéndose, ¿cómo no convertimos en aliados de la mercancía cuando, celebrando el goce con los gritos de la impotencia para gozar, renunciamos a emancipar nuestros deseos del control económico que los invierte? Por mucho que los suicidas vituperen el mundo dominante se comportan en él como sus sirvientes, empujan el cielo hasta el punto de renovar el estiércol social en el que se pudren. A fuerza de sufrir porque nada cambia, se conforman con compadecerse de no cambiar en nada. Han hecho tan suya la decadencia del viejo mundo que mezclan su *De profundis* con su propio canto fúnebre.

«Vivir», dicen, «es quemarse con las evocaciones del amor y la amistad y, sin embargo, no calentarse». Estos anticuados parloteos huelen a rancio. Por eso se los respeta más, tanto si provienen de un terrateniente moribundo como de un burócrata desilusionado. También el moho otorga nobleza.

Trabajadores del orden y del desorden, de la represión y del desahogo,² el proceso autodestructor

² En el original *du refoulement et de défoulement*. *Refoulement* se usa para designar el acto o la tentativa psicológica de posponer, rechazar, reprimir los propios deseos o aspiraciones. *Défoulement* vendría

de la mercancía programa su declaración de inexistencia. La muerte los cogerá tal como han salido de la vida, con la melancolía del contable que elabora el balance cotidiano de la miseria, o con el garbo del comicastro que se exalta ante el espectáculo crítico de su fin ejemplar.

Han tomado prestado del poder, detestado y venerado a la vez, la altanería del rechazo que autoriza todas las bajezas, pero la vida se burla de la hipocresía de los mejores en la tempestad que hace la teoría en un vaso de agua. De los placeres nacerá la audacia, y la risa que ignora las órdenes, las leyes, la medida, derribará con la inocencia del niño todo lo que aún juzgue, reprime, calcule y gobierne.

Mientras el intelectual se las ingenia para pasar por el ojo de la cerradura, aquel que presiente un mundo de deseos empuja la puerta, una grosería sin igual para quienes persiguen la realización del pensamiento donde solo la vida busca realizarse. La progresiva abstracción del proceso mercantil ha convertido la cabeza en el refugio de lo vivo, pero ahí solo queda una sombra de poder en una torre de cráneos para reinar sobre una apariencia de cuerpos. Las heridas del envejecimiento, fuentes de tanta nostalgia, son las de la renuncia a uno mismo, las escarificaciones del placer desangrado en carne viva por el furor de aparentar, la necesidad de dominar, la voluntad de poder.

La mayoría de sus verdades no poseen más que la fuerza del desprecio que las ha propagado. Se imponen con severidad desde que las generaciones

a ser la operación inversa, es decir, un acto o actitud que libera las tensiones psíquicas. Particularmente, en el psicoanálisis, designa la liberación que proviene de la integración de las representaciones pulsionales reprimidas.

han aprendido a aceptar las cosas solo con bofetadas y mortificaciones. El argumento más miserable subyuga el espíritu de autoridad desde el momento en que lo viola, de modo que el espíritu puede a su vez violarlo. ¿De qué sirve un conocimiento basado en el postulado tácito de que uno se hace a sí mismo el peor servicio?³

Una persona influyente pronto se da cuenta de que se convierte en un fantasma en la cabeza de los demás en la medida en que tiene un efecto sobre ellos. Si desea proteger este espectro de sí mismo «por el bien de sus semejantes», se pierde y engaña con ellos. Por eso no tengo la intención de convencerles. No me importa en absoluto agregar desprecio al que sienten por sí mismos a través de la mediación de los demás. Por muy embelesados que estén con los mensajeros de su autodestrucción, quienes les devolverán su atención con interés, prefiero esperar tranquilamente que tarde o temprano el placer los vuelva sordos a todo lo que no lo aumenta.

*

Luchamos demasiado por la carencia y no lo suficiente por la abundancia. ¡Que los muertos entierren a los que han muerto para sí mismos! Mi dicha no se alimenta de la virtud y menos de las virtudes revolucionarias. Encuentro mi placer en lo que vive. El que renuncia a sus deseos muere del veneno de las verdades muertas.

³ En el original *Qu'est-ce qu'un savoir fondé sur le postulat tacite qu'on n'est jamais si bien desservi que par soi-même?* Aquí el autor parece haber desviado la expresión *on n'est jamais si bien servi que par soi-même* que quiere decir que para que algo cumpla con nuestras expectativas es mejor que lo hagamos nosotros mismos.

La tierra fértil sabe ver en todo, en cada acontecimiento, en cada persona, una semilla, una lluvia, un rayo de sol bienvenidos. Se enriquece tanto por lo que toma como por lo que prodiga.

¿Qué tipo de libro es el que no lleva más allá de todos los libros? Lo que nos trae de vuelta a nosotros mismos está escrito por el gusto de la plenitud y no bajo la férula de los imperativos.

Sin duda, *El libro de los placeres* no escapa a la mentira de la intelectualidad, del pensamiento separado que reina sobre el cuerpo y lo reprime, pero es la mentira que cada uno lleva dentro de sí y que el goce aceptado sin reservas tiene la facultad de disolver. El rastro que aquí queda de eso, bueno, ¡que vuestros deseos lo borren al mismo tiempo que borran al gran inquisidor de vuestra cerebralidad!

De todo ser, de toda cosa, de toda creación tomo lo que me gusta y dejo el resto. ¡Pasen de largo, jueces irreprochables! Esto no es para vosotros. ¿Por qué habría de soportarme quien no puede soportarse a sí mismo? No me importa lo que piensen del libro, lo que hagan con él solo a ellos les concierne. No tengo nada que intercambiar. Si saben de estas cosas y de otras mejores, ¿por qué no las ofrecieron?

*

Quien aprende a amarse, más allá de las conjuraciones de la culpabilidad y el miedo a gozar, sabe que, a pesar de mis errores, no me desvió ni un ápice en mi voluntad de crear, a través de la subversión global de la sociedad que la invierte, una sociedad basada en la voluntad de vivir individual. No ignoro además que su deseo es igual al mío.

Tener el mayor placer de ser lo que soy, ¿alguna vez quise otro presente? Regocijarme para que mi alegría no se hunda más en el malestar fangoso de los demás. ¡Si estos buenos ciudadanos supieran cuánta dinamita transportan en cada paso! Los harapos de la humildad y los oropeles de la megalomanía los han convencido tan bien de que no son nada porque nada los viste, que sus ojos han muerto a lo que queda de vida bajo el bloqueo emocional y sus desahogos compensatorios. ¿Quién romperá la piedra milenaria que pesa sobre la autonomía individual? Desde hace mucho tiempo que aprender a vivir significa aprender a morir.

«Cuando construyo una rueda», dijo el herrero, «si la construyo suavemente, será blanda e inestable. Si la construyo con firmeza, será sólida, pero tosca. Si no voy ni suave ni firme, sino al ritmo de la mano, saldrá como quiero. Esto no puede explicarse con palabras». Así como las palabras comienzan ahí donde mi experiencia vivida se queda en silencio, también la experiencia de cada uno, al tomarla «al ritmo de la mano», me ofrece la oportunidad de unirme a ella y progresar con ella. Solo la voluntad de vivir individual hará de *El libro de los placeres* lo que es para mí, un impulso al goce que nadie impone desde fuera.

Me gusta reírme con el comediante vienés que declaró: «Muchos quieren noquearme, muchos quieren pasar una hora conversando conmigo. Generalmente son los mismos». Me tiene sin cuidado que me rechacen o corran detrás de mí, ¡qué ridículo! Pero no puedo evitar, por el contrario, el sentimiento de que cualquiera que se reprima, se niegue a sí mismo y se vuelva hacia la muerte agrega a mi emancipación un impedimento del cual prescindiría con gusto.

La clave está en cada uno. No hay instrucciones de uso. Cuando hayan elegido referirse solo a sí mismos, se burlarán de la referencia a un nombre —el mío, el suyo—, a un juicio, a una categoría, dejarán de parecerse a aquellas personas cuyo amargado arrepentimiento por no haber participado en un movimiento de la historia todavía les impide extraer algo de él que pueda ayudarles a vivir por sí mismos.

De nosotros depende convertirnos en los inventores de nuestra vida. Cuánta energía se desperdicia en ese verdadero trabajo de vivir a partir de los demás, cuando bastaría aplicarla, por amor a uno mismo, a la realización del ser inacabado, del niño encerrado en cada uno de nosotros. Quiero alcanzar el anonimato de los deseos, dejarme inundar por mi propia abundancia.

A fuerza de desnaturalizar lo que todavía parecía natural, la historia de la mercancía llega al punto en que debe marchitarse con ella o recrear una naturaleza, una humanidad por completo. En la inversión donde lo muerto se apodera de lo vivo, el estallido de la autenticidad esboza una sociedad donde el placer habla por sí solo.

En cada momento, mi yo se encuentra íntimamente mezclado con los escombros de lo que lo ha reprimido, y en un apasionado diálogo comienza a desentrañar el embrollo para liberar ese impulso sexual global, ese soplo perpetuamente vigorizante que nada debería sofocar. Mi goce implica, pues, el fin del trabajo, de la obligación, del intercambio, de la intelectualidad, de la culpabilidad, de la voluntad de poder. No veo ninguna justificación —salvo económica— para el sufrimiento, la separación, los

imperativos, el pago, los reproches, el poder. En mi lucha por la autonomía está la lucha de los proletarios contra su creciente proletarización, la lucha de los individuos contra la dictadura omnipresente de la mercancía. La irrupción de la vida ha franqueado la brecha de su civilización de muerte.

¿Culpan a mi subjetividad? Es probable que sí, pero tengan cuidado de que la vuestra no os toque el hombro un día y os recuerde la vida que estáis desperdiciando miserablemente. Mi ingenuidad tiene una ventaja insoportable sobre vuestra confianza: está llena de monstruos alegres en vez de lo que llamáis lucidez, la ingenuidad que os acostumbra a vivir en el desprecio milenarío del goce.

Presiento el renacimiento de los individuos en mí con una alegría que es como la emanación de la primavera en la tierra. Y aunque fuera el único que lo sintiera, todavía me queda la alegre locura de haber querido derrotar a la muerte liberando a los deseos de su dominio.

«Oh tú voluntad mía, tregua de toda miseria, tú que estás dentro de mí, por encima de mí, voluntad de vivir que yo llamo destino, presérvame de la victoria y resérvame de sus derrotas para goces insaciables».

Quiero agradecer a Javiera Mondaca que con su entusiasmo y su vivacidad ha logrado este desafío:
recrear la obra traduciéndola.

Prefacio a la edición española. Hacer caso omiso de lo que nos prohíbe vivir

Editado en 1979, hace cuarenta y tres años, *El libro de los placeres* no ha hecho más que ganar relevancia en un mundo que se hunde cada vez más en la inhumanidad. Nunca ha dejado de participar, aunque sea modestamente, en ese despertar de las conciencias que hoy enciende insurrecciones episódicas, permanentes e insólitas desde Chile a Tailandia.

Tales levantamientos ya se han producido en el pasado, pero esta es la primera vez que se reivindica abiertamente la vida vivida con total libertad. Es la primera vez que la resolución del pueblo de organizarse por sí mismo erradica a los dirigentes y delegados no mandatados y se protege así de la intrusión de aparatos políticos de todo tipo que tarde o temprano lo vacían de su sustancia.

Cuando apareció *El libro de los placeres*, la época sufría el shock de una colonización consumista que prometía la felicidad para todos a precio módico. La facción más radical del movimiento de las ocupaciones de mayo de 1968 había denunciado el carácter artificial, mentiroso e insoportable de tal empresa. Aunque

sumergida por una avalancha de mistificaciones publicitarias y mediáticas, esta radicalidad jamás ha dejado de proseguir su trabajo de zapa. Me he obstinado, a título personal y en la medida de mis posibilidades, en mantener el rumbo intuyendo que, gracias a una solidaridad tácita, también actuaban otros. Sin embargo, el silencio que pesaba sobre la subversión clandestina estaba cargado de desesperación.

Algunos gritos de rebeldía —indignados, nuit debout— habían brotado del lúgubre espectáculo donde las gesticulaciones de la vida ausente no son más que los sobresaltos de la servidumbre voluntaria. La olla política pronto incorporó a su insípido guiso los manjares que el sueño de una nueva sociedad habría querido que tuvieran más sustancia. España ganó un partido, Francia un papirotazo en la nariz para quienes persisten en ignorar esta fría verdad: el espectáculo digiere rápidamente lo que lo desafía sin destruirlo o romper con él.

La vista corta y los oídos sucios por las luchas corporativistas nacionales impidieron reconocer la importancia revolucionaria del movimiento zapatista nacido en Chiapas en 1994. Lo mismo ocurrió con la lucha de Rojava por una sociedad verdaderamente humana. Hace bastante tiempo que el izquierdismo ha abandonado el internacionalismo al capitalismo monopolista y mafioso.

La ceguera fue más grande todavía cuando apareció en Francia el movimiento de los chalecos amarillos. Es comprensible que, presas del miedo ante la magnitud de un levantamiento inesperado, las autoridades gubernamentales lo hayan colmado de calumnias y asimilado a un populismo donde

trapichean fascistas, antisemitas, homófobos, misóginos y locos furiosos. Pero mientras estas grotescas acusaciones fueron desechadas por la tranquila determinación de los manifestantes de dar una prioridad absoluta a las aspiraciones humanas, vimos a la izquierda, al izquierdismo y a ciertas facciones libertarias mostrar hacia los insurgentes el mismo desprecio que el Estado y sus esbirros.

Cuando los burócratas políticos y sindicales se dieron cuenta de su metedura de pata y quisieron unirse a los «patanes» de las rotondas, se encontraron con la firme y saludable resolución de no tolerar ni dirigentes ni guías autoproclamados. La decepción de los herederos de quienes habían burocratizado el movimiento obrero se convirtió en una maliciosa ofensiva contra una insurrección que rechazaba su tutela. Lo más difícil de digerir fue la imposibilidad de ejercer el más mínimo control sobre unos individuos que reivindican simplemente una autonomía solidaria y el derecho a una existencia verdaderamente humana. No se podría describir mejor el descarte de los vejestorios revolucionarios.

Desastrosa para sus víctimas, la epidemia del coronavirus ofreció a los Estados la oportunidad de restaurar su poder vacilante. Pero al precio de payasadas que revelaron una asombrosa degradación mental entre las supuestas élites dirigentes, una pérdida de inteligencia raramente vista en el pasado.

Si bien la eficacia de los servicios sanitarios habría permitido atenuar el impacto de la enfermedad infecciosa, hacía falta enfrentarse a la evidencia. El sector hospitalario había sido deliberadamente socavado por una política que privilegia

los intereses financieros a expensas del interés terapéutico de los pacientes.

La mayor parte de los efectos mortíferos del virus puede atribuirse a décadas de codicia y de cálculos sórdidos. Esa es la política de asesinato lucrativo que los gobiernos se ocuparon de ocultar. Un pánico orquestado por las cascadas de mentiras, las marchas y contramarchas, la prevaricación de los círculos científicos, el reclutamiento de ciudadanos-cobayas para proporcionar bienestar a los lobbies farmacéuticos, toda una absurdidad buhonera, históricamente mantenida, presidió un formidable truco de magia. El uso de un tratamiento médico, apropiado para cada individuo, se vio obligado a dar paso a la gestión autoritaria de un caos deliberadamente provocado. En otras palabras, lo securitario sustituyó a lo sanitario.

Un simulacro de guerra civil entre vacunados y no vacunados proporcionó un pretexto plausible para imponer un pasaporte sanitario a toda la población. Abrir así el camino al sistema de control social puesto en marcha por China, país democrático por excelencia, no perturba demasiado a la izquierda socialista, retro-bolchevique y libertaria. Más que combatir un decreto liberticida, esta se moviliza contra ese fascismo de pacotilla que Mitterand, antiguo petainista, supo reanimar para redimirse del pasado y nutrir la farsa electoral. Es desesperante repetir sin descanso la advertencia de Berneri durante la revolución española: «Solo la lucha anticapitalista puede oponerse al fascismo. La trampa del antifascismo significa el abandono de los principios de la revolución social. La revolución debe ganarse sobre el terreno social y no sobre el terreno militar».

Por si fuera poco, el clientelismo izquierdista no teme adoptar la neolengua orwelliana que la comunicación dominante ha hecho suya. Ya sabíamos que la libertad es la esclavitud, que el conocimiento es la ignorancia. Ahora sabemos que la solidaridad implica —por más que aceptemos o no jugar a ser cobayas— una vacunación para todos que volvería caduca la obligación de un pasaporte apartheid. El sacrificio vuelve a ser el acto salvador por excelencia. ¡Que gran época esta donde hay que dejar de vivir para evitar morir!

Incluso la colonización consumista tiene rastros de progreso en su decadencia. Su lógica perversa contaba con el hedonismo para incitar al cliente a satisfacer sus deseos. Una burda recuperación del eslogan «gozar sin trabas», popularizado en mayo de 1968, minimizaba la repugnancia de tener que pagar por unos placeres de supermercado. Solo más allá del gasto contable se regurgitaba la amarga sensación de que una felicidad monetizada es una felicidad desperdiciada.

Sin embargo, ha terminado el tiempo de estas celebraciones adulteradas que, desde los abismos de nuestra memoria arcaica, evocaban la Edad de Oro y la mítica abundancia de los oasis paradisiacos.

La pauperización instala la fatalidad duradera de sus campamentos de invierno. La época favorece a la economía. El elogio de la renuncia, la penitencia, el puritanismo, la exclusión y la barbarie represiva prepara a la opinión pública para la danza macabra de las enfermedades ambientales, cuya causa es conocida e indiscutible. Sea cual sea el nombre que reciban, son el resultado de la

contaminación deliberada de la tierra, el aire y el agua; de la degradación climática; del envenenamiento de nuestros alimentos.

¡Basta de falsos debates, basta de diálogos con los que convierten el planeta en un cementerio, basta de la desnaturalización que rezuma del imperio de la ganancia y reduce la vida a un avatar de la muerte!

La atracción pasional de lo vivo renace sin cesar. No hay lugar en ella para una segregación que prohíba los caricias, los abrazos, los gestos afectivos, los encuentros, la libertad para vivir y amar.

Hagamos caso omiso de las prohibiciones que atacan a lo que con más seguridad nos inmuniza contra el mal, la incomodidad y la desgracia. No queremos una sociedad en la que la denuncia mate el amor, donde la atracción pasional se enquistee, se invierta y propague el odio, la frustración, la agresividad, la psicopatía, el suicidio. Nuestra autodefensa sanitaria es la respuesta de nuestro derecho natural frente a una legislación mortífera que considera subversivas la voluntad de vivir y la libertad de cultivar su salud.

Dar prioridad absoluta al arte de vivir, a la poesía de la existencia, se aparta decididamente de las rutinas de la razón y la sinrazón. El colapso del pensamiento intelectual nos invita a hacerlo. El fracaso de un pensamiento separado de lo vivido, removido de la experiencia emocional, reaviva una *inteligencia sensible* que desde la infancia trata de armonizar la experiencia cotidiana y su relación con el curso azaroso del mundo. Solo una risa rabelesiana puede acoger las admoniciones que la locura de la muerte

no dejará de dirigir contra esa locura de la vida soberana que reclamamos.

Nada se resiste a la alegría de vivir. Somos el jardín y la primavera de la tierra.

15 de octubre de 2021.

Prefacio a la reedición belga. La vida ante todo

Si lo familiar nos resulta menos conocido es porque una abstracción secular se empeña en desacreditarlo. No conozco nada más aflictivo que la acumulación de conocimientos desprovistos de incidencia afortunada sobre los gestos cotidianos, salvo, precisamente, un conocimiento de sí basado en el sentimiento de impotencia que el desprecio del hombre por el hombre opone a las sollicitaciones naturales de la voluntad de vivir.

Explorar la *terra incognita* donde tantos deseos desviados hacia la muerte forjan la obra en negro de una transmutación que los devuelve a la vida, ¿acaso existe una aventura más importante? *El libro de los placeres* es el resultado de tal singular alquimia.

Publicado en 1979, se situó inmediatamente en contra del espíritu de la época: una campaña promocional en honor al trabajo y al dinero precipitaba entonces a la generación — nacida no de los fermentos de la revolución de 1968, sino de su fango ideológico — en el remolino de aquel arribismo, que, girando sobre sí mismo, se cavaba una tumba.

A la debacle de los *golden boys* y de una economía que año tras año era levantada sobre sus pies de barro por los programadores de la reactivación empresarial, le siguieron las apologías del hedonismo y la exhortación a gozar dentro de los límites de los pagos disponibles. En el contexto del apocalipsis ecológico, la celebración de los placeres obedecía con una conmovedora diligencia a los imperativos de una sociedad donde la rentabilidad dependía más de la necesidad de consumir, de comprar y de gastar a manos llenas que de la obligación de producir y de ahorrar.

¿De qué forma el sentido histórico de la evolución mercantil podría haber dado cabida a la crítica radical de los intercambios, a la tesis de que la gratuidad del goce —en tanto que voluntad y creación de una vida finalmente humana— es irreconciliable con la lógica lucrativa?

Ahora que la economía, hoy acorralada, intenta salvarse salvando el mundo que ha destruido mediante la sustitución de la explotación esterilizadora del planeta por un programa de reconstrucción ecológica, no veo qué nuevos beneficios podría aportar *El libro de los placeres*, salvo esta riqueza de la vida tan alejada de la riqueza de los negocios.

O bien el capitalismo ecológico fracasará, bajo el peso de la inercia dominante, en su intento de sacar a la economía del atolladero donde se agota agotando la naturaleza humana y la naturaleza terrestre, y seremos librados a la barbarie de todos los arcaísmos, a la parodia desoladora de las regresiones; o de lo contrario, basando su dinamismo en la defensa de lo vivo, extraerá de los modos de producción, y de

los mercados finalmente sintonizados con los imperativos ecológicos, una rentabilidad y una política de empleo que durarán el tiempo que persistan la mentalidad gregaria, la discapacidad afectiva de la dependencia y la costumbre de conferir a otros la conducción del destino propio.

En favor de una civilización humana por crear, se inscriben, rompiendo con milenios de inhumanidad, la decadencia de los totalitarismos, el colapso del poder jerarquizado, el fin de las masas y el surgimiento de una conciencia individual donde se esboza el aprendizaje de una verdadera autonomía.

La lucha por una tierra finalmente librada de los sempiternos mandatos celestiales es inseparable del combate que cada uno libra en el mismo terreno donde le corresponde estar vivo sin reservas: su propio cuerpo.

Dado que tiende a preferir una reconstrucción lucrativa del medioambiente en vez de un mundo que se destruye a sí mismo destruyendo su rentabilidad, la lógica de la ganancia no se limita a iluminar en cada ser humano los mecanismos que transforman la energía de los deseos en fuerza de trabajo y reducen la vida a la supervivencia a través de la vieja conjura del sacrificio, del miedo, de la culpa, de la separación, de la represión, del desahogo, del aparentar y de un rechazo marcado con el sello de la impotencia y de la muerte; también revive desde el fondo de las épocas y desde el fondo del corazón una voluntad de vivir repentinamente investida de un proyecto de civilización justo cuando se precipita la decadencia de un imperio inhumano que nació hace mucho tiempo de la economía agraria y de las ciudades Estado.

El mundo está en proceso de cambiar de base y muchos de los que aspiraban al cambio sin cambiarse a sí mismos no ven venir nada, pues tienen los ojos cubiertos por el polvo de su abatimiento. Quizás la irritación que, con demasiada frecuencia, gotea entre las líneas de *El libro de los placeres* no sea ajena a esa especie de oscurantismo omnipresente unos diez años antes de que el *Aviso a los vivos* detectara, con mayor seguridad y serenidad, los ecos de una mutación en curso.

Desde entonces, en efecto, los niños han percibido como una oleada de savia la renovación que surge de una naturaleza sometida a un invierno milenar, a los rituales del sacrificio y de la muerte. Y el hecho de que la conciencia del niño renazca también entre las generaciones lánguidas ofrece una poderosa ayuda a quienes se han prometido crear, en la raíz de los deseos, ese goce de sí y del mundo donde, revocando la bestialidad espiritualizada que produce la civilización mercantil, da sus primeros pasos una sociedad específicamente humana.

Mayo de 1993.

1. El goce implica el fin de todas las formas de trabajo y de obligación

1. El mundo de la mercancía es un mundo al revés, no se basa en la vida, sino en la transformación de la vida en trabajo

La fábrica ha invadido el territorio de la vida cotidiana. Lugar privilegiado de la enajenación, durante mucho tiempo sus muros han delimitado las prisiones del proletariado y el barniz de las libertades burguesas. Quienes se escapaban al anochecer sabían cómo revivir en las fugaces fiestas del alcohol y del amor una vitalidad que la obligación diaria del trabajo no había logrado agotar. Diez horas de ruido, de fatiga y de humillación no vencían a esos cuerpos henchidos de una energía que solo la maldición social obligaba a ceñirse al ritmo y al desgaste de las máquinas. Ningún imperativo de rentabilidad, ningún látigo de explotación agotaba por completo el impulso de los deseos, la exuberancia sexual de la vida en sí y para sí.

La crisis de la economía todavía vivida como crisis económica incitaba al proletariado a apoderarse de los medios para acceder a los placeres que la burguesía

reservaba para sí. La mirada del hambre ignoraba el hecho de que una vida asegurada a costa del poder y la riqueza solo es, en última instancia, una vida reducida a la economía. El derecho a los placeres tomó la forma de una conquista cuando los placeres ya habían sido conquistados por la mercancía.

La tolerancia se extiende a los placeres prohibidos solo una vez que estos se han vuelto rentables. La necesidad de expansión del capitalismo ha transformado el mundo en un gigantesco mercado. Reduciendo poco a poco las más diversas manifestaciones de la vida a actividades mercantiles, el capitalismo continua expandiéndose y cavando su tumba, que se hace cada vez más profunda a medida que se marchitan las personas que lo producen.

Sabemos cuánto desprecio tenía la clase aristocrática por el trabajo que garantizaba su supervivencia. La burguesía ha convertido en su alimento la materia económica que el feudalismo solo quería ver como el excremento de los dioses y ha demostrado por la fuerza de las cosas cuál era la verdadera excreción de la religión o de la economía.

La burguesía saca del descrédito ese trabajo gracias al cual ha tomado el poder. Pero el derecho que se arroga, sobre el proletariado, de subordinar el trabajo manual al trabajo intelectual, reproduce para su provecho el ritual de la jerarquía. Su conocimiento funda un nuevo templo de poder. Si antes los placeres que transgredían las prohibiciones se pagaban con penitencias, misas y mortificaciones, la burguesía es ahora la primera en proponer que se adquieran mediante el trabajo. Desacraliza alegremente el pecado monetizándolo e identificándolo con un derecho a la ganancia.

Hasta el crimen de ociosidad es absuelto tan pronto fomenta el consumo. Así es como el viejo antídoto contra el trabajo se transforma a su vez en trabajo. Favorecer el acceso a la fábrica de los placeres a plazos, ¿qué podría ser más eficaz para devolver a las fábricas del trabajo asalariado?

No es casualidad que la apertura democrática a los placeres coincida con la conquista de nuevos mercados donde el goce se llama comodidad y la felicidad, apropiación. Sin embargo, la burguesía revela así el único pecado que es inexpiable: no pagar. El goce sin contrapartida es el crimen económico absoluto.

La liberación aparente de los placeres expresa de hecho su proletarización real. Así como el pan que se gana con el trabajo tiene el sabor acre del sudor y del salario, los placeres mercantiles son peores que el aburrimiento que los produce. El engaño de los placeres de supervivencia se une a la mentira de las libertades abstractas. La historia que nos ha traído hasta aquí con cada vuelta de la rueda del progreso no es la historia de nuestros deseos. Es la historia de una civilización moribunda que hoy está a punto de enterrarnos bajo el peso de su ausencia de vida.

Los placeres no han existido más que por defecto. Después de haber reprimido en la oscuridad de la noche, de la alcoba, del sueño, de la interioridad lo que no entraba en el día y en la claridad ordenada del tiempo de trabajo, las normas de la ganancia han terminado proyectando el rayo luminoso e interesado de su ciencia sobre el mundo secreto de los deseos. La imposibilidad de destruirlos ha instruido la necesidad económica de obtener al menos un uso

rentable. La transformación, en obligaciones y en trabajo, de gestos y comportamientos que durante mucho tiempo permanecieron fuera del control *inmediato* de la economía muestra claramente que el proceso mercantil solo evoluciona apropiándose de la vida, que solo descubre lo que puede explotar y que nada humano le será ajeno si la humanidad continúa volviéndose cada vez más ajena a sí misma.

En el punto más bajo que ha alcanzado hoy la miseria de la supervivencia, está la realidad del mundo al revés. El humano es el único animal capaz de realizar sus deseos cambiando el mundo y hasta ahora solo ha realizado el intercambio de su fuerza de vida por la producción y acumulación de mercancías. Durante milenios, el sistema que ha gobernado la historia ha funcionado sobre la base de la necesidad social de transformar nuestro potencial sexual en fuerza de trabajo. La vampirización de sangre fresca por la economía y el poder para calentar sus congeladas venas es tan antigua como la aparición de sacerdotes y reyes, tan variable como las diferencias de clase, tan progresiva como la historia de la mercancía.

Se dice que la presión de un entorno natural hostil inevitablemente orientó a la humanidad naciente hacia el intercambio, la división del trabajo, la sociedad de clases, la civilización mercantil. ¡Vaya cosa! Para nosotros, el camino se detiene aquí, y la ausencia de pasiones empuja la ironía hasta matarnos en el centro de una abundancia capaz de alimentar todos nuestros deseos de vida.

En un mundo donde solo la gratuidad está absolutamente prohibida, todo está permitido excepto el goce. Ante los ojos de las religiones, todo placer era pecado. Así reflejaban, en el cielo de la mercancía,

la perspectiva castradora de la necesidad de producir. Pero la ganancia es tal que ahora los placeres se emancipan del pecado: se redimen comprándose y su aparente libertad no es más que una subyugación incluso mayor a la economía devuelta a su verdad terrenal. Al igual que el trabajo asalariado, los placeres pueden obtenerse al precio de coste de una vida de proletario.

No habrá emancipación del proletariado sin una emancipación real de los placeres.

La economía reina castrando la totalidad sexual del cuerpo. Esto es lo que nos dice la leyenda de los dioses y su castración. Osiris, Zagreo, Dionisio, Cristo, Huitzilopochtli encarnan la represión de la potencia sexual por parte de la economía que, al convertirse en un poder autónomo, refleja en todas partes la primacía del trabajo y de su división. ¿No dice el viejo mito religioso que las figuras divinas «mueren a la carne y renacen al espíritu»? Por esta razón, el propio mito es la representación de la economía como modelo absoluto del mundo al revés.

Si se cree en los cuentos de hadas del poder, Júpiter y Jesús saben de apareamientos impalpables en la cima del Olimpo y del Gólgota, y la abstracción pura de sus goces celestiales debería consolarnos por tener aquí abajo, en el valle, solo las lágrimas de un placer truncado rotundamente en aras del rendimiento.

¿No es la intrusión del trabajo enajenado en la vida primitiva lo que fragmentó el mundo sexual e hizo volar en pedazos la unidad que los individuos vivían en sí y entre sí durante la era de la recolección, antes de que la caza y la agricultura produjeran la esclavitud y la sociedad de clases?

Poco me importa, en realidad, que haya existido un estado social anterior a la civilización mercantil, una era vegetal marcada por la feminidad y míticamente identificada con la Edad de Oro. Nunca volveremos allí. El cambio de época está aquí, en el umbral último de lo insoportable al que nos ha conducido, con la nostalgia compensatoria del pasado, una historia inseparable de la degradación de la voluntad de vivir.

Si es cierto que la sexualidad no lo es todo, es, por desgracia, porque está presente en todas partes en sus formas congeladas, totalitarias, invertidas. ¿Preocupaciones angélicas como la política, la numismática, los negocios y la pesca se esfuerzan por ahuyentarla? Vuelve al galope de lo negativo, cargada de desprecio, de resentimiento, de odio. ¿Por qué existe tanta ferocidad en la rivalidad competitiva de los fideicomisos, de los comerciantes y de sus naciones, si no es porque la sexualidad expulsada por la puerta entra por la ventana trayendo no la vida sino la muerte? ¿Y de qué otra manera podemos explicar la plaga emocional¹ y sangrienta que destruye las luchas del proletariado por su emancipación?

¹ La ocasión de la pandemia de COVID-19 invita a detenerse por un momento en otras pandemias que difunde el sistema del capital y que se expanden de manera un tanto más silenciosa. El concepto de «plaga emocional» también se lo debemos al trabajo de Reich. El auge del fascismo (negro y rojo) en los años veinte y treinta llevó a Reich a preguntarse por las razones de la adhesión de las masas a una ideología que las oprime. El fascismo no es, para Reich, una orientación política, sino una expresión de la voluntad de las personas «normales» para satisfacer sus necesidades biológicas primarias, cuestión que les ha sido imposible por una opresión autoritaria milenaria. El intento de superar esta estructura patológica conduce a intensos estados de angustia y culpabilidad que llevan a un nivel de carácter destructivo que se manifiesta en la vida social y que Reich denominó «plaga emocional». Una sociedad formada por individuos acorazados, forzados a suprimir las

La sexualidad bloqueada se vuelve contra sí misma para destruir con rabia lo que no puede crear. Lo que ha vivido a la sombra de las religiones lleva uniformemente la marca negra del sol sexual invertido. Ver que, incluso hoy, los ardores eróticos se celebran en el lecho de unas alusiones funerarias, lleva a creer que el veneno de los dioses muertos no ha dejado de envenenarnos.

Contra los seguidores de los placeres mezclados con angustia, y contra los siniestros hedonistas de un orgasmo ritualmente bautizado como «pequeña muerte», los años reichianos han reconocido afortunadamente la satisfacción genital como una fuente de vida y realización sexual. Sin embargo, identificar la genitalidad con la sexualidad global, de la cual no era más que un fragmento, es volver a apostar por los caballos de la emancipación parcial solo para recoger al final de la carrera el merecido *premio* de una enajenación mayor.

En cierto sentido, los tabúes y las prohibiciones religiosas y morales habían protegido al orgasmo del riesgo de recuperación mercantil. Una vez que salió a la luz a través de la liberación fragmentaria que la burguesía introdujo en la sociedad y en los cuerpos de los individuos, la genitalidad iba a acabar en las manos de los especialistas de la economía sexual.

manifestaciones de autorregulación de la vida, transmite y refuerza (a través de la educación, por ejemplo) patrones de comportamiento mecánicos y represivos, expandiéndose de este modo la plaga. Los ejemplos de esta epidemia son diversos: chismes malintencionados, violencia verbal, burocracia, deseo de dominación autoritaria sobre los demás, maltrato de los niños, ancianos y mujeres, e incluso el constante incremento de las tiroteos masivos en Estados Unidos (*The Gun Violence Archive* reportó 417 tiroteos masivos en el 2019 y más de 600 en el 2020) podría caber dentro de esta categoría.

Removida de la lucha por la gratuidad de la vida, aislada de la inversión de perspectiva, cayó bajo el poder de un sistema de opresión que persigue la conquista de la sexualidad despedazada y que allí se apodera de uno de los últimos focos de resistencia.

Bajo la envoltura de la emancipación, la genitalidad se vuelve rentable. Como la mayoría de las pasiones, y como una parte cada vez más grande de la vida, hace su entrada gozosa en la fábrica universal: va a *trabajar*. ¿Qué otra cosa es la castración?

¡Al museo la castración del macho, la pesadilla que atormentaba al poder patriarcal con sus cromosomas de virilidad, de falo arbóreo, de columna de Vendôme y del último cartucho! ¡Y que no se intente reemplazarla con la estasis orgástica, con el lamentable desgarro de la genitalidad femenina, masculina e infantil! Al final de una evolución donde la economía ahoga lo vivo que oprime, no hay más castración que la separación concretamente vivida entre los individuos y su propia voluntad de vivir.

2. El mundo al revés alcanza su punto de inversión posible cuando la proletarización a través del trabajo y la obligación no tiene otra salida más que la muerte o la supremacía de los goces por crear

En el corazón de los placeres mercantiles solo existe impotencia para gozar. Con la conciencia de su creciente astenia, la vida contempla la historia de su agotamiento y se descubre en la encrucijada de una elección inmediata: los consuelos de la muerte o la inversión global del mundo al revés. Se acabaron los

tiempos donde los primeros sostenían la ilusión de lo segundo, donde la carrera hacia el exterminio usaba la coartada del bien público y de la felicidad.

Cuando pienso con cuánta perseverancia la raza humana ha puesto en marcha medios tan importantes para destruirse a sí misma como la guerra, la esclavitud, la tortura, el desprecio, las masacres, las epidemias, el dinero, el poder, el trabajo, lo que todavía no ha muerto me parece hoy el estremecimiento de lo irreductible. Sobre este último resplandor viviente, que a partir de ahora ya nada oculta y que puede extinguir todo, quiero fundar una sociedad radicalmente nueva.

No hay mística de la vida, solo hay mística en su ausencia. Tampoco existen razones para la vida, solo existe la razón del imperialismo mercantil que la rodea y que pone de manifiesto su carácter irreductible con cada acercamiento.

La palabra «vida» pierde su ambigüedad a medida que se hace evidente en todas partes la estructura mercantil de las supuestas relaciones humanas. Vuestra realidad no concuerda con aquellos amores cuya libertad compráis al por menor y que van a la fábrica como ayer lo hicieron al burdel, al pecado, al convento, a la familia. La vida no se alimenta de esos deseos que la sobrepuja competitiva roe hasta los huesos de la rentabilidad y del rendimiento. No se deja reducir a no sé qué espasmo vaginal, fálico, anal, estomacal, cervical o clitoriano. Le importa un carajo la economía sexual, gastronómica, política, social, intelectual, lingüística o revolucionaria, pues escapa a todas las normas de producción. No sustituye las viejas prohibiciones por la necesidad de transgredirlas. No tiene objetivo ni propósito. Es lo que evade la economía y la destruye con su gratuidad.

Por su intrusión en la historia, por su aparición en la confluencia de una sociedad moribunda y de una autonomía naciente de los individuos, la vida es, en su misma extrañeza, una realidad nueva. Qué importa si su descubrimiento la expone a la fragilidad, a las errancias de la conciencia individual, al discernimiento desgarrado por la confusión de sus apatías y de sus rechazos. Los tanteos de la emancipación llevan consigo más maravillas de las que la civilización mercantil ha soñado jamás entre el cielo y la tierra.

Los pensamientos de la muerte son los pensamientos del mundo dominante. Cuanto más se marchita la vida, más el mercado, apostando por la rareza de los goces, multiplica la oferta de placeres de supervivencia, cuya compra y venta se convierte inmediatamente en obligación y trabajo. Hasta su rechazo entra, quiérase o no, en la balanza de pagos.

¡Con qué gran corazón denuncian a la clase burocrático-burguesa, a los carroñeros de la conquista mercantil, a la pompa funeraria de una sociedad que se destruye en la carrera por la ganancia y el poder! Al menos reconocedle a esas personas la sinceridad de su decadencia. Se excitan con el precio de las cosas, aceptan su miseria como una fatalidad del dinero, reivindican su bajeza, su odio a lo que vive, su justicia, sus policías, su libertad para matar, su civilización.

Pero vosotros, que decís estar en el otro bando, que apostáis por la ruina de la mercancía, por el fin del Estado, por el advenimiento de una sociedad sin clases, que durante la sobremesa cantáis canciones de venganza donde ya puede oírse el sonido de las botas, ¿en qué os diferenciáis de vuestros enemigos, cómo esparcís menos el olor a muerte?

No me digáis que estáis celebrando por adelantado los últimos días del viejo mundo. Esperar, paciente o impacientemente, el último sobresalto de una sociedad que nos atropella y nos arrastra en la vorágine de su larga agonía, es un pasatiempo de cadáveres. Os habéis prometido tanto la celebración que os morirís de ganas por tener, que todo lo que os queda son las ganas de morir. Pasáis tanto tiempo profetizando el apocalipsis como un funcionario planificando su próximo ascenso. Al igual que a él, el mercado del aburrimiento ha conseguido *interesaros*.

Aborrecedores y ensalzadores del viejo mundo, sus palabras cambian, pero el aire sigue siendo el mismo. Sus iglesias políticas, sus reuniones de familia, sus *tables d'hotes*² resuenan como un coro único, heroico e imbécil, el himno de los suicidas.

El bando de la revolución oficial es la corte de los milagros de la burocracia. Los teólogos de la Gran Noche³ delimitan allí discretamente el territorio de los ángeles y de los demonios; los lisiados de la próxima insurrección desenredan la maraña de las directrices; los puritanos finalmente decididos a sacar provecho de la vida, ya que solo hay placeres que cuestan, se avecinan con los fiscales que abogan por las virtudes de la transgresión predicando

² *Table d'hôte* es un galicismo que significa «mesa del anfitrión» y refiere al menú del día que suele ofrecerse en algunos tipos de alojamiento a un precio fijo.

³ La Gran Noche o *Grand Soir* es un mito que toma sus imágenes del milenarismo cristiano y que desde finales del siglo XIX anuncia la «noche mágica» donde habría de realizarse la libertad de los pueblos mediante la subversión de todas las formas de dominación. A lo largo del siglo XX, se impuso como un concepto de revolución basado en la idea de que la conquista del poder estatal es la única forma de lograr una transformación social radical.

los deberes del rechazo, concediendo etiquetas de radicalidad y denunciando la miseria ambiente. A los jueces responden los abogados de lo cotidiano y, como el desprecio llama al desprecio, asciende de estas asambleas comunes un hedor igual al que se eleva de los comités centrales, de los Estados Mayores y de los cuarteles de la policía. De aquí salen los gloriosos resignados de la miseria y los perdidos del pequeño mañana terrorista. Puesto que la tirada de dados donde alguien arriesga su pellejo pagando por el de un magistrado o alguna otra molestia no es más que el presagio de la gran devaluación final donde la muerte será en vano. La más miserable de las supervivencias extrae de la distorsionada gratuidad de la nada y de su simple espectáculo un aumento inesperado de su precio. Todas las muertes se pagan por adelantado a tasa de usura.

Nadie pondrá sobre sus pies el mundo al revés con la parte de inversión que lleva dentro de sí. Hemos luchado demasiado contra la economía con un comportamiento economicista y su rechazo nos sirvió de coartada. No se lucha conscientemente contra la proletarización proletarizándose inconscientemente.

Los progresos de la intelectualidad, inherentes al avance de la mercancía, hacen que todos estén dispuestos a proyectar sobre la crítica del viejo mundo la lucidez que no aplican a su propio destino individual. Tal es ya la ironía del mundo al revés que los mejores perros guardianes de la teoría revolucionaria se convierten en los mejores perros guardianes del poder sin dejar de ladrar en el mismo registro.

Hemos vivido en el devenir de la mercancía, en una dialéctica de muerte que no es otra cosa que la

historia de la economía nutriéndose de la materia humana, la historia de un imperio que simultáneamente crece y se marchita a medida que las personas que lo producen y sufren su poder se reducen gradualmente a un puro valor de cambio. Nos encontramos reunidos aquí, en la etapa de su extremo y último desarrollo, ubicados en las gradas para presenciar su fin, pero condenados a morir con él si seguimos atrapados por el reflejo mercantil, si dejamos escapar la posibilidad, ahora evidente, de fundar una dialéctica de vida, una evolución donde el ser humano finalmente se libre por completo de la economía.

La muerte esboza tan claramente las líneas de perspectiva del poder que el sentimiento de una perspectiva radicalmente diferente comienza a fascinar a cualquiera que no haya renunciado a vivir. Surge de los individuos particulares, de la subjetividad irreductible, de esa experiencia en la que fracasa la incitación al trabajo y a la sumisión.

La vida emerge intermitentemente de estos rígidos y ridículos peones que somos todos en diferentes grados sobre el tablero de ajedrez del poder y de la ganancia. En esto radica la inversión del mundo al revés: la creación de una sociedad basada en el goce individual y en la destrucción de lo que lo dificulta. El reino de la gratuidad a través de la aniquilación de la mercancía comienza aquí, en nuestro presente inmediato. No pertenece a las ficciones de la criatura oprimida. No anuncia ni la Edad de Oro ni un paraíso perdido. Es un mundo en devenir, donde cada elemento tarde o temprano es su opuesto, muere y renace. Pero este devenir no tiene nada en común con la civilización mercantil. Y que de una vez por todas se entienda que los seres y los objetos

no devienen otros de la misma manera en una sociedad que reduce la vida a una producción de cosas muertas que en una sociedad donde la historia es la emanación de la voluntad de vivir individual.

3. La historia a punto de invertirse pasa por el punto de inversión de la historia individual

El fin del proletariado implica el fin de la proletarización del cuerpo. Bajo la miseria de la clase trabajadora, los filósofos del siglo XIX habían percibido la gestación del hombre total y el nacimiento de una era de libertad que coincidía con el fin de la sociedad de clases. Actualmente, solo esos filósofos modernos que son los burócratas siguen ignorando que el proletariado es una abstracción mientras su lucha por la sociedad sin clases no se base en la lucha de cada proletario contra la proletarización de su cuerpo.

Despojada de sus mitos y denunciada por la miseria de su espectáculo, la economía no es más que la enfermedad del querer-vivir,⁴ el cáncer de lo vivo. A medida que empuja sus implantes cada vez más lejos en un cuerpo cada vez más desmembrado, inventa una economía gastrointestinal, genital, ocular,

⁴ En el original *vouloir-vivre*. De esta forma se vertió al francés el concepto *Willen zum Leben* de Schopenhauer en la traducción de 1885 de Auguste Burdeau de *El mundo como voluntad y como representación*. Durante mucho tiempo esta fue la única traducción francesa disponible de la mencionada obra, la cual a menudo era criticada por haber conservado en exceso adornos literarios del texto original que iban en detrimento de la exactitud literaria. En 2009, Gallimard publicó una nueva traducción donde el término se traducía ya no como *vouloir-vivre* sino como *volonté de vivre*. El concepto se refiere a lo que Schopenhauer estima es la sustancia del mundo: la Voluntad, es decir, la voluntad de la vida para vivir o el «querer-vivir» de la vida.

cervical; una economía de órganos, de funciones, de reflejos que, siguiendo el modelo del mundo dominante, impone sus estándares de rendimiento, de ganancia, de ahorro, de gasto, de voluntad de poder, de intercambio.

Y mientras su monstruosa abstracción se apodera de gestos, de músculos, de comportamientos, aquello que no logra capturar la mantiene a raya. No existe un malestar, una satisfacción, un movimiento del cuerpo que no refleje el conflicto permanente entre el deseo de gozar de todo y la fragmentación del cuerpo en áreas de productividad.

La lucha de clases existe inseparablemente en la calle y en mí.

Lo mejor, obtenido por obligación, se convierte en lo peor. Bajo las virtuosas manifestaciones del rechazo, la mayoría trabaja para proletarizarse. Nunca antes el apetito de libertad ha sido tan alimentado por imperativos. Vosotros, alegres libertarios que me ordenáis ser autónomo, condenáis la autoridad, pero no dejáis de obligaros, celebráis la pereza, pero os avergonzáis de no hacer nada por la revolución. Vuestro odio por la mercancía alberga un odio más profundo, aquel que os invade cuando veis, en el espejo de la vida ausente, cómo os vais pareciendo cada vez más a aquello que combatís. Lo que os interesa en la lucha final es acabar con vosotros mismos.

El rechazo de la sociedad dominante se ha vuelto tan aburrido y compulsivo como su aceptación, pues ambas actitudes obedecen al mismo amo. Sacerdotes de lo negativo, héroes de la pureza radical, desde hace tiempo que el viejo mundo se está viniendo abajo bastante bien por sí solo. Dado que

la mercancía progresa negándose, engorda mucho mejor con vuestras críticas que casi siempre derivan de vuestros propios reflejos económicos: obligación de aparentar, funcionamiento de la voluntad de poder, culpabilidad, ajuste de cuentas, desahogo de la falta de vida.

Ninguna lección es la correcta, porque toda lección es una imposición. Si doy órdenes me uno al trabajador intelectual, si las acepto al trabajador manual, y no quiero ser ni el uno ni el otro. Donde hay obligación, hay trabajo; donde hay trabajo, no hay placer. Lo que me impide *gozar sin contrapartida* pertenece al mundo al revés, aunque sea el rechazo de tal mundo.

Placer obligado, placer perdido. La idea de que debemos disfrutar a toda costa vuelve a plantear las viejas prohibiciones con las mismas consecuencias. Acude oportunamente en ayuda de quienes consideran que la revolución es un deber, la radicalidad una prueba, la vida un espectáculo.

Mientras los viejos topos de la crítica trabajan en el colapso del viejo mundo, los liberadores del amor trabajan para mejorar la economía sexual. El placer obligatorio reemplaza el placer prohibido. El goce se enfrenta como un examen que tiene como broche final un fracaso o un éxito. Beber, comer, abandonarse al amor constituyen ahora los ornamentos de la buena reputación. ¡Indique aquí el promedio por hora de sus orgasmos para el diploma de radicalidad!

Los pecados del libertinaje han terminado desde que los placeres se emplean en la fábrica de la cotidianidad. Hay que transgredir los tabúes, ¡así lo requiere el progreso de la economía! ¿Qué mejor que la emancipación obligatoria para reforzar la

prohibición fundamental, la exclusión de todo goce que pretenda escapar de la obligación, del trabajo, del intercambio?

Donde el goce no destruye la economía, solo hay emancipación economizada, cada libertad escondida una represión, cada represión se presenta como libertad.

Los ascetas de la buena vida se han unido a los burócratas de la sociedad sin clases, los gozadores de la miseria se alían con los aborrecedores de la supervivencia. En torno a los placeres, la competencia está en pleno apogeo. El retorno al pasado intenta restaurar la nostalgia de aquello que no puede sostenerse salvo por su precio. Debido a que el sexo, apenas liberado de la necesidad de hacer niños, cae en la cadena de los récords orgásmicos, ¿hay que celebrar el amor cortés, las niñerías, el celadonismo⁵ y no sé qué castidad anticuada? Pero la inversión de los viejos placeres no es menor que la de los burdos pasatiempos de hoy. ¿No nos basta con haber visto a grupos decididamente hostiles a la familia y al Estado apelar a la moral del clan y resucitar la mística de la solidaridad, de la ruptura y del honor? Los artistas de la regresión y los modernistas de la recuperación pertenecen al mismo medio, el de los negocios.

Qué me importan sus distinciones forenses y sus frascos etiquetados: heterosexualidad, homosexualidad, perversión, sadismo, coprolalia, normalidad, anormalidad y todo el resto. El goce no tiene

⁵Según el tomo I del *Diccionario universal francés-español (español-francés) por una sociedad de profesores de ambas lenguas* (Madrid: Imprenta de la viuda de Jordán e hijos, 1845), se trata del «lenguaje insulso de los enamorados» (p. 426).

fronteras y tengo la intención de protegerme de cualquier cosa que intente limitarlo. Cuando lo deseable cede ante lo necesario, huyo de ello como si fuera un trabajo. No encuentro ningún placer en el reflejo de muerte, del que, por lo demás, solo veo que se obtiene comercio. Que los sarnosos del poder se froten entre sí el prurito de dominar y de ser dominados, de frustrar y de ser frustrados, de sufrir y de hacer sufrir. No quiero saber nada de las voluptuosidades de la proletarización. Aquello que se esfuerza en destruirme me indica con bastante claridad que solo hay placer en la afirmación creciente de la vida.

El trabajo es la inversión de la creatividad. Mientras que los comportamientos humanos tienden a modelarse sobre los mecanismos mercantiles, la historia no ha dejado de empobrecer la parte oficial que se deja a los creadores. Drenado por la industrialización, el fin del artesanado, el mercado de la cultura y la concreción mercantil, todo aquel que aún reivindicaba la pasión de crear —ya sea artista, artesano, mago, poeta, compositor, visionario— termina secándose bajo la lustrina ideológica de los burócratas.

La creatividad pasa por el laminador del trabajo al igual que cualquier otra manifestación de la vida. Recuperada por el sistema mercantil hasta el punto de servir directamente a sus intereses, la creatividad muestra claramente que solo ha sido tolerada competitivamente al precio de una represión, de una inversión. Nunca ha existido plenamente en el sentido de la vida.

¡Que la nostalgia del pasado no nos oculte la miseria y la riqueza del presente! Por muy conmovedoras que sean las obras de algunos músicos, pintores,

grabadores, escritores, constructores, puedo ver demasiado bien en ellas el signo de una derrota apasionada y de una renuncia involuntaria. Son los resplandores imborrables de una explosión de energía que no habrían debido obstaculizar ni la coraza intelectual, ni las necesidades de supervivencia, ni el dinero o la voluntad de poder. Lo que me fascina es el impulso sexual que persiste en irradiar de ellos en cuanto te acercas, es el deseo de ir más allá, de poner sobre sus pies el mundo de la creación invertida.

¿Qué es el genio, el *démon familier*,⁶ el soplo de la inspiración? Unos monstruos a los que la organización del trabajo ha concedido una libertad marginal, una falsa gratuidad que parodia la gratuidad de la vida. Tal vez en épocas preagrarias existió una creatividad primitiva, una práctica de todo el cuerpo, a la vez individual y social, que desviaba las fuerzas naturales y cuyo recuerdo es evocado por la magia, la alquimia, el arte y la locura inventiva. Lo que es seguro es que la necesidad de producir reprime la creatividad, la fragmenta y la orienta hacia su negación. Es la niña abortada que la práctica alquímica trata de revivir místicamente, es la práctica sensual condenada a exiliarse en la cabeza mientras el trabajo intelectual se desmarque del trabajo manual, es lo inexplicable de donde el inconsciente científico extrae sus hallazgos y que la economía recupera.

El fin de la creatividad tolerada —el fin de todas las formas de arte— equipara a partir de ahora la pasión de crear con el goce gratuito de la vida. La sociedad mercantil no deja de construir sus iglesias

⁶ Se trata de una entidad, animal o espíritu, a la que se acude en busca de consejos o servicios. El más conocido es el daimón de Sócrates.

de libertades sobre esta piedra de la prohibición fundamental. Un mercado del bricolaje cuenta con el desprecio del trabajo forzado y la seducción del trabajo creativo para convertir a cada individuo en su propio empleador. El arte de pintar sobre vidrio, de cocinar, de destilar, de componer un ramo, de narrar, de cantar, de relajarse, de soñar da trabajo a los placeres de crear que la necesidad de producir condenaba al desempleo.

La idea de que *hay que crear* para escapar del mal de la supervivencia termina creando un vacío en nombre de lo que podría anularlo. Si es cierto que las personas, incluidas las que dicen ser felices, son consumidas por una descontento insidioso, si ya no se discute que el malestar se debe a la ausencia de una creatividad global —con la que me refiero a una construcción de la vida de acuerdo a los deseos—, entonces podemos darnos por satisfechos, pues este es el momento en que cada uno será emplazado a *producir* su propia felicidad.

Abriendo los senderos de la artimaña, el izquierdismo inauguró el camino secundario del trabajo. Originalmente, sin embargo, la artimaña podía pasar por una autodefensa del goce. Enseñaba a trabajar lo menos posible, a tomar dinero útil sin hacer demasiados esfuerzos, a sortear las órdenes, a ridiculizar a los jefes, a robarle al Estado. El colapso del mercado de trabajo pronto la transformó en trabajo paralelo. Se convirtió en una forma de salir del problema sin dejar de hacer negocios. La mayonesa de la autonomía adereza una realidad donde cada uno quiere ser su propio patrón, explotarse sin intermediarios.

El hecho de que la ley de la artimaña prevalezca necesariamente en las prisiones, las fábricas, los cuarteles, los países del Este ofrece una medida análoga de nuestro universo carcelario. Esta no tiene mejor aliado que la opresión que la justifica.

Tan grande es la miseria del comportamiento economicista que toma como goce aquello que solo es trabajo ahorrado, cuando no empuja el humor hasta el punto de perder más energía moviendo los expedientes que en un trabajo.

Todas las cadenas son siniestras. No me pidan que escoja entre aquella a la que uno debe apretarle los pernos y la que convertís de deber en conveniencia, de promesa en contrato, de miedo a los demás en su dominación. No quiero luchar contra la mercancía con lo que me quita de vida, sino con lo que la vida le quita al destruirla. No hay otra creatividad.

De la baja tendencial de los placeres surge el deseo de una verdadera vida. Cuando vivir intensamente significa «vivir muriendo» ya existen razones para cuestionar la inhumanidad fundamental del mundo al revés. Pero quizás hacía falta esperar a que la exuberancia, paradójicamente reservada a vivirse en la pasión de destruirse, desapareciera días tras día en la preocupación de sobrevivir, en el paciente trabajo donde cada uno se convierte en objeto de intercambio.

Solíamos arrojarnos a los placeres como a una batalla sin esperanza. Ahora son los placeres los que se abalanzan sobre nosotros para arrancarnos lo que aún está vivo y lentamente nos desangran hasta la palidez del aburrimiento.

Nada cura el mal de la supervivencia. Los dientes no crecen de los raigones. Los placeres de

supervivencia son la última etapa de esta enfermedad incurable que es la vida convertida en muerte; el último disgusto de la vida invertida.

Pero la vieja fatalidad de la muerte soberana descubre aquí su impostura histórica, pues la abstracción que congela la vida revela a partir de ahora, en la propia historia de su decadencia, el resurgimiento social de la voluntad de vivir. El imperialismo económico, ilusoriamente identificado con el destino universal, ha alcanzado el punto crítico de su ofensiva. Podemos destruirlo porque cada uno se da cuenta del conflicto que se libra en su interior entre la voluntad de gozar y las pseudosatisfacciones mercantiles que la excitan sin dejar de prohibirla. Tal conciencia es directamente la del cuerpo.

El territorio psicosomático modifica su relieve en el choque permanente entre los deseos de vida y su falsificación económica. Los goces frustrados se reflejan en el conjunto de los órganos como tantas otras secuelas de la castración mercantil. No hay una sola enfermedad que no exprese un desorden de la voluntad de vivir. Mal de corazón, mal de muelas, mal de amores.⁷ Nunca antes la analogía, tal como la practican los niños, los soñadores, los amantes, los locos, ha indicado más acertadamente cómo curar

⁷ En el original *mal de coeur, mal de dents, mal d'amour*. Se trata de un juego de palabras que no puede ser vertido al español. *Mal de coeur*, que puede traducirse literalmente como dolor o mal de corazón, refiere a una sensación de malestar en el estómago que provoca náuseas. *Mal de dents, mal d'amour*, o «mal de muelas, mal de amor», por su parte, alude al dolor, comparable en intensidad, que ambos eventos pueden provocar en la vida de un individuo. Algunos han vinculado el origen del refrán con la existencia de viejos tratados médicos que describían la aparición de dolencias bucales en la juventud recurriendo a una sintomatología que recordaba las inquietudes venéreas de la época.

las molestias cardíacas, genitales, estomacales, urinarias, cervicales, respiratorias, intestinales, celulares (la famosa disputa del cáncer), para el completo ridículo de la medicina y sus rituales de muerte. Y jamás ha sido tan claro que una cura basada en la emancipación del goce exige la aniquilación de la civilización mercantil.

El mal de la supervivencia corroe a la clase burocrático-burguesa y al proletariado con la misma frecuencia. Con una diferencia, sin embargo. La clase burocrático-burguesa piensa en términos de remedio, en otras palabras, de organización de la enfermedad. Para ella no hay otra cura salvo la muerte que equipara con la muerte de todo el género humano. El proletariado hace tiempo que se dejó capturar en la trampa. Ha negado su condición proletaria con los medios que le vendió una clase dominante en proceso de proletarizarse de manera inconsciente.

Cuando la emancipación proletariza es solo la máscara de la opresión. Un enfermo es incurable tan pronto acepta la enfermedad y su voluntad de vivir la tolera como una implantación parasitaria que solo un tratamiento aplicado desde el *exterior* puede reducir o eliminar. Puesto que el proceso mercantil que la clase dominante maneja y que la maneja es un proceso de muerte, ese también es su remedio. La terapia que recomienda es, para bien o para mal, lo que la mata. Su solución final a la enfermedad de la supervivencia es un apocalipsis de la mercancía universal.

Para los proletarios, por el contrario, la liquidación del sistema mercantil es solo una consecuencia de la emancipación de los goces. Pueden acceder directamente al fin de la proletarización —al fin de

la supervivencia— porque no son los administradores de su propia enajenación. Sufren la pena de vivir como una opresión de la clase dominante y cuando experimentan en ellos el conflicto entre el goce gratuito y la economía, nada les impide, en el fondo, arrojar por la borda el trabajo, la obligación, la intelectualidad, la culpabilización y la voluntad de poder.

Quiero luchar para gozar más, no para sufrir menos.

4. Invertir la perspectiva del poder es devolverle al goce la energía que acapara el trabajo y las obligaciones

Lo que reprime el placer será destruido por el placer. Sabotaje, absentismo, desocupación voluntaria, revueltas, huelgas salvajes, propagación de la gratuidad, los golpes a la sociedad mercantil son cada vez más frecuentes y me complace que ni las consignas ni las exhortaciones sean sus detonantes. La voluntad de vivir no necesita de los vendedores ambulantes del rechazo y de la radicalidad. Ella basta para subvertir lo que la oprime y la falsifica.

El trabajo destruye el goce tan indudablemente como el goce mata el trabajo. Si no te resignas a morir de repugnancia, entonces todo lo que tienes que hacer es vivir desechando la odiosa necesidad de trabajar, de mandar, de obedecer, de perder, de ganar, de aparentar, de juzgar, de ser juzgado.

No apelo al esfuerzo, invoco el dejarse llevar. Aunque los caminos del goce permanezcan clandestinos bajo la tiranía de la relación mercantil, es

allí, sin embargo, donde el suelo se anega, donde se hundén y se destruyen los poderosos edificios del Estado, de la ganancia, del poder jerarquizado, fuentes de tantos terrores y de tantos enfrentamientos condenados al fracaso. Tal como la jungla invade las ciudades de hormigón, la búsqueda de placeres sin límites acabará con aquello que no han podido hacer tambalear, ¡y con razón!, los heroicos asaltos del proletariado.

Trabajar un poco para sobrevivir, usar el guante blanco de la legalidad para robar al Estado, temer acariciar a una niña pequeña en la calle, no osar abatir al policía que me interpela, estas son mis obligaciones, la matraca social que me saca de mí. Pero el poder no me agarra del cuello todo el tiempo. ¿Por qué prolongar a lo largo del día el comportamiento economicista que me exige durante algunas horas? ¿Por qué trasladarme de una fábrica a otra; rentabilizar mis efectos en una polémica; cuidar mi cotización en la bolsa de opiniones; atarme con contratos de afecto; imponerme ritmos y medirme según mi rendimiento; desahogar en «es necesario» las represiones del «yo quiero»; pagar por mis placeres y reembolsarme por una frustración inevitable con la pequeña moneda de la agresividad?

La disciplina consentida es la fuerza de los Estados y nunca tiene tanto peso como cuando reivindica el rechazo. Pero la lucidez se ha vuelto más profunda. Detecta al enemigo en el camino de los hábitos. ¿Cómo podría transformar el placer de escribir un libro, que puedo prolongar, en una tarea de escritura, un trabajo a realizar, un plazo que respetar, una media horaria? ¿Por qué habría de importarme vuestra opinión, la eficacia del texto, su comprensión?

Puedo contentarme con aclarar mis deseos, liberaros de su inversión, lograr la gratuidad y lanzar un resumen al mercado editorial, donde basta con robarlo, guardar aquello que agrada y expulsar el resto.

Solo trabajamos para destruirnos. Lo poco que me encuentro acuartelado basta para hacerme desertar en toda ocasión y para crear cualquier oportunidad de desertar. Me dejé ganar por la falta de compromiso con lo que me aburre. El gusto por los placeres tomados sin contrapartida me lleva espontáneamente a volverme perfectamente inútil para la sociedad mercantil y su inutilidad se hace aún más evidente para mí.

El goce escapa de la mercancía solo a condición de destruirla, pero comienza a destruirla solo si puede escapar de ella por un rato. No son los más hambrientos los que han hecho las revoluciones del hambre, no son los que menos disfrutaban los que harán las revoluciones de la autogestión generalizada.

Toda tentación de vivir es una tentativa. Escapándome momentáneamente del control mercantil, tengo una mejor idea de cómo romperlo. Solo mis placeres entran en mi refugio, me libero de las manos de la obligación, solo existo allí para mí, de acuerdo al antojo de mis afinidades. No me preocupa el resultado.

Cuando la lucha contra la miseria se convierte en la lucha por la abundancia pasional, se produce una inversión de perspectiva. ¿No piensa todo el mundo en hacer de sus verdaderos goces su menú diario? ¿No sienten a su alrededor que la vieja necesidad de producir, de ganar dinero, de educar, de consumir, de correr tras el prestigio y la promoción, de mandar y de obedecer se desliza por la pendiente

de los placeres hacia las frescas aguas de la gratuidad donde la vida renace? Es tan fácil, en resumen, dar la espalda al trabajo, al miedo, a la recompensa, al castigo, es tan fácil romper el espejo de los roles y descubrir al otro lado la única verdadera realidad de la vida: el resplandor de un abrazo amoroso, la alegría de crear, el encuentro fortuito, el cambio de ritmo orgánico, el sabor de las cosas liberadas de la insipidez del mercado. Cualquiera que llegue al fondo de sí mismo sabe cómo construir el mundo en el reverso de las ruinas que lo abarrotan.

Fue un error burlarse de la ineficacia de los revolucionarios de salón, pues no ha habido una sola revolución cuyo destino no haya sido sellado en los cenáculos intelectuales, para desgracia de aquellos que las iniciaron con su sangre.

Sobre los salones, los cafés, las sectas y las reuniones familiares, la cama tiene al menos la ventaja de incitar mediocrementemente a perorar, a gobernar, a ahorrar, a trabajar por la gloria de las batallas y a hacer la guerra a golpes de proclamaciones. Llama a soñar despierto, a holgazanear, a acariciar, a gozar hasta el punto de volverte sordo a las órdenes, insensible al miedo, ávido de infinitas voluptuosidades. ¡Y qué privilegio! Quienes se levantan de la cama para tomar las armas por fin saben por qué quieren pelear.

Entonces, en vez de predicar la revuelta y la radicalidad, dadle tiempo a cada proletario para recordar la vida, para librarse de las obligaciones, para descubrir, bajo las cuatro voluntades⁸ que le son

⁸ En el original *quatre volontés*. Esto proviene de la expresión *faire les quatre volontés de quelqu'un* cuya traducción literal es «cumplir las cuatro voluntades de alguien» y significa satisfacer todos los deseos de una persona incluyendo los más caprichosos.

impuestas, lo que realmente desea. Abandonadlo a sus placeres y a sus disgustos, a sus simpatías y a sus antipatías, al fervor y a la pereza, a la excitación y a la detumescencia, ¡dadle paz y déjelo en paz!

Llevado por la irrefrenable pasión de gozar, no hay nadie que no descubra una fuerza igual dentro de sí para satisfacer sus placeres y romper cualquier cosa que los obstaculice. La revolución será la oleada de lo vivo hacia la vida. Y sería sorprendente ver que tal maremoto dejara intactos los muros de estuco de la jerarquía, del Estado, de la civilización mercantil.

Solo se trata de invertir el orden de las prioridades, de oponer la visión del goce a la perspectiva de la ganancia y del poder, de dejar de acercarnos a nuestros placeres a contrapelo. La inversión de perspectiva no es la inversión del mundo al revés, pero es la conciencia y la práctica inicial. Cada uno parte de sí, crea su autonomía y se descubre a sí mismo en el centro de una lucha entre la voluntad de vivir y el poder que la convierte en reflejo de muerte. Y la lucha de clases repentinamente presente en los individuos, tal como sigue estando presente en la sociedad, se ilumina con una pregunta que es a la vez personal y colectiva: ¿qué emancipación puede esperar alguien cuya función es imponer el trabajo y la obligación?

Más allá de lo sexual reducido a lo genital se anuncia la creación de una sexualidad global. Desde que el mercado de intercambios ha despojado a los placeres de sus últimos misterios para clasificarlos en términos de rendimiento, de éxito o de fracaso, de especialización y de jerarquía, el miedo a pecar, que el enema de la devoción aliviaba fácilmente, ha dado paso a la

angustia de la compensación, al miedo a no cumplir el contrato, a la obsesión de mantener en equilibrio el balance de las emociones.

Lo genital, como estado final de la fragmentación y de la reducción sexual, ha elevado el orgasmo a la posición de modelo universal de la satisfacción y de la insatisfacción. Y qué mejor manera de reproducir los mecanismos que nos gobiernan: una máquina que acumula y reduce a cero las tensiones eróticas en una ingeniosa cooperación de controladores erógenos, retroalimentación, rodamientos de bolas, reguladores, lubricaciones y cambios de aceite, para culminar todo esto en un gasto, una pérdida de sí, un consumo de flujo vital que las técnicas de retención, de ahorro y de trabajo recuperador ofrecen la ilusión de compensar.

La sexualidad reducida al orgasmo lleva en sí la impotencia de gozar como marca indeleble de la castración económica.

Por otra parte, si existe una plenitud, una exuberancia sensual, una exaltación incomparable en el placer de amar es porque el control de la mercancía se ejerce menos allí que en los placeres de beber, de comer, de ver, de viajar. El amor es reacio a reducirse al funcionamiento genital y a sus pudores complementarios. Ha resistido tan bien la incrustación económica que es una de esas regiones cada vez más raras donde todavía reina lo indecible. Y lo indecible traduce la presencia de la vida, que no es nada si no se convierte en todo.

Toda satisfacción es sexual, emana del impulso sexual global. Pero separada de las otras, pronto reproduce la separación de la vida, rápidamente sucumbe al reflejo de muerte.

Contra la reducción fragmentaria de los placeres se afirma a partir de ahora la voluntad de recrearlos en su unidad sexual, de liberarlos de su inversión para devolverlos a lo vivo. Quien ha experimentado la sed insaciable de los goces sabe que la fuerza de vida es una fuente inagotable. Un placer llama a otro, uno se cansa de un encanto aislado, pero no de la multiplicación de deseos que despierta la multiplicación de sus alegrías satisfechas. Es ahí donde una plenitud desbloquea diez inhibiciones, donde el tiempo se condensa en vez de pasar, donde un momento de vida contiene la eternidad.

La vida sin contrapartida es todo lo que todavía me anima. No conseguirán convencerme de que la clasifique entre las alegrías furtivas y fortuitas, un escape, un infantilismo, la parte del sueño antes del retorno a lo útil, a la verdad del trabajo, a la sumisión razonable. Esta es la única realidad que me importa porque es la única que se puede crear.

La vida se pierde si no se crea. El desmoronamiento social ha hecho de los individuos la base de lo que se puede emprender contra él. Ahora les corresponde a ellos sucumbir a la reducción mercantil o fundar sobre sus deseos una sociedad libre de toda forma de poder, de ganancia, de intercambio.

¿En qué consiste el voluntarismo? ¿En un dejarse llevar donde cuanto más gozo más ansío gozar, en una facilidad donde cuanto más ansío gozar menos trabajo, en el placer de que cuanto menos trabajo más deseo crear las condiciones para un placer incesante? ¿O en el rechazo del Estado, del espectáculo, de la mercancía, tal y como lo propagan diligentemente los fiscales de la revolución y los representantes de la teoría?

Todo goce es creativo desde el momento en que evita el intercambio. Si no construyo en el amor de lo que disfruto una zona de vida lo menos expuesta posible a la contaminación mercantil, ¿cómo podría tener la fuerza para destruir el viejo mundo? ¿Y cómo podría proteger mis deseos de los condicionamientos dominantes si no abuso de toda laxitud del Estado, de toda crisis social para dar los más duros golpes a la mercancía y a sus aliados?

La gratuidad es el arma absoluta del goce. Es la base para pasar de la acción individual a la práctica colectiva. Así como el rechazo de la supervivencia creó el movimiento de 1968, la vida finalmente reivindicada inaugurará la era de la autogestión generalizada.

5. El goce individual pasa por el desvío colectivo de los medios de producción y su creación por la abolición del trabajo

El ritmo de la sociedad mercantil ha empujado demasiado a los cuerpos a bailar la danza del miedo, del desprecio, de la humillación, de la venganza, la danza del carnívoro, del cazador, del policía, del terrorista, del burócrata. ¿No presienten ahora el paso felino e impredecible de los partisanos de la vida a ultranza, los guerrilleros del goce, los poetas de la autonomía repentinamente unidos en una fuerza irreprimible?

Tal como existe una contaminación de la relación mercantil, también existe un contagio de la voluntad de vivir. Es ahora cuando vamos a asestar el tiro de gracia a la civilización de muerte no por la *fuerza de las cosas*, sino por el goce que la disuelve.

Las crisis se multiplican, son incontables las sacudidas que estremecen el viejo edificio estatal y económico. Pareciera que todo lo que se necesita es una gran carcajada para derribarlo.

Crear por placer, ¿no es esto lo que se está extendiendo hoy en los mismos lugares que han servido de modelo para la organización de nuestra vida cotidiana, las fábricas de la producción industrial? Un sabotaje cada vez más resuelto transforma un taller de montaje en una sala de juegos, cambia un almacén por un centro de distribución gratuita, recibe con burlas las palabras del jefe y los discursos del agitador. ¿Quién se atreverá a apoderarse ahora de las fábricas para organizar allí otra forma de trabajo?

Todo lo que ha producido el trabajo ha sido robado de la creatividad de millones de proletarios. ¿Y se sorprenderían al ver salir talleres de creación del desmembramiento sistemático de las fábricas, dudarían de que pueda nacer en las ruinas de esos vientres secos de la mercancía aquello con lo que construir nuestros hogares, nuestros placeres, nuestros ensueños, nuestras aventuras, nuestra música, nuestras errancias por la tierra, el agua, el aire y el fuego?

Conozco muy bien el límite donde se rompe el encanto de un objeto. Esta copa para beber, por más agradable que sea, lleva la marca de la rentabilidad grabada en cada una de sus seducciones. Incluso si es robada se ve afectada por la infamia del precio. Todo en ella obedece a una corrupción de base, un defecto que afecta al todo. La alegría de vaciarla, de contemplarla, de acariciarla se mezcla con la imprevista pegajosa de la mercancía.

En adelante quiero que el objeto más trivial se libre de la mirada de la ganancia, pues es lo mínimo que el desvío de las técnicas heredadas del capitalismo elimine radicalmente lo que en una hermosa copa perturba la gratuidad de mis placeres. No se disfruta de nada que provenga del trabajo o de la obligación.

Me gusta descubrir el presagio de tal voluntad de desvío en el uso de la tecnología ecológica. No es que la energía solar, la regeneración de la tierra, el fin de la labranza profunda o el estudio de la sensibilidad de las plantas escapen de las exigencias del capital, de la renovación de la mercancía, del mercado de la anticontaminación. Pero, bajo el cínico mercantilismo de una economía que se aprovecha de todo, surge un deseo distante de recrear una naturaleza.

La naturaleza nunca ha tenido una existencia real. Originalmente asimilada por el poder divino, reina a través de la ley de los dioses, por tanto, a través de los hechiceros y de los sacerdotes. Cuando se desarrolla la economía de producción, se convierte en objeto de trabajo, materia explotable. A fin de cuentas, comparte con el proletariado el triste privilegio de ser reconocida como un objeto, pero no como sujeto.

¿Cómo podrían las leyes de la ganancia y la sociedad que las sobrevive haberle concedido una especificidad, no una existencia separada, sino una vida conectada con los placeres que hoy reivindicamos? ¿Cómo podría la civilización del trabajo no haberla acusado de hostilidad, si el trabajo la trata como una enemiga, la considera en sentido opuesto, desde la perspectiva de la rentabilidad, de la explotación llevada a cabo hasta la destrucción?

Sin embargo, podría decirse que cierta naturaleza responde a la desnaturalización sistemática de la economía. Por muy subordinados que estén a los imperativos del capital, no es seguro que los grandes inventos —la rueda, el barco, la brújula, la cama, la cocina, la dialéctica y lo que se quiera—, nacidos en la cuna de la rentabilidad, no provengan realmente de una ironía de la vida, del botón de pánico de la totalidad sexual enterrado en el subconsciente. A estas alturas ya se sabe qué papel ha jugado la relación primordial de la mujer y del niño en la arquitectura, la navegación y en muchos descubrimientos que se atribuyen únicamente a la necesidad de producir.

El humor de la infancia olvidada se limpia la nariz —y lo otro— con esa seriedad científica que se reduce a los recuentos serios de la ganancia. La voluntad de vivir devolverá a su justa proporción de creaciones anodinas a las llamadas maravillas de la civilización mercantil.

El trabajo y la obligación solo trazan los caminos de la impotencia. Un movimiento comienza donde, por reacción, los seres y las cosas aprenden a liberarse de la coraza de la mercancía para crear su humanidad. Todo se emplea sensiblemente para que sea posible, pues poco a poco intuimos que existe una manera de tomar las cosas y las circunstancias por el deseo que las une a la vida y a través del cual se ofrecen a sí mismas. La creatividad individual logrará lo que el imperativo nunca ha podido realizar colectivamente. Esta es la base de las asambleas de autogestión generalizada.

2. El goce implica el fin del intercambio en todas sus formas

1. En la civilización mercantil todo cambio se convierte en intercambio

La historia de los hombres civilizados no ha sido más que la historia de la mercancía que ellos producen y que se destruye destruyéndolos. El uso del trueque señala su origen. Se organiza con la economía agraria y llega a su fin en la era industrial. En ese momento, la economía alcanza su clímax de expansión y de decadencia, enrareciendo la vida sobre la tierra y en los corazones a medida que la vida le presta un rostro humano a las relaciones mercantiles. ¡Ese rostro humano es el que el socialismo aspira a darse hoy a sí mismo!

Incluso cuando a los individuos solo les queda la miserable producción de su creciente miseria, todavía se puede encontrar un progresismo que les sugiere reivindicar allí la autogestión. Así, el último engaño revela los que lo han precedido. Si cada etapa del desarrollo económico rezuma la sangre derramada por unas liberaciones que condujeron a la modernización de la esclavitud, esto significa claramente que todas las

luchas por la emancipación obedecían a la necesidad de la expansión mercantil. Las conquistas sociales solo han ratificado un resultado obtenido de antemano. Sus victorias siempre han sido las de la mercancía. Creyendo luchar por la justicia, la igualdad, la libertad, se luchaba realmente por el imperialismo económico, por el doloroso nacimiento de una nueva forma mercantil, por el establecimiento de un sistema agrario, por la libre circulación de los bienes, por la producción industrial, por la obligación de consumir.

Aquí, los cambios abren nuevas puertas a un mundo irrevocablemente cerrado. ¿Cómo podría una organización basada en el intercambio permanente de fuerza de vida por fuerza de trabajo tolerar un cambio de vida que no sea un cambio de trabajo?

*

Sin la emancipación individual, la lucha de clases es el motor de la autodestrucción mercantil. La clase burocrático-burguesa y el proletariado son las dos abstracciones objetivas de una misma enajenación vivida de manera diferente. Revelan en el siglo XIX el movimiento contradictorio por el cual el proceso mercantil se fortalece y se debilita.

La clase dominante es el agente de la expansión mercantil. El proletariado, que aspira a liquidar a la burguesía y a sí mismo como clase, es el elemento destructor de la mercancía. Pero trabajando en la expansión mercantil, la clase dominante también trabaja en su decadencia. Funciona como una clase condenada a empobrecer lo que queda de humano en ella. No tiene otra salida más que la muerte, y como tal, obedece perfectamente al devenir del sistema económico.

El proletariado, en cambio, no está condenado fatalmente a la abstracción que vacía poco a poco la sustancia humana de los burgueses y de los burócratas. Pero si los proletarios renuncian a destruir la economía porque renuncian a crear una sociedad basada en su voluntad de vivir, se aprisionan a su vez en ese negativo de la mercancía, en ese proletariado que los abstrae de sí mismos. Se convierten en agentes de la autodestrucción mercantil, trabajan para la renovación de la mercancía, la decadencia de lo vivo, la proletarización general.

Existe en este sentido una lucha suicida del proletariado, y su proyecto de una sociedad sin clases tiene el aspecto de un cementerio. Los mejores defensores del proletariado no son ajenos a esto.

En el siglo XIX, la mentalidad industrial e industrial absorbe, mientras escupe en el plato, la mentalidad militar del antiguo régimen, llena de menosprecio y servilismo. Se nutre con la pérdida del apetito que el progreso de la mercancía ha impuesto a la voluntad de vivir (¿no es significativo que toda etapa decisiva en la expansión mercantil se traduzca en la melancolía social, el gusto fúnebre, el ardor suicida de hecatombes absurdas?). Hoy perdura tratando al ser humano como una cosa que tiene precio, como un capital; aunque a diferencia de la prodigalidad feudal o despótica, esto tiene un coste mínimo. Ha conquistado sus laureles democráticos con aquel arte político reducido hoy al arte de gobernar y del que comúnmente se dice que se encarga de ti si tú no te encargas de él.

Solo existe política jacobina, leninista, autoritaria. ¿Cómo podría ser de otra manera? La política no es más que la inteligencia económica de los asuntos

humanos, la práctica del poder que pasó del aparato feudal al aparato estatal. Durante mucho tiempo ha causado confusión identificando al proletario consciente con el proletario politizado. Ha abstraído a los individuos de su lucha por la vida y los ha convertido en peones en el tablero de ajedrez del imperialismo económico. Es debido a ella, por el comportamiento económico que propaga en nombre de la lucidez, que han sido abortados los tímidos intentos de autogestión anarquista en España y que la voluntad de vivir nunca ha sido el centro de la toma de conciencia.

No hemos conocido más que intercambios de supervivencia, y lo peor se realiza hoy bajo el disfraz político de cambiar la vida.

2. El mundo al revés alcanza su punto de inversión cuando la proletarización a través del intercambio no tiene otra salida más que la muerte o la supremacía del goce como gratuidad

El intercambio es el camino más corto de una trampa a otra. En la jungla de las ciudades se pueden ver extensos cortejos de jaulas de acero en los que se mueven tristes siluetas. Su inmutable movilidad ofrece la imagen del cambio en la continuidad hasta que de repente, debido a un problema o a una colisión accidental, la bestia sale de su aturdimiento atareado, dando gritos desgarradores, gesticula y se deja llevar por una violencia de la que ninguno de sus allegados pensó que podría ser capaz. El automovilista es, en su estado natural, el retrato-robot del individuo que está tan envuelto en la mercancía que forma una unidad con ella.

En cada uno de nosotros, lo humano se petrifica lentamente. El corazón se asemeja a un motor, la piel se convierte en carrocería, los gestos adquieren las virtudes de un mecanismo. Y de pronto, como uno que se ahoga, cualquiera se debate, arremete al azar y se hunde en la muerte esforzándose por arrastrar con él a quienes están a su alcance.

El intercambio paraliza lo vivo. ¿Acaso no bastaría la sensación de estar atrapado como una rata para desencadenar esos estallidos de impotencia furiosa, esas contracciones de libertad en las que uno se encierra más intensamente, esa plaga emocional que ciega a todo lo que no sea la oscuridad de la muerte?

Son raros los momentos en los que no se siente la fría mano de la mercancía alcanzándonos, donde no experimentemos el derrame de la vida a través de las ranuras de la ganancia y del poder. Las trampas se abren a cada paso. Quien se escapa de la familia tropieza con la pareja, quien huye de la soledad cae en el grupo. Saltamos de la escuela al taller, del cuartel al partido, de la sociedad al cementerio. Pasamos de un rol a una función, de época en época, del sacrificio a la renuncia, y el primer paso cuesta el mismo precio que el último. No hay ningún malestar en mí que no provenga inevitablemente de una relación mercantil.

Decís que las personas cambian, que se vuelven diferentes, renuncian a sus opiniones, se vuelven mejores, traicionan, se superan, defraudan. En realidad, solo están debatiéndose. Todos huyen de una trampa para caer en la siguiente, se cambian una y otra vez del bando que los agota, se buscan en el rechazo de encontrarse y maldicen las errancias del exilio sin dejar de expulsarse de lo vivo.

*

La autodestrucción de la sociedad mercantil progresa mediante represiones y desahogos. El soldado, el burócrata, el propietario de la autoridad y toda esa clase de cosas, saben cómo se bloquean los músculos del cuerpo para evitar el aumento de los deseos. Saben que la necesidad de dar ejemplo, de mantener el propio estatus, de imponer, cierra con cadenas el diafragma, la gran puerta de la voluntad de vivir y del dejarse llevar libidinal.

Cada vez que la obligación social —esa racionalidad de las convenciones que la economía impone en toda comunidad— nos agarra de la oreja, despierta en nosotros un policía, un soldado, un cura y, a juzgar por el comportamiento ordinario de la gente, el centinela del viejo mundo no está menos atento a los que gritan más fuerte su desprecio por los jefes.

Cuando el cuerpo, embutido en su coraza virtuosa, toma prestada la impasibilidad de los objetos, una danza de muerte se apodera de nuestros gestos, el movimiento de los placeres se rompe en fragmentos de odio, en tics de frustración, en pruritos de desprecio. En cuanto toma conciencia de ello, el cuerpo proletarizado sabe que hay una represión fundamental de la que vienen todas los demás y de la que proceden todos los desahogos que regulan el reflujo. Y ahí también nos encontramos en la fase final de una historia donde las variaciones de la mercancía a través del tiempo alcanzan una claridad, una materialidad que revela la opresión permanente de la vida por la economía.

El misterio en el que los psicoanalistas encontraron envuelto al organismo humano, en la época en

que la mercancía no estaba al final de su materialización, ha perdido su fuerza y revela con una ridiculidad creciente la máquina que fabrica el mundo al revés, el perpetuo movimiento del intercambio, la bomba de aspiración y succión que extrae de la energía sexual del cuerpo la fuerza de trabajo que la reprimirá.

*

Lo que se reprime es invertido y se desahoga de la misma manera. Obligada a proliferar y renovarse sin cesar, la mercancía se despoja a cada instante de las formas que obstaculizan su desarrollo. De uno de esos cambios, que van, según su importancia, desde los saltos revolucionarios hasta las contorsiones de la moda, surgió el psicoanálisis. Este descubre la complejidad del conflicto individual entre la voluntad de vivir y el reflejo de muerte, entre el «principio de placer» y la necesidad social, pero enmascara la simplicidad del intercambio, esconde la nueva opresión que resulta del rechazo de la vieja opresión.

En efecto, si el psicoanálisis denuncia el carácter patológico de la represión, es para favorecer un desahogo doblemente beneficioso para la sociedad dominante en tanto alivio compensatorio de las tensiones y como reinserción en la «vida» social normal.

La variedad de desahogos solo es igualada por la variedad de frustraciones, pero en su bizantinismo, las ciencias psicoanalíticas coinciden al menos en esta verdad elemental: dan sus frutos tanto en dinero como en poder. Sea que sabiamente hablen largo y tendido sobre el sadismo reprimido que asumen a su manera el cirujano, la madre de familia, el policía y el asesino, sea que incluso vean en el sadismo uno de los aspectos del goce invertido, ¿cómo

podrían admitir, sin renunciar a sus opiniones, que la represión fundamental es la inversión de la vida a través de la necesidad de producir de la ganancia y del prestigio?

Nuestra barbarie no es menor que la de las horas mongoles, solo está más burocratizada, más democráticamente distribuida, más cerca de la muerte consentida como una laboriosa liberación. La vida invertida ha perdido su ultranza. La alternancia de represiones y de desahogos siempre es parte de la autorregulación social, pero se trata de una sociedad agotada y moribunda. Las viejas prohibiciones siguen reproduciéndose al dejarse transgredir, pero la incontinencia verbal ya es más que suficiente. La indignación frente a los crímenes del Estado se calma con el anuncio de algunos policías abatidos, el vaivén de las emociones perpetúa el bloqueo del cuerpo y la idea de un gran desahogo alimenta nuestra incapacidad para dejar que la voluntad de vivir se desborde más allá del estiaje programado contra ella.

*

La plaga emocional es el movimiento perpetuo de la no-superación. La sensación de estar paralizado a su vez paraliza, la huida de la trampa reproduce la trampa, la carrera por el cambio asegura que nada cambiará. La angustia, el estrés, el miedo, la vergüenza, el desprecio, la agresividad, la voluntad de poder provienen de una voluntad de vivir reprimida y que a su vez reprimen. La sensación de estar atrapado en todo momento en la trampa de las convenciones, de los roles, de las funciones, de las circunstancias ahoga la posibilidad de superación, de un cambio real.

Hubo un tiempo en que los tribunos, los oradores y los compradores de poder hacían un excelente uso de esas ráfagas emocionales que nos envuelven a todos como una niebla nociva. Su chamanismo de tendero extrajo de allí la ilusión de una conmoción inminente, de un reino de los justos. La ira que despertaron entre las multitudes no fue la de la vida en ciernes, sino el arrebató de la bestia cautiva, el ajuste de cuentas del que cree cazar y se convierte en presa,¹ el desahogo donde se cobra a precio reducido un desprecio soportado a tarifa completa. Encarcelando el cuerpo en sus falsas emancipaciones, la ira no hace más que destruir las prisiones para edificar otras nuevas.

Las grandes epidemias emocionales han terminado. La histeria autodestructiva del fascismo y del estalinismo marcó el término de las ilusiones de cambio basadas en la impotencia para gozar. La materialidad de los intercambios tiende a reducir al aburrimiento la gama de emociones basadas en el rechazo de uno mismo.

Lo patético, el vibrato de la voz, los aleluyas emocionales del agitador o del político solo despiertan la risa desde que la miseria del espectáculo social ha perdido el manto de sus grandes ideologías nacionales e internacionales. El culto a los héroes y a los líderes tiene una irremediable escasez de místicos y de pandereteros. La certeza de que cada momento se asemeja al otro, de que todos los lugares son iguales,

¹ En el original *le règlement du compte du tel est pris qui croyait prendre*. El proverbio *tel est pris qui croyait prendre* puede ser traducido literalmente como «así es cogido quien creyó coger» y se usa cuando un individuo que intenta engañar a otro cae él mismo víctima de sus maquinaciones.

de que una aventura se repite incansablemente, de que en todas las latitudes nos bañamos en las mismas aguas de la ganancia, bajo el mismo sol de la mercancía, esto basta para convertir el aburrimiento en la conciencia del intercambio y la plaga emocional en una variante de la inclinación suicida, la sensación de que se muere más rápido luchando y de que no hay otro cambio que esperar.

Ya no hay coartada para la muerte. ¿Cómo ir más allá en la desesperación, más allá en la supervivencia? Hace falta perecer con el mundo o renacer nosotros mismos recreándolo.

El partido de la vida nunca se ha encontrado en circunstancias más favorables para romper los últimos espejos de la apariencia y pasar al otro lado del reverso de las cosas. El tiempo de los examinadores de almas ha terminado. Esta es la era de los bailarines, el ballet del arte de joder al viejo mundo derribándolo.

Hace más de diez años la historia demostró que existía un único punto de apoyo para derrocar la civilización mercantil, su etapa final de autodestrucción. Hoy afirmo que una sola palanca logrará esto: la emancipación de los goces individuales y colectivos.

3. La historia a punto de invertirse pasa por el punto de inversión de la historia individual

No represento a nada ni a nadie. ¿Qué haría yo en el tormento de las relaciones mercantiles? Se burlan de los conflictos absurdos, de las luchas étnicas, de las guerras religiosas, de las vilezas políticas, de las rivalidades mundanas, de las venganzas familiares,

pero levantan la voz, la cabeza y el puño para afirmar una pizca de autoridad, para imponer la imagen de marca a la que se han sacrificado.

No me importan esas relaciones, esos grupos, esas comunidades en peligro donde hay que mantenerse fraternalmente codo a codo empujándolos en el estómago del vecino, donde las demostraciones de amistad implican firmar tratados de compromiso mutuo, donde los placeres de beber, besar, hablar, comer se pagan de acuerdo con el código de las apariencias, donde jamás nada pasa por nada, donde las simpatías y antipatías ruborizarían si no se apoyaran en una teoría radical, donde las razones de lo mejor y lo peor comparten la preocupación de ignorar que ambas son las razones del mundo al revés.

No esperen de mí un contrato, ni esperen nada. No sigo una regla de conducta, una medida de buena o mala conciencia, un plan irrealizable de fracaso o éxito. No soy nada en sus cálculos; no cuenten conmigo ni me tengan en cuenta.

No pretendo escapar de todas las trampas del intercambio. Sin embargo, si sus leyes, sus jueces, sus servicios de orden, de justificación y de pago, sus mandatos, sus reglas y sus convenciones me obligan a ir en contra de mis deseos por un tiempo, sé cómo escuchar y no oír nada, mirar y no ver nada, hablar y no decir nada, actuar y no hacer nada, estar presente y no estar ahí para nadie.

Que no procuren confundir el rechazo de los intercambios, la evitación de las trampas, con no sé qué torre de marfil. El jardín que quiero cultivar es el de mis placeres de vida y solo puede cultivarse extendiéndose a toda la tierra.

Además, no son las virtudes del rechazo las que me mantienen alejado del pantano de sus polémicas, de sus reflejos competitivos, de sus crímenes y de sus placeres que se pagan. Solo aspiro a la gratuidad, a esa inutilidad de mis goces sin contrapartida. Extraigo de la voluntad de expansión de mis deseos de vida, sean cuales sean, desde los más fútiles hasta los más apasionados, una autodefensa espontánea contra la proletarización a través del intercambio.

La apropiación de los seres y de las cosas no me repugna en tanto injusticia o fundamento de la sociedad de clases. Me basta con que limite mis deseos, los aprisione, los aterrorice, los transforme en posesiones. Las personas del rechazo son los guardianes de la falta de vida. Condenan el racismo, los celos, la codicia, la propiedad, la jerarquía, pero al final son solo exorcismos donde encuentra consuelo su incapacidad para existir por sí mismos, más allá de las comparaciones, sin el juicio de los demás. Quien sabe estar atento al goce, ignora la patria y las fronteras, los amos y los esclavos, la ganancia y la pérdida. La exuberancia sexual se basta a sí misma, lleva en su espacio y en su tiempo suficiente energía para romper lo que la obstaculiza.

*

El agotamiento de los intercambios conduce al cambio global. Los placeres de supervivencia trabajan para la supervivencia del sistema que los produce. Su miseria expresa el insoportable aburrimiento al que conduce el intercambio generalizado, la omnipresencia del mercado, el cáncer de la vida por efecto de la economía.

En las épocas en que la mercancía apenas aparecía bajo la ocultación religiosa, el viaje y la aventura formaban parte del arte de construir un destino con el favor de los dioses y a pesar de ellos. Placeres y pruebas encaminaron la vida a su inevitable final, a esa muerte que se buscaba desafiar huyendo mediante ardides. Las fricciones de la existencia pagaron el impuesto de un derecho de paso que conducía de un valle de lágrimas a otro mundo, paradisíaco e infernal, un verdadero fresco mítico de nuestros placeres de supervivencia ahora desmitificados.

La muerte ya no vigila la ventana del más allá. Dosisifica la ausencia de vida que lentamente endurece el cuerpo hasta que alcanza el estado de mercancía.

¿Qué sentido tiene dejar la cama? En todos los climas reinan los mismos goces prohibidos e invertidos. Sin embargo, la necesidad de movimiento sigue existiendo, incluso rodeada de un número creciente de ilusiones perdidas. Aquellos que van el domingo a admirar el bosque entre dos cortinas de cemento, cruzan los océanos o se consuelan de la inhumanidad de las tribus industrializadas entre unos pocos pigmeos que utilizan el trueque y la hospitalidad, acaban sintiendo tan fuertemente haber vivido mil veces una vida pelicular en un film idéntico que apenas les queda la pasión de cambiar todo. Aquí y ahora.

¿Por qué huir hasta el agotamiento de los tiempos, de la geografía, de la repetición de prejuicios sociales, cuando se esboza a nuestro alrededor la voluntad de crear una sociedad donde la vida cambia según el antojo de las pasiones? La movilidad de los deseos provocará extrañas mutaciones, la variedad de los amores ya se descubre en los juramentos que no se intercambian, la arquitectura individual no va

a tardar en edificarse sobre las ruinas de lo que se construyó pagando. Conoceremos la alegría de una casa para cada fantasía, para cada sueño, para cada recuerdo de la infancia.

*

El gusto por la metamorfosis viene del disgusto por los roles. La moda, las convenciones, el precio, la marca de lo nuevo y de lo usado, la singularidad y lo banal siempre han impuesto al arte de la indumentaria un código de representaciones poco compatible con el ansia caprichosa de metamorfosearse. A la vieja tristeza de usar lo que no era más que uniforme jerárquico se suma ahora tal empobrecimiento del espectáculo que la ropa sufre la compactación de los roles reducidos a funciones en un organigrama socio-burocrático.

Un mono de trabajo le queda bien a un director, a una mujer de letras, a un trabajador. Las lecciones de lo intercambiable enseñan que cada uno tiene su precio, bueno o malo, en el mercado de lo cotidiano. En la bolsa de valores donde la vida se pierde, la caída vale la subida. Si el dinero hace la felicidad o la desgracia, solo es la felicidad o la desgracia de la mercancía.

La rentabilidad convierte la desnudez del rey en un traje nuevo. ¿Qué sentido tienen las máscaras? Las conservamos para esconder una pequeña libertad, una transgresión furtiva, un pequeño lote de excesos que ahora es de buen gusto exhibir. Todos los roles están desgastados. Su aspecto humano, a menudo remendado, permite descubrir la osamenta funcional, el mecanismo corporal que reproduce los mecanismos económicos a su vez humanizados.

Hubo un tiempo en que el policía que se quitaba el uniforme tenía la oportunidad de descubrir un remanente de humanidad en su interior. Pero cuando el uniforme se funde con la coraza muscular, cuando la función de jefe, de esclavo, de *vedette* corresponde a la proletarización del cuerpo, cuando el intercambio de lo vivo en formas sociales tiene lugar directamente en la ósmosis de las sensaciones y de lo que las congela en su contrario, ¿qué emancipación podemos esperar excepto una repentina avalancha del querer-vivir, la multiplicidad de deseos pacientemente devueltos a la vida?

Acusáis a los niños de inconstantes e inconsistentes porque tardan en adquirir la hojalatería epidérmica que utilizáis como envase y que los adapta al tamaño de los estantes sociales. Y, sin embargo, ¿no tenéis ganas de desbaratar esas corazas oxidadas que os aseguraron una forma de gloria a expensas de la vida? ¿Acaso no queréis descubrir en el niño que fuisteis lo que os hubiera gustado ser, aquello que realmente es posible llegar a ser una vez abolida la Forma social que nos reduce a su función fundamental de *producir*?

Lo que define es necesariamente odioso. Han intentado tantas veces atraparme en sus estantes. Querían agarrarme por un extremo, no importa cuál, un número, una matrícula, una profesión, una nacionalidad, un salario, una reputación, solo para poder pasearme por su tablero de ajedrez. Pero la autonomía basada en la emancipación del goce se burla de las clasificaciones y de la desconcertante indiferencia que corresponde a ellas. Se estremece con la evocación de las mil facetas que constituyen la irreducible singularidad de un individuo, de sus deseos y

de sus pasiones, tan pronto se resuelve a vivirlos en lugar de temerlos. Los roles fueron la última inversión mercantil de las metamorfosis por venir.

Hemos apostado demasiado por la escasez y no lo suficiente por la abundancia. Si el amor es ciego es porque no ve nada a través de los ojos del poder. No esperen que juzgue y gobierne, pues ignora la relación de intercambio. Se basta a sí mismo. Cuerno de la abundancia de la sexualidad, expresa lo mejor de la voluntad de vivir y su magnífico salvajismo en el mundo de la castración.

Si, no obstante, los amantes que ayer se adoraban rompen de pronto la relación con odio y desprecio, no es por alguna ley eterna de decadencia, cierta fatalidad del cansancio. La razón proviene de la red de intercambios que envejece las pasiones, desgasta los arrebatos del corazón, embota los impulsos, reduce el amor y deja que el deseo se adormezca en la almohada de los hábitos.

Basta con una fatiga pasajera, con un desplome de la voluntad de vivir, cuyo ritmo sinusoidal difiere de un individuo a otro. Pero desde el mismo reposo del amor, de su silencio, nuevamente brota la pasión de cualquiera que sepa cómo mantener el apetito. En lugar de permanecer ávidos de todo hasta en el corazón de la saciedad, he aquí que los amantes invocan el deber, exigen pruebas, buscan un rendimiento por el afecto. Se establecen normas que deben respetarse escrupulosamente, ya no se acepta el olvido atolondrado, la torpeza, la incongruencia, la fantasía, todo es un pretexto para reproches y sanciones. A falta de querer provocar el cambio donde se reencontrarían, toman prestadas

las muletas de la sociedad que les amputa su generosidad. La fría razón aleja la locura de la abundancia y vela por la *parte de las cosas*. Ha llegado el insidioso momento de rendir y ajustar cuentas, de que los deberes paguen con intereses los derechos otorgados, de esos besos por besos que anuncian el ojo por ojo del prestigio desesperado.

Al apropiarse mutuamente, al medir el afecto respectivo, cada uno termina por convencerse de que «se dio cuenta», de que las cualidades ofrecidas solo habían sido prestadas, de que la generosidad era mal recompensada y de que la atracción no estaba en absoluto justificada. El amor se queja de haber sido gastado en fondos perdidos, los arrepentimientos constatan la bancarrota, la pasión se convierte en bajeza, el afecto en negociación, la amistad en denuncia. Asunto atendido, asunto cerrado, asunto de familia, de pareja, de intercambio.

¿Cómo vivir en un mundo donde todo tiene que pagarse? Los pocos goces que les quedaban para ofrecer y para disfrutar ya comienzan a intercambiarlos, a estimarlos a través de cálculos, a sopesarlos respecto de la relación de fuerzas.

Para ponerle fin a la mezquindad de las costumbres burguesas, hemos visto que los aspirantes a la revolución celebran las viejas formas del intercambio, como si estas no fueran también repugnantes. ¡Que hermosa es la gratuidad del potlatch donde el donante recupera en poder, en gratitud, en influencia, los regalos que esparce a su alrededor con prodigalidad! Y la fraternidad de la sangre, la ayuda mutua, la ideología de la solidaridad, ¿acaso no se trata siempre del don devuelto al sacrificio, el

préstamo con intereses bajo el cual la religión ha sofocado la gratuidad?

Incluso la satisfacción de robar al Estado, a un jefe, a un comerciante es pequeña a cambio de la prohibición general de la gratuidad. ¿Cuándo comprenderemos que todo es nuestro, cuándo admitiremos que no hay ninguna razón —salvo económica— para ser excluidos del uso de los placeres de la vida?

Ya no quiero más satisfacciones que consuelen la vida ausente. Lo que se hace por carencia está arruinado de antemano, pues no hay miseria que no se pueda comprar o vender.

El precio mata la vida. ¿Te gusta un objeto? ¿Por qué no romper lo que prohíbe la gratuidad? Tendederos de todo tipo, ¿no oyen resonando en las calles la advertencia: «¡Destruye lo que debes pagar!»?

Beber con sed insaciable de la «copa de la vida» es la mejor garantía de que nunca se secará. Los niños lo saben: toman todo para ofrecerlo al azar. Sus paisajes están animados por la exuberancia sensual antes de que el imperativo económico comience la cuenta regresiva de lo vivido; antes de que conozcan la reciprocidad y aprendan a merecer un regalo, a exigir lo que les corresponde, a recompensar una ganancia, a castigar la depreciación, a agradecer a aquellos que arrebatan uno por uno los encantos de una existencia sin contrapartida.

Lo mismo ocurre con las personas apasionadas, esos niños que se redescubren a sí mismos. Los amantes dan todo tomando todo sin reservas. Lo dan a quien ofrece más sin desear nada a cambio. Y el amor no deja de sacar más fuerza de ello, extrayendo goces nuevos hasta de sus languideces y

agotamientos. Su intensidad es sin medida, sin precio, sin igual. Satisface sin saciar nunca a los que tienen una sed infinita de placeres.

Si la oportunidad de los encuentros me ofrece tu amor y te ofrece el mío, no reduzcas a un intercambio la armonía de nuestros deseos. Solo hay intercambio de malas influencias. ¿Necesito ser amado para amar? ¿He aprendido tan bien a amarme tan poco? Aquel que no está lleno de sus propios deseos no puede dar nada. Quien da para recibir marcha lentamente hacia el aburrimiento, el cansancio y la muerte.

Desde el instante en que no espero nada y no debo nada, puedo todo. Sea lo que sea que quieras de mí, corres el riesgo de encontrarme sin medios. Tengo más que ofrecer a quienes no esperan nada de mí.

Tomar todo al fin y dar todo sin medida común, sin escala de valores, sin comparación, sin balanza donde se pesen los pros y los contras, los derechos y los deberes, las verdades y los errores. Asegúrate de ofrecer y de jamás demandar.

En cuanto a los deseos aparentemente irrealizables, no renunciaría a ellos aunque tuviera mil razones. Quiero mantener toda pasión presente y viva en mí. Un día descubriré los caminos de la realización, mientras que la renuncia pudre todo lo que toca.

Decir sí a la vida ya no es la fantasía que una noche milenaria ha encerrado en un sueño eterno. La prioridad de la economía da paso a la primacía de los deseos de vida. Poco a poco, se teje alrededor de mí, en torno a cada individuo en busca de la autonomía, la fuerza colectiva de la vida que será la mortaja del viejo mundo.

¿Y si la muerte llega mientras tanto? Da igual, no quiero saberlo.

4. La gratuidad individual espera la oportunidad de dar el salto hacia la gratuidad generalizada

La felicidad no se paga, se arranca a la sociedad que la vende. Estamos tan condicionados a esperar, en el seno de los más dulces placeres, el contragolpe, el chasquido de la rueda del infortunio, la siguiente cuenta a pagar, que el resultado desgraciado de toda subversión está ya incluido en la aventura. Sin embargo, el espíritu de derrota y de desesperación se está mordiendo la cola como cualquier otro círculo vicioso de la mercancía. La pasión por la destrucción ha dejado de ser una pasión creativa, no es más que el sustituto.

En el fondo de la desesperación a la que nos han llevado las sociedades industriales, la gratuidad se abre paso. Cuando una huelga de cajeras libera a los clientes de su rol y les ayuda a tomar y dar sin compensación, cuando los obreros empiezan a distribuir los productos acumulados, cuando la gente se niega a pagar el alquiler, la electricidad, el transporte, cuando el saqueo abandona la furia del desahogo y juega a la alegre distribución de la abundancia, entonces cabe preguntarse si la proletarización a través del intercambio permanente no anuncia su liquidación radical.

Además, el dejarse llevar de la gratuidad pertenece a la tradición obrera. Si elaborara un mapa geográfico y temporal de la voluntad de vivir, en lo que concierne a mi vida y a la evolución social, resaltaría,

junto a las trampas donde me atrapo, los momentos de intensidad vivida, los sitios protegidos de la irradiación mercantil, los lugares donde he logrado, por un momento de placer, aniquilar la hidra económica. Tendría las ciudades del Prat de Llobregat quemando dinero una mañana de 1932, las colectividades de Cataluña y Aragón esbozando la autogestión generalizada de 1936, los rechazos a pagar que una nueva inocencia hoy propaga. También señalaría, implícitamente, las victorias de la burocracia, las áreas ocupadas por la clase dominante, los nidos de banqueros y de policías, las áreas de proletarización creciente. Ahí se vería cómo la gratuidad se organiza poco a poco en torno a las exigencias del goce individual, cómo ambas áreas estimulan un incomparable movimiento de vida a pesar de las sombras mortales del poder y de la ganancia.

Incendiar las comisarías, los cuarteles, las prisiones, las oficinas de recaudación de impuestos, los bancos, el dinero, las fábricas me alegra menos por el resultado que por el cambio de sentido que se produce en tales actos: romper lo que impide gozar de todo, no tolerar ningún obstáculo al placer. La destrucción por desahogo ya tuvo su momento, no es más que el homenaje que ofrecen los suicidas a una sociedad de muerte, la limosna que la dama obrera izquierdista ofrece a sus pobres.

La emancipación de los goces lleva en sí la gratuidad universal con la que perecerá la civilización mercantil. Los amaneceres rojos me importan menos que la chispa de vida que los enciende.

3. El goce implica el fin de la función intelectual y del Estado

1. La intelectualización es el último estado de la expansión mercantil

*El progreso de la intelectualidad expresa el progreso de la organización como necesidad prioritaria de la economía. Desde el siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, el imperialismo mercantil se basó en dos preocupaciones dominantes: el desarrollo de las técnicas y la conquista de los mercados. Con el surgimiento del capitalismo de Estado, la necesidad de una organización económica *omnipresente* pasa a primer plano.*

La mercancía invierte su poder en una administración de sus recursos donde tiende a producirse y a consumirse en un círculo cerrado. Condenada a llevar a cabo su propia abstracción hasta el final, ella misma ejecuta el juicio planificando y burocratizando su muerte y la muerte de las sociedades que la producen.

La burocracia es la forma concreta de esa abstracción que vacía a los individuos de su sustancia humana y los reduce a ser nada más que la sombra de la mercancía. Es la relación práctica que el Estado

mantiene consigo mismo, es decir, con la parte de vida que anexa, controla y gobierna.

Aquellos que por su condición de ciudadanos se han identificado con los engranajes del Estado describen fácilmente la burocracia como una excrescencia absurda, una hernia que puede operarse con un tratamiento apropiado, un ridículo que podría evitarse con una mejor organización de las cosas. Pero la burocracia es en realidad la realización del Estado como pensamiento separado de lo vivo y nada más. ¿Y qué es ese pensamiento así separado sino el producto del *trabajo* que todos se ven obligados a proporcionar socialmente y a expensas de sus vidas?

Desde que la mercancía dejó de extenderse principalmente a través de las guerras y la colonización, ejerce su conquista sobre las provincias de lo vivo con una exigencia incrementada en los procedimientos de explotación. Cuanto más concreta se vuelve su necesidad de organización, más tangible se vuelve su abstracción.

El progreso de lo humano en la mercancía otorga libertad de pensamiento a todos, mientras que el progreso simultáneo de la mercancía sobre lo humano solo otorga la libertad para actuar de acuerdo con el pensamiento separado. El trabajo del pensamiento es el pensamiento que hace trabajar. ¡Esa es la base de nuestras libertades!

Todo aquel que extrae de su vida una fuerza de trabajo que poco a poco va extinguiéndola, acaba vaciándose de su presencia viva, perdiendo su cuerpo, convirtiéndose solo en una imagen proyectada sobre la pantalla del pensamiento muerto en la película fantástica que le presta las formas de vida. Y muchos todavía luchan por la liberación de las imágenes.

La emancipación intelectualizada no es más que un nuevo salto en la proletarización. El totalitarismo de la mercancía se propaga a través de la cabeza.

El partido intelectual constituye el ejército de reserva de la burocracia. Bajo el pretexto y el privilegio de no trabajar, la aristocracia ejerció una autoridad que en definitiva no era más que un trabajo intelectual. Por el contrario, la burguesía considera el derecho de gobernar —*adquirido* arduamente— como la victoria de la inteligencia sobre la materia, la preponderancia de lo intelectual sobre lo manual. Su función dirigente ya no lleva la marca de lo divino, sino que pretende ser «naturaleza» pensante. Cuanto más el poder cibernético absorbe el trabajo manual (tal como la industria ha digerido el artesanado), más natural se vuelve que el trabajo, considerado como un conjunto de comportamientos, adopte la forma de un trabajo intelectual.

La función intelectual es el arma del amo. El esclavo que se apodera de ella es apresado por ella. Su razón liberadora reproduce la esclavitud. Ha justificado todos los crímenes del Estado: le pertenecen los dioses, la jerarquía, la religión, la moral, así como todo lo que garantiza el servilismo.

Pero de ella también salieron los mitos insurreccionales de Prometeo y de Lucifer. Ha sabido ridiculizar oportunamente a las deidades, trabajar por la bancarrota de lo sagrado, socavar el poder de los señores, de los patrones, de los burócratas. Ha participado en todas las revueltas, ha respondido a todos los llamamientos de la libertad. ¿Acaso no merece, en este orden de *cosas* que define la perspectiva del poder, su reputación de ser a la vez lo mejor y lo peor?

Sin embargo, pierde toda ambigüedad en cuanto revela su participación en el desarrollo contradictorio de la mercancía. Mientras es religiosa y antirreligiosa en las sociedades agrarias, la función intelectual se convierte en ideológica y anti-ideológica cuando la abstracción tangible del dinero y del poder se extiende al conjunto de las actividades humanas. No cesa de atacar y de consolidar el sistema mercantil, a cuyo movimiento de autodestrucción y de fortalecimiento se ciñe.

A fin de cuentas, la clase burocrático-burguesa gana tanto reprimiendo las ideas subversivas como tolerándolas, siempre y cuando permanezcan separadas de la voluntad de vivir. El pensamiento «revolucionario» sirve para desahogar el estado opresivo que mantiene el pensamiento en el poder. Peor aún, su naturaleza de trabajo intelectual lo convierte en la represión más astuta y progresista, la que se ejerce en nombre de la emancipación.

Vosotros, que apostáis por el progreso de la intelectualidad para acelerar la toma de conciencia de las masas, proponéis al proletario, tradicionalmente condenado al trabajo manual, mejorar su suerte convirtiéndose en trabajador intelectual. He aquí que, sin saberlo, habláis en la prosa de la automatización, de la cibernética, del espectáculo, de la enajenación autogestionada.¹

¹ En el original *Vous voilà, sans le savoir, faisant la prose de l'automatisme, de la cybernétique du spectacle, de l'aliénation autogérée. Faire de la prose sans le savoir* significa tener éxito en una actividad sin conocerla, por casualidad. La expresión fue tomada de la famosa escena IV del acto II de «El burgués gentilhomme» de Molière, donde el sr. Jourdain, tras solicitar el consejo de un filósofo para escribir una carta a su enamorada, aprende que solo existen dos maneras de expresarse, en poesía o prosa, y se maravilla al descubrir que siempre hablaba prosa sin saberlo.

La peor intelectualidad es aquella que se rechaza, que toma el partido del cuerpo contra la cabeza, opone las fuerzas oscuras y oscurantistas del yo a la claridad de la razón, prefiere el trabajo manual al intelectual como si no fueran dos momentos de la misma dictadura del trabajo. Los que esperan que la musculatura proletaria confirme la exactitud de su pensamiento radical no son diferentes de los que piensan que las insignias hacen a un soldado. Su desprecio por el intelectual exorciza cínicamente el desprecio integral que se tienen. En la mejor tradición estalinista y fascista, sacrifican al ambiguo culto del trabajo manual y del trabajo intelectual esa divinidad con cuernos que se cuela en la clarividencia radical bajo el nombre de teoría y práctica.

El partido intelectual no deja de crecer dentro del proletariado. Constituye el ejército de reserva de la burocracia. El canalla ingenioso reemplaza ahí ventajosamente al canalla en sotana. Tiene sus ortodoxias y sus herejías, sus excomuniones y sus ecumenismos. Elogiar y vituperar alternativamente a la nulidad estudiantil reconvertida en crítica-crítica y al grupúsculo de pensadores que pastan la teoría revolucionaria del campo abierto de los negocios² oculta en vano que la función intelectual opera en cada uno de nosotros y que nos proletariza empujando en nuestras cabezas la cuña progresista de la decadencia mercantil.

Aceptar la función intelectual como única forma de inteligencia es trabajar para reprimir los deseos de vida y para oprimirse más intensamente. La ilusión

² En el original *le champ-libre des affaires*. Champ libre es una editorial francesa activa entre 1969 y 1991 y que se hizo conocida por publicar lo que se conoce como «teoría radical».

nacida de los golpes que la función intelectual asestó al capitalismo ha tenido su momento. Ahora nos da golpes mucho peores, pues incita a todos a abstraerse de sí mismos y a realizar concretamente el proyecto de autodestrucción del mercado. Convierte la emancipación en el pobre desbordamiento de una patética represión.

Sin embargo, si la función intelectual es el arma esencial de la clase dominante, llega al proletariado, una clase sin poder reconocido, como una intrusión extranjera: la *mente* que gobierna ese trabajo manual por el cual se definían inicialmente los proletarios. Solamente cuando el proletariado intenta apoderarse del poder en lugar de destruirlo, esta se transforma en una conciencia abstracta de clase, cuya interpretación pertenece a los burócratas, a los timoneros de la liberación proletaria.

Pero así como se reniega de la propia emancipación mediante la especialización intelectual, así también la irrupción de la voluntad de vivir individual contra la proletarización creciente ofrece a todos un arma radicalmente diferente para deshacerse de las actividades separadas del goce.

2. El mundo al revés alcanza su punto de inversión posible cuando la proletarización a través del reflejo intelectual no tiene otra salida que la muerte o la supremacía de la inteligencia sensual

La intelectualidad aumenta a expensas de la voluntad de vivir. Debido a que la división del trabajo se reproduce en la división del cuerpo, la separación en

amos y esclavos ha convertido la cabeza en un receptáculo del pensamiento separado. El surgimiento de una clase intelectual y de una clase manual la ha transformado en el lugar del poder que controla y reprime la sexualidad en el resto del cuerpo.

A juzgar por el culto a las cabezas cortadas, sacerdotes y jefes parecen, desde el comienzo, haber experimentado en términos concretos la separación del cuerpo. No sé qué es la muerte natural, pero la muerte que conocemos tiene su origen en la cuna del poder jerarquizado, junto con la castración económica.

Durante mucho tiempo ha prevalecido la costumbre de decapitar a los condenados pertenecientes a la clase dirigente, mientras que los culpables salidos de las clases inferiores —esos bajos fondos libidinosos que constituyen el «cuerpo trabajador» del Estado— son públicamente pajeados por el cuello y reciben la sacudida hasta que se vacían, en un orgasmo al revés, de la materia vil que los compone: semen, orina, excrementos. Estas burdas costumbres son similares a las de los torturadores de bata blanca, los psiquiatras, los educadores y los aplicadores de electrodos. Hoy por hoy, la creciente abstracción que nos dirige nos agarra más sutilmente por la cabeza y nos vacía de nuestra sustancia humana. La racionalidad neurótica y sus crisis de desahogo «bestial» y absurdo imprimen sobre nuestra época de gulag humanista la marca del desgarramiento extremo del cuerpo.

*

El sistema cervical ha sido modelado según el sistema mercantil. Traduce la organización abstracta de la economía en mecanismos de poder, cataliza la

reacción del intercambio que transforma la vida en trabajo. La cabeza se convierte así en el lugar donde el cuerpo se vuelve extraño a sí mismo.

Cuanto más abiertamente se identifica la necesidad de mandar con un trabajo, más la cabeza lleva la palabra del Estado hasta los confines de los territorios incontrolados de la vida.

La sociedad se reduce a un mercado, los placeres se convierten allí en trabajo, el trabajo tiende a intelectualizarse y la coraza muscular, reprimiendo los impulsos sexuales, mantiene la cabeza por encima de la lucha y le confía el mantenimiento del orden. ¿Cómo no iba a confundirse la normalidad de tal mundo con un repertorio de neurosis?

Entre la cabeza que controla, gobierna y organiza, y el resto del cuerpo que ejecuta las órdenes y bloquea el surgimiento de los deseos, la «lucha de clases» rara vez se escapa a la trampa del intercambio; ella se debate en la inmovilidad fundamental del mundo dominado por la economía. Este es el equilibrio en el terror, donde cada parte se arroga el derecho a la insurrección y a la represión.

A veces sucede que el cuerpo se destapa, exige su tiempo libre, su licencia, su carnaval, sus disturbios. Poco importa, ya que sigue siendo capaz de endurecerse, de reprimir sus deseos, de filtrar su energía en beneficio del trabajo.

Del mismo modo, la cabeza se toma sus libertades, sabe cómo hundirse en la extravagancia, perderse, delirar, identificarse con el cuerpo mediante el celo del intelectual populista. Lo que no desaparece nunca es la separación.

Ya sea que vigile a la bestia apocalíptica dentro de nosotros o la libere en una orgía de desenfreno y de sangre, la función intelectual solo reproduce la evolución de la mercancía destruyéndose y destruyendo la vida. Una vida que identifica científicamente con la enfermedad y de la que quiere curarnos a toda costa.

Los neuróticos del poder solo admiten que los gobiernen los neuróticos en el poder. Cuanto más escupimos los medicamentos que los testarudos y los idiotas³ unánimemente nos hacen tragar, más se perfeccionan los medios para hacernos ingerirlos. En cuanto el anhelo de goce amenaza con generalizarse, se propaga la ideología psicossomática. Afirma que «lo orgánico y lo psíquico constituyen una unidad cuyos dos factores no pueden disociarse», pero solo para ignorar mejor el origen de la separación y los medios para combatirla.

El culto de la sensación también se extiende a medida que esta se reduce poco a poco a una abstracción, a una imagen *mental*. Cuando la vida se ahueca hasta convertirse en una forma vacía, el sensualismo florece sobre su tumba, donde el pequeño hombre codicioso festeja el olor del heno recién cortado y de la fruta madura. Cuanto más es el goce un asunto de la cabeza, más se habla del culo.

La emancipación que viene de la cabeza contiene su propia putrefacción. No llamo intelectual al individuo que usa la cabeza más que las manos, sino a cualquiera que *trabaja* para reprimir sus deseos de vida.

³ En el original *les têtes dures et les têtes molles*. Se trata de un juego de palabras que no puede ser vertido al español y cuya traducción literal sería «las cabezas duras y las cabezas blandas».

La intelectualidad no se mide por el grado de conocimiento, de erudición, de ciencia, de razonamiento, de inteligencia. No establece una frontera entre, por un lado, el pensador, el artista, el ideólogo, el crítico, el organizador, el burócrata, el líder y, por otro, el obrero, el trabajador, el boxeador, el analfabeto, el campesino, el carnicero, el bruto, el militar. La intelectualidad está presente en todos, pues refleja el *arraigo de la economía* en el individuo, tal como la cultura, en el sentido más amplio del término, lo impone a la sociedad.

La función intelectual pertenece a los mecanismos de represión y de desahogo. Lleva inevitablemente la marca de la trampa, de la no-superación, de la plaga emocional, del cambio en la inmovilidad. Percibe el goce solo al revés, desde la perspectiva de la impotencia para gozar; allí no ve más que un señuelo destinado a ocultar la verdadera escasez de vida.

El intelectual es el individuo proletarizado por la inflación cerebral de la mercancía, por el trabajo que produce el pensamiento separado de la vida. Llega a la comprensión de los seres y las cosas a través de un juego de tolvas que actúa por compulsión y expulsión, y esta comprensión pertenece al mundo dominante, a la mercancía que se niega y se fortalece. Solo entiende por necesidad, coacción, razón externa; porque es verdad, porque hay que hacerlo, porque es el efecto perentorio que resulta de este cielo de ideas que él venera y maldice a la vez.

Basarse en la función intelectual es necesariamente ir a contrapelo de los deseos, reprimir la voluntad de vivir en favor de la voluntad de poder, que es su inversión.

Debido a que el proletariado hace la parte más pesada del trabajo, está mejor equipado para terminar con la intelectualidad que la clase dominante, que lo organiza e impone. La condición proletaria hereda así el privilegio de rechazar unánimemente a los líderes, pero tal rechazo reproduce el principio dirigente y lubrica los engranajes de la burocracia cuando no emana de la voluntad de vivir de cada persona.

*

El lenguaje dominante es la reducción económica aplicada al lenguaje del cuerpo. La economía ha producido su lenguaje produciendo el trabajo sin el cual no puede existir y sobre el cual la sociedad ha ido configurándose poco a poco. La transformación de la vida en fuerza de producción se expresa necesariamente en las formas abstractas que nos vacían de nuestra humanidad. No hay comunicación oficial que no se base en la inversión de los deseos, perpetuando nuestra radical enajenación.

Sin embargo, existe un infralenguaje que la economía está tratando de recuperar al igual que necesita conquistar las áreas aún incontroladas de la vida. Alrededor de los agujeros negros del lenguaje dominante, las palabras del poder bailan inquietas. Intentan sacarle provecho precisamente a aquello que no pueden definir, captar o nombrar tolerándolo como «gratuidad», es decir, absurdidad, esbozo burdo, rareza, más allá, legendario, incongruencia.

El viejo poder patriarcal identificó el abismo del que surgen las peligrosas pulsiones de lo sexual primero con la boca de la mujer, para quien el goce es todavía una canción, un himno a Pan, cuyo lejano recuerdo guardan la música y la poesía.

La savia del lenguaje sensual, del lenguaje corporal, se empobrece con el curso de la historia. La mujer es originalmente la caja del mal donde el poder trata de encerrar lo inasible.

¿Acaso los cuentos, la literatura, las religiones no se refieren a ella como la que habla demasiado y no dice *nada*? No *intercambia* palabras, sino que las pronuncia a placer. Parlanchina, balbuceadora, confidente indiscreta e infiel, simboliza la parte oscura de la humanidad, reacia a las razones del intelecto, que rechaza la economía del lenguaje a través del cual la economía se expresa. Palabra salvaje que los antiguos rituales se destacan por recuperar a través de lo sagrado: sentada en un trípode, con el sexo abierto sobre los vapores sulfurosos que escapan de una grieta en el suelo, la Pitia emite por la boca palabras y gritos jaculatorios que los sacerdotes traducen a sus clientes. De la misma manera, las brujas bailarían desnudas bajo la luna, boca del cielo, hasta alcanzar el trance orgásmico en el que profetizan. Más tarde, los hombres, en su infinita condescendencia, otorgarán a las mujeres una cualidad que ellos se jactan de haber perdido: la intuición, oído misterioso que capta la vibración oculta de las cosas, una comunicación que los criterios del lenguaje económico consideran obviamente subdesarrollada.

Las mujeres han compartido durante mucho tiempo con los artistas, los niños y los locos el privilegio de poder gritar, cantar, llorar, gesticular, pronunciar cualquier cosa, revelar lo que no se dice. Desde que la industrialización conquistó para ellas el inestimable derecho a trabajar en las fábricas, ganar un salario, dirigir un negocio y mandar una división aerotransportada —mientras que los artistas

se convertían en funcionarios de la promoción cultural—, solo quedan los niños y los presuntos enfermos mentales para expresar confusamente las volutas del lenguaje que ha escapado al control mercantil.

La intelectualidad consume la criba del lenguaje a través de la economía. Desde la charla cotidiana hasta los gestos afectados por la plaga emocional, la expresión y la comunicación se convierten a su vez en un trabajo, una forma represiva de existir, una abstracción de la experiencia. El aspecto crítico y negador de la función intelectual ha desenmascarado tan bien la mentira del lenguaje dominante que ha llegado a imponerse como verdad. Pero, ¿no es la verdad obtenida mediante la intelectualidad la confesión espontánea de la autodestrucción mercantil?

¿Cuánto vale una verdad intelectual que se usa para ocultar su mentira fundamental, su naturaleza de trabajo, de separación, de castración? No es más que la mancha de sangre del mundo al revés y de los deseos de muerte.

La palabra que se «callaba» por su silencio y sus falsedades se moderniza convirtiéndose en palabra de confesión. El inconsciente es revelado, pero en beneficio de una nueva opresión, los gestos interpretados y comentados forman la materia de nuevas acusaciones. Todos se vuelven legibles para poder ser juzgados mejor. ¡No hay que engañarse con las personas! ¡Hay que decirlo todo! ¡Hala, a ello! La era de la franqueza y de la transparencia nos hará lamentar la vieja lengua bífida, la hipocresía del puritano y del burócrata revolucionario. La separación ahí era evidente, mientras que la verdad intelectual restablece la unidad de la vida en su perfecta

abstracción. La dictadura de las palabras para cada cosa experimentada es peor que la del silencio, pues la vida no tiene nada en común con el lenguaje que se le impone.

Ya apruebe o no el mundo dominante, el lenguaje reducido a la intelectualidad no es más que un trabajo y su rechazo es un trabajo de rechazo. Por muy radical que sea, no se disocia de la incrustación mercantil que nos destruye. El lenguaje la denuncia, en el peor de los casos ocultando su función represiva, en el mejor, identificando aquello para lo que no hay palabras: el goce que lleva en sí el fin de la intelectualidad.

El lenguaje que se emplea aquí no esconde su descrédito fundamental. La crítica que hace contra sí mismo no escapa del proceso mercantil y lo sabe. Tampoco pretende destruirse en su propio movimiento. Es en el umbral de la vida, donde necesariamente se detiene, que espera su destrucción a manos de la vida. Es de la exuberancia sexual de todos, de la realización individual de los deseos, que espera su aniquilación. Y esta es nuestra única oportunidad para terminar con las palabras y los signos que gobiernan el cuerpo y la sociedad.

Cuando la unidad del sentir prevalezca sobre el pensamiento separado, no se nombrará nada más que no destruya el nombre.

*

La intelectualidad habla el lenguaje de la castración. Basta escuchar la mayoría de las conversaciones. No son más que órdenes dadas o sugeridas, informes de policía, acusaciones de fiscal, panegíricos de abogados. En la lucha verbal del prestigio y del interés, tener la

última palabra apenas oculta que se está viviendo la última de las vidas.

La ferocidad que resulta de la represión de los deseos se desahoga en burlas, polémicas, punzadas y aporreos que no tienen más razones que las de la economía que agota lo humano. El lenguaje está tan impregnado de tal fatalidad que paraliza en primer lugar todo cuestionamiento fundamental del sistema mercantil.

Cuanto más dejen que el lenguaje de la voluntad de poder encierre el impulso de vida en una coraza muscular, más se destruirán en la afluencia de emociones negativas, más sufrirán ese desgaste despectivo del intercambio que emana de todo encuentro. ¿Hablan de una película, de un amigo, de una aventura, de un enemigo, de una futilidad? No son más que declaraciones elogiosas o despectivas nacidas de sus propias renunciadas, compensaciones vanidosas o mortificadas que calafatean, mal que bien, el barril perforado de sus frustraciones. ¿Qué sentido tiene fustigar a los políticos podridos de virtud, a los periodistas de la mentira, a las *vedettes* radicales del espectáculo revolucionario? Armados contra ellos con el mismo lenguaje, en realidad los congregan, una castración común de los deseos de vida los une para lo mejor y para lo peor.

Si hablo por los demás mientras que otros hablan por mí, ¿cómo no perder la vida en beneficio del lenguaje que me convierte en otro, cómo no dejar el hilo de los deseos por el nudo inextricable de su inversión?

Los preceptos educativos que engañan a la infancia salmodian una lección de tinieblas y de terror. Los relatos de muerte, de enfermedad, de accidente,

de cataclismo, de miseria cotidiana marcan la pauta sobre cuya base se articulan los llamamientos a la revuelta y la invitación a la resignación, la culpa y sus exorcismos. El terrorismo del lenguaje familiar reina durante toda la vida. Esa plaga emocional, ese arrullo patético, esa ironía congelada que atormenta los discursos, las charlas de sobremesa, las riñas, las rupturas y las reconciliaciones, todo ese lenguaje de la cabeza donde lo sexual se enfrasca en una monstruosa inversión tiene, bajo la variedad de sus entonaciones, de sus gestos, de sus expresiones, un único sentido: la castración original.

Pero el lenguaje que abstrae a cada uno de sí, lo coge del cuello, lo compara, lo mide, lo intercambia según el antojo de la sintaxis en el poder, debe hoy, golpeado por su propia miseria, revelar su más acá y su más allá, la voluntad de vivir que, en cambio, no tiene un lenguaje reconocido. Vamos a empujar esa función intelectual que nos dirige a través de la cabeza hasta sus últimos atrincheramientos, la despojaremos de la coartada de su autocrítica, la haremos arrodillarse ante las puertas de lo indecible para que solo le quede gritar «¿quién anda ahí?». Y de este último grito vendrá su destrucción.

Quien realmente desea enamorarse de sí mismo en un mundo enamorado de él pierde poco a poco su existencia intelectual, no ocupa un lugar en el orden del lenguaje, pues gozando deja de *trabajar*. Aunque un ser celoso, autoritario, avaro puede razonar consigo mismo y percibir todo lo detestable de su actitud, no cambiará; por el contrario, se apegará a lo que es, pero con los tormentos masoquistas de la mala conciencia y los ardidés sádicos de la mentira. Que el autoanálisis le muestre los placeres de vida

que se invierten debajo de la mezcla de angustia y de voluptuosidad que experimenta, y he aquí que llega a la frontera de la inversión de perspectiva. Ahí se detiene la autodestrucción de la función intelectual, ahí se detiene *El libro de los placeres*. Ahí, depende de cada uno estar satisfecho con su clarividencia y morir a causa de ella, o bien darle al impulso de sus deseos la energía que habitualmente utiliza para suprimirlos. Le corresponde a cada cual dejarse destruir por la función intelectual o disolverla en un abandonarse a los placeres.

El último uso de la intelectualidad es mostrar lo que no puede captar, la vida que ciñe y que, sin embargo, la destruirá.

3. La historia a punto de invertirse pasa por el punto de inversión de la historia individual

La función intelectual es la inteligencia arrebatada de los deseos de vida y vuelta en contra de ellos. Detrás de sus discursos y sus gesticulaciones, lo vivo toma asiento y se ríe de tantos esfuerzos. Mientras que la voz peyorativa y los músculos puntúan sus efectos, los deseos reprimidos se vengan como un auditorio que súbitamente se vuelve consciente de ser la víctima de un tribuno. El rostro sonrojado parodia la erección, los dedos que juguetean con el anillo dicen que un breve abrazo es mejor que una larga conversación, los pies se cruzan y se descruzan como aprobando la sugerencia de los dedos, mientras el vientre mezcla gorgoteos irónicos con despoticaciones de la voluntad de poder. En el interlocutor escuchen también el eco lejano que declara contra él.

El mundo de las apariencias es un teatro de neurosis. Los tics del prestigio, los sobresaltos, la mueca despectiva, la mirada militar, los rasgos endurecidos, la voz afectada, tantas puertas cerradas de golpe a los deseos de vivir, tantos nudos corredizos apretados sobre el goce, tantos desahogos futuros en humillaciones zalameras, apatía, abulia, ganas de destruirse. ¿Acaso no sería suficiente un solo momento de verdadera felicidad para disipar esta bruma irrisoria?

Hemos llegado tan lejos en la desesperación que ante nosotros solo nos queda la vida para remontar. ¿No sienten que los placeres se sacuden cada vez con más frecuencia la dictadura del dinero y de la cabeza? Hace mucho tiempo que la sexualidad nos guiña un ojo tras los juegos de palabras, las fantasías de la mirada, las resonancias y las homofonías. Rimas, paisajes, signos y mensajes indescritibles enhebran las perlas de un erotismo reprimido. No hay nada que no copule y se acaricie, pero la pantalla de la represión no permite percibir más que la alusión licenciosa del puritano, la miserable salacidad del amor frustrado.

La inteligencia fue inicialmente, me complace creerlo, la mano y la herramienta de los deseos, la lucidez de su satisfacción confusamente perseguida. Las rutas comerciales del trabajo y de la ganancia han interferido en los caminos de la clarividencia sensual hasta borrarlos. ¿Acaso la práctica instintiva y rudimentaria de las primeras épocas, junto con la herramienta que salió de su creatividad, no ha sufrido una evolución concomitante, la transformación de los hombres en amos y esclavos que va acompañada de la recuperación económica de los instrumentos inventados en el juego de los deseos?

Así, vemos a la familia castrar la inteligencia sensible del niño para aplicarla al trabajo, a la educación y a la producción. ¡Reflexiona! Le dice el espejo de la voluntad de poder al niño. ¡Sé razonable! Le enseña la razón económica. ¿Dónde tienes la cabeza? Se inquieta el intelecto mientras se apodera del cuerpo. Arrancada de la sexualidad global, la lucidez sensual, que crece apenas se despiertan los primeros deseos, se pone al servicio del intercambio generalizado, se convierte en la intelectualidad que reprime, dirige, invierte las pulsiones de vida.

Lo que llamáis inteligencia, ese producto medible, comprobable y basado en el rendimiento, me parece solo la represión de las pasiones y el adiestramiento para la productividad. La inteligencia nacida de la autosatisfacción de los deseos se burla de ella. Y si es cierto que cada uno tiene la estupidez de sus represiones —porque no hay otra estupidez—, entonces, la intelectualidad es definitivamente la estupidez de la inteligencia sensible, sensual, sensitiva.

*

La primacía del goce inicia el fin del pensamiento separado. La función intelectual trabaja, la inteligencia de los deseos crea. No quiero otra lucidez que la nacida en la búsqueda de placeres, afinándose de la espina a la rosa, cultivando la exuberancia sexual en el orden de las satisfacciones sinnúmero. ¿Qué me importan sus libros, sus ensayos académicos, sus artes y decoraciones de la mente? ¿Qué me importan el conocimiento, la curiosidad, la ciencia, la conciencia, si no profundizan mis placeres, liberan mis pasiones, alimentan mi voluntad de vivir?

Cada vez que se crean grupos según una forma común de pensar, y no de acuerdo a la realización y la armonía de los deseos individuales, la sociedad mercantil no tiene que mover ni siquiera el dedo meñique para recuperar lo que allí se elaboraba. Por muy fácilmente que las ideas se encuentren en todas las cabezas, nunca han salido de la órbita del poder. Todas llevan consigo su propia putrescencia mientras ellas ignoren que solo el goce puede destruirlas superándolas.

La función intelectual desde ahora muere de hipertrofia. En la abstracción extrema que se apodera de los placeres, el punto de inversión se alcanza cuando aspiro a no tener otro lenguaje que el comensal del goce, como sucede con esos vinos que se huelen y se comentan antes de degustarse.

Quiero, invirtiendo el orden de prioridades, subordinar el trabajo del pensamiento a lo que este ha considerado durante tanto tiempo como cosas inútiles y pequeñas. Un sueño, un recuerdo fugitivo, una impresión, una felicidad fugaz, una caricia enloquecedora, eso es lo que quiero captar con toda la lucidez que contienen. Allí me encuentro en el centro de mi historia individual y allí soy consciente de que estoy preparando la eliminación, hoy históricamente posible, del Estado y de su omnipresente pensamiento separado.

Existe una alquimia de la que todo ser se siente misterioso adepto y que la ciencia ha ocultado con sus imperativos. Busca una irradiación que no puede reducirse a las radiaciones mortales de la mercancía, la irradiación de la vida.

¿Cómo prestarle atención a la razón cuando el placer está ahí? La antena de los deseos solo capta lo que quiere. El goce de todo me apasiona demasiado como para que ahora me detengan las palabras que tratan de señalarme, definirme, juzgarme, engrandecerme o disminuirme según los diferentes puntos de vista del poder dominante y de sus poderes de recambio.

Quien sigue su camino en busca de todos los placeres sin precio aprende rápidamente a evitar las trampas, evita fácilmente los «debes», los «no puedes» que lastiman diariamente con mil heridas venenosas. Y lo que conduce a tal juego no es el voluntarismo del rechazo, sino la sensibilidad epidérmica del «quiero», «me encanta», «me gusta», «no me gusta», «tengo un gran deseo», la música de la profusión del yo, el torbellino de deseos donde son barridos, palabra por palabra, la medida, el juicio, la comparación, la evaluación, el intercambio.

Las pocas sociedades donde la mercancía aún se encuentra en un estado rudimentario han conservado una huella más viva de la inteligencia sensual. Ahí sucede que las manos sanan, que una mirada fascina, que una palabra susurrada atraviesa los ríos, que un deseo cambia leyes consideradas inmutables, que unos signos encantan a los animales y a las plantas. ¿Quién está hablando de poderes sobrenaturales? Se trata simplemente de una forma de acercarse a la naturaleza, pero una que la «seduce» sin reducirla, como hacen las mentes industriales, a un *objeto* de trabajo.

El cuerpo civilizado agoniza por una galvanización que lo asimila a una fábrica de músculos, de nervios, de esfuerzo, de deporte, de rendimiento,

de esterilidad, de estética, de vergüenza, de tormento, de neurosis, de experimento sádico-médico. Pero su lenguaje doble sigue difundiendo los mensajes contradictorios de la vida y de la muerte. Bajo el peso de la angustia, del miedo, de la opresión, la caja torácica se estrecha y el corazón, que ahí es el ave, se azota contra los barrotes, se despedaza, se retira y deja de temblar. En cambio, en la respiración de la felicidad, en el ímpetu de la pasión, el corazón retoza en todo el cuerpo y su ritmo resuena en todas partes. El corazón encarcelado es auscultado, pertenece al médico. El corazón apasionado llena el espacio vivido y resuena en eco igual que el órgano de una fantasía. Lo mismo aplica a todos los órganos.

Sabemos que la mano que alivia un dolor, que crea, acaricia, juega, estimula el goce, pronto prevalecerá sobre la mano reducida a la mercancía que manipula; que la inteligencia dejará de identificarse con la función intelectual. Si es cierto que el cerebro trabaja solamente a un tercio de sus capacidades, ¿no ocurre esto precisamente porque trabaja, porque ha sido separado del cuerpo y reclutado en la cabeza? Déjelo adaptarse al surgimiento de los deseos y unirse al impulso sexual, y no podrán evitar la impresión de que estamos en el proceso de crear la inteligencia superior de nuestra animalidad.

4. El fin del Estado y el fin de la intelectualidad son inseparables

La inteligencia sensual creará la sociedad sin clases. ¿Cómo podríamos eliminar a los líderes si no nos deshacemos de la función intelectual, si no ahuyentamos

al representante permanente del trabajo que actúa en la cabeza de todos? El rechazo que no emana de la voluntad de vivir no es más que un nuevo rechazo a vivir. Demasiado hemos considerado a los seres y a los objetos al revés, en el sentido en que habitualmente llegan a nosotros para golpearnos y herirnos. Solo lo vivo me apasiona, no la abstracción que lo mata.

La inversión de perspectiva revela de pronto al encuentro de mis deseos la pulsación amable de un guijarro, de un rostro, del espíritu de los tiempos, de un paisaje, de un libro, de una sonata y de una salsa de pesto. ¿Por qué tratar obstinadamente de formas desencarnadas, hostiles, indiferentes un mundo que la atracción de los goces posibles tiene el privilegio de librar de las taras de la mercancía?

Contra la rentabilidad de los seres y de las cosas, contra la falsa gratuidad contemplativa que la complementa, la parte de vida ignorada por la perspectiva del poder se alía lentamente con el corazón de las piedras, de las plantas, de las personas. La economía y sus Estados desaparecerán bajo su inesperada oleada y surgirá una sociedad donde la riqueza tecnológica estará al servicio de la riqueza de los deseos individuales. Esa es la lucha colectiva que la mercancía y sus lisiados se niegan a reconocer asomándose contra ellos.

La nueva sensibilidad anuncia un mundo radicalmente nuevo. La inteligencia sensual da comienzo al fin definitivo del trabajo y de sus separaciones. La verdadera espontaneidad es la de los deseos en busca de la emancipación. Disolverá la pesadilla milenaria de la economía, de la civilización mercantil con

sus bancos, sus prisiones, sus cuarteles, sus fábricas, su aburrimiento mortal. Pronto construiremos nuestras casas, nuestras calles vibrantes, nuestros caminos laberínticos en una naturaleza reconciliada con la mano del hombre. Tendremos regiones fetales, lugares de aventura, hogares inspiradores e itinerantes, otros tiempos, donde la edad no tiene sentido y la realidad no tiene límites. Inventaremos microclimas que varíen según nuestros estados de ánimo y olvidaremos la época en que la burocracia científica, desarrollando armas meteorológicas de destrucción, nos llamaba utópicos. Porque la espontaneidad tiene la inocencia de borrar ese pasado terriblemente presente donde nada de lo que mata es imposible y todo lo que estimula a vivir es acusado de locura.

4. El goce implica el fin de la culpabilidad y de toda sociedad represiva

1. La vida es el crimen inexpiable cuyo castigo es perpetuado por la sociedad mercantil

Lo que se hace por obligación es necesariamente culpable. ¿Cómo podría estar libre de reproche lo que se intercambia? ¿Cómo podría una sociedad basada en la reificación de lo vivo no considerar como falta el simple hecho de ser humano? La culpabilidad pertenece a la organización económica de la vida, así como una deuda pública insolvente corresponde a la balanza de pagos.

De la antigua creencia en los castigos divinos todavía nos queda la maquinaria sugestiva. Aunque el trabajo intelectual ha progresado en la lenta erosión de un más allá mítico que la mercancía ya no consideraba útil, ha mantenido, como último accesorio del teatro ideológico, la pantalla y el dispositivo de proyección utilizados por los sacerdotes para subyugar a las multitudes. La intelectualidad lleva en sí su propio engaño y su culpabilidad de tramposo impenitente

El nacimiento es el pecado que solo la muerte puede expiar. El despojamiento gradual del imperialismo económico ahora muestra esa falta original, que estaba en el corazón de todas las religiones, en su desnudez de carne cruda: es la vida que el poder no puede tragar, el goce que no puede pagarse con ninguna compensación. Totaliza la energía que las personas están obligadas a contabilizar como fuerza de trabajo y que deben reembolsar hasta el final de los tiempos económicos, cuando su desaparición liquidará la reclamación de pago.

Mientras que la autodestrucción mercantil se erige como progreso contra la barbarie de su pasado, los rigores penales, como la tortura y la pena de muerte, se convierten en artículos de contrabando, pero la ley democrática que los condena en nombre de los derechos humanos es la misma que saca provecho de ellos haciendo que se paguen a plazos. La vieja culpabilidad colectiva de los mitos religiosos y de las grandes ideologías se ha fragmentado tan bien al ritmo del desmoronamiento social que ahora deja a los individuos a solas con el sentimiento personalizado de su culpa.

La autoculpabilidad es la persuasión clandestina de un mundo donde todo se paga, donde se está en deuda con aquello que los tortura y los mata. Habita en nosotros, en lo peor, como la función intelectual, como el deber del intercambio incesante, como el defecto interiorizado de la economía. Sus reiteradas lecciones nos enseñan a cavar diariamente la tumba de los arrepentimientos con los placeres reprimidos en nombre de la ganancia y del poder. Ignorarla, destruirla parcialmente, exorcizarla solo conducen a incrustarla más profundamente.

*

La educación se basa en el miedo a gozar. Qué mejor manera de lanzar la prohibición sobre el goce de sí mismo que la necesidad de producir, de ser rentable, de servir para cualquier cosa. No hay coacción, por insignificante que sea, que no despierte el temor pusilánime de vivir, de existir gratuitamente. Allí comienza el aprendizaje del niño.

¿Acaso la pedagogía de las mentiras, de las penurias, de las humillaciones y de las palizas no ha cimentado nuestro conocimiento y agudizado nuestra inteligencia? Excluyendo la experiencia sensual, donde cada uno se educa a solas, ¿saben de conocimientos que no hayan inculcado el tono amenazante, el requerimiento de orden, el chantaje del mérito, del interés, del futuro, del prestigio? ¡Cuántos poemas memorizados, cuántas reglas balbuceadas, cuántas cronologías y teoremas impregnados durante mucho tiempo con solapadas incitaciones a obedecer, mandar, respetar, despreciar! ¡Cuánta erudición e ingenio pagados al precio de amar lo que castiga! Lo que se me ha enseñado mediante amenazas me será siempre hostil.

El deseo reprimido se irradia con terror, le presta el rostro del miedo a la vida más serena, al impulso voluptuoso, a la pasión que emerge del vientre como de las profundidades de la tierra, de la madre y de los bosques. El odioso trabajo disfraza de maleficios los deseos que reprime en la noche y sus sueños. Lo adorable se vuelve detestable. El pecado de la vida instila en todas partes sus lamentables desahogos; abandona la imaginación a los monstruos del ansia no reconocida; el veneno de las serpientes fálicas envenena sus

arbustos con sueños huecos; de los limbos maternos nacen los espectros, los vampiros, las gules¹ vaginales y los dragones castradores que custodian el infierno del sexo desde que la mentira del mundo al revés le ha dado los colores de la muerte.

El horror es el sueño ordinario de la economía. Cubre la sexualidad y solo la saca a la luz adornada con las condenas de la noche. Así la seducción de lo vivo se mezcla con la angustia de sentir que, de repente, voltea su mirada hacia la muerte. Así la envidia, los celos, el resentimiento, la venganza consiguen usurpar muy fácilmente la cualidad de placer.

Consideren el aprendizaje de los goces invertidos como uno de los principales beneficios de la familia y de la escuela. Garantiza el servilismo de los pueblos mejor que las legiones de asesinos a sueldo. Bajo el uniforme militar subsiste a veces una pequeña chispa de lo vivo capaz de detener al robot, pero el escalofrío del miedo es peor que la muerte, es el remolino de la vida que se vacía. Dondequiera que avance el poder, donde deambule el prestigio, donde se afirme la autoridad, se esparce el olor rancio de los placeres angustiados y de la felicidad culpable. Conocéis esos hedores a tripas anudadas y sueltas, esos sudores del odio, del desprecio, del examen, de la enfermedad, de la oficina de administración, de la comisaría, de la iglesia y de la prisión. Es el olor de la agonía, el olor de la supervivencia.

Una sociedad basada en la explotación de la vida extrae sus recursos del miedo inmanente. El miedo se dispone hoy a extenderse democráticamente

¹ Criatura del folclore árabe preislámico que toma la forma de una mujer y se alimenta de cadáveres o viajeros que sucumben a sus llamadas en el desierto.

hasta aquel estado de burocratización «espontánea» donde latirá en el corazón de todos como un pulso de vida.

El dolor es el producto de la culpa. El mito hebreo según el cual Adán y Eva, jugando al juego de la manzana y de la serpiente, habrían condenado a la humanidad a dar a luz con sufrimiento y a ganarse el pan con el sudor de su frente, ha divertido a generaciones de librepensadores antes de reducirse a una realidad que ya no hace reír a nadie, a una tiranía económica que cada mañana saca a los vivos de su cama para castrarlos en la cadena de montaje. Ningún retazo legendario oculta a nuestros ojos la herida infligida a la vida; lo que tocamos está manchado con su sangre.

No hay sufrimiento que no resulte de esta agresión primordial, cínicamente presentada como el efecto de *nuestra culpa*. La educación no pretende otra cosa que refrescar la memoria de ello en el niño y, como la educación ahora es permanente, la vieja resignación a la fatalidad de la muerte pronto dará paso a la buena conciencia del suicidio merecido, para el mayor beneficio del Estado burocrático.

Pero si una sociedad radicalmente nueva hiciera su aparición, una que arruine la economía y armonice los deseos, estoy convencido de que se anularía el único sufrimiento verdadero, el sufrimiento de la autodestrucción, el sufrimiento de la muerte consentida. En lugar de infligirse los tormentos de la angustia, las torturas del abandono, el brazo roto, los cólicos nefríticos, el asma, el cáncer, cada uno tendría solo que experimentar esas ausencias caprichosas del placer, esas tristezas inesperadas, esos

pasos en falso de la fatiga que añaden sus desvíos a la marcha sinuosa de los deseos, esas contrariedades que solo la compulsión dominante tiene el perverso disgusto de confundir con la alegría suicida, la felicidad tras las rejas y las celebraciones funerarias donde reina la muerte, para saldar todas las cuentas, el precio pagado por la inversión de la vida.

La creencia imbécil que ve en el sufrimiento y en la dificultad un defecto eterno no es más que la creencia en la eternidad de la civilización mercantil. A través de ella, os empeñáis en sobrevivir, en imponeros el ahorro que el sistema impone a la vida, en sufrir una existencia mezquina y engreída donde se intercambian en una miseria creciente los roles cotidianos del honor, de la dignidad, de la virtud, del sacrificio, del mérito y sus contrarios. El reflejo de inhibición está tan acostumbrado a enervar el deseo que no hay alegría que no alimente el miedo al infortunio, ni éxito que no se inquiete por una represalia en retorno, ni alegría que no corra tras su dolor, ¡como si siempre fuera necesario que la lluvia pagara la garantía del buen tiempo!

*

La culpabilidad mantiene el no-respeto fundamental del intercambio: nunca renuncias lo suficiente a ti. Por eso, en todas partes y siempre, eres culpable. Culpable de no trabajar, de trabajar, de ser rico, de ser pobre, de gozar, de no gozar, de no hacer que otros gocen, de tener éxito, de no tenerlo, de vivir y de morir. Las circunstancias, la edad, la moda, el por qué, el para quién, todo eso que te arranca de la voluntad de vivir para situarte en la perspectiva del poder te lanza de un rincón a otro, de la condena a la absolución.

El grado de represión libidinal de una época ha podido medirse por los estragos de la plaga, por los progresos del cáncer, por la histeria del suicidio colectivo que da la bienvenida a la guerra, por las masacres, por las cruzadas, por las ideologías nacionalistas, fascistas, estalinistas. Ahora que la disgregación de los grandes sistemas fúnebres de pensamiento impide que los pueblos se ofrezcan de nuevo como holocausto a un poder identificado con su voluntad de morir, el impulso suicida se ha individualizado en un uso particular del trabajo y del aburrimiento. El progresivo estrechamiento del torniquete económico deja en la boca un sabor a muerte que es el sabor de los placeres de supervivencia, del goce forzado, de la celebración obligatoria, de la felicidad contractual, tal como se venden de puerta en puerta bajo la etiqueta «diviértanse hasta morir».

La conciencia culpable atormenta a la miseria individual como una vergüenza, siempre hambrienta del amargo placer de destruirse. Cada destino conlleva el castigo de no ser suficientemente solvente, de no intercambiar lo suficiente, de no renunciar a la gratuidad de los deseos. A la angustia permanente de no pagar su deuda y de no ser pagado por su dolor, la muerte aporta el desenlace, el orgasmo congelado del cuerpo finalmente reducido a la podredumbre pura de la mercancía. Muerte y culpabilidad son la perspectiva del intercambio obligatorio, el vistazo petrificante que la economía arroja sobre la vida que nunca le pertenecerá.

No es de extrañar que el desarrollo de la medicina coincida con el de la burguesía. Alivia y mantiene el valor punitivo de la enfermedad, así como los sacerdotes mantenían y aliviaban la culpabilidad colectiva. Solo han cambiado los rituales de sacrificio.

Si los torturadores tienen la merecida reputación de ser, junto con los médicos, los mejores concededores del cuerpo humano, es porque, a pesar de los objetivos aparentemente diferentes, ambos practican el desprecio del cuerpo mediante el desprecio de los placeres asociados a él. Su culto glorifica el mecanismo vital como maquinaria económica. El cuerpo apto para el rendimiento es la víctima elegida de un dios-ganancia cuya enseñanza profesa que no se sirve sin dolor.

Sin embargo, cuando los placeres convertidos en trabajo acaban marchitando lo vivo en beneficio del pensamiento, la desaparición de los médicos se anuncia tan indudablemente como la de los sacerdotes, pues esta participa en el progreso de la economía, en la realización de la mercancía. ¿De qué sirven los mediadores desde el instante en que cada uno cultiva su rol y sus neurosis y aprende, en nombre del saber y de la conciencia de sí mismo, a comportarse «autónomamente» como médico, torturador y economista de su propio cuerpo?

La agonía comienza con la progresiva reducción del ser humano al proceso mercantil, con la anemia gradual de la voluntad de vivir. Nunca antes los buitres de la culpabilidad han volado tan bajo, ni la sinfonía fúnebre —que les recuerda represiones pederastas del canto gregoriano e impotencias amorosas de la música romántica— ha sido entonada tan morbosamente por el ansia de terminar de una vez por todas.

Y sin embargo, suena un canto diferente, que hará olvidar el aire de culpa y sus amos-cantores. La inocencia es como la vida, solo se aprende en los brazos del placer.

2. El mundo al revés alcanza su punto de inversión posible cuando la proletarización a través de la culpabilidad no tiene otra salida más que la muerte o la supremacía de la nueva inocencia

No se lucha contra la culpabilidad sintiéndose culpable o culpabilizando. Lo que no se basa en la realización de la vida se basa en la realización de la culpa. El intercambio implica por igual el deber de juzgar y el derecho a ser juzgado. Condenáis la justicia de clase como si toda justicia no implicara una sociedad de clases. Demandar equidad, ¿significa algo más que exigir una mejor distribución de las represiones y los desahogos, someterse a la decisión del trabajo intelectual, entregarse a la sabiduría de una función dirigente?

Su justicia no es más que un equilibrio de culpabilidades, solo conoce culpables y no-culpables, intercambiables según la ocasión. Vaya cosa cambiar una condena por un sobreseimiento, pesar con un lado de la balanza o el otro, cuando la espada de la justicia obedece al flagelo del poder. Hay que pagar, ese es el principio universal que rige el intercambio. Pagar más, pagar menos, poco me importa. No quiero esas sutiles estimaciones de daños recíprocos, de positivo y de negativo, de mérito y de demérito que a fin de cuentas solo expresan la decadencia humana en medio de la decadencia de la mercancía.

Jueces y juzgados, ¿dónde se ubican? A la prohibición de robar, de hacer el amor, de emanciparse, de gozar le siguió la obligación opuesta. Si ayer alguien era culpable por transgredir la prohibición, hoy es culpable por no transgredirla con suficiente energía y coherencia. Un enjambre de burócratas populares nos invade alegando rechazar el valor de

cambio, pero cobrando, con efectivo o crédito, sus odios y sus amores, su generosidad y su mezquindad, su lucidez y su estupidez.

El discurso radical necesita compensar la miseria vivida. Hay tanta impotencia para gozar detrás de las proclamas revolucionarias, los juicios de intenciones, las amenazas irrisorias y las lecciones de virtud, ¡y con cuánta diligencia se reprocha a los demás esa impotencia para ser absueltos de ella!

Habladurías de conserjes, charlas de sobremesa mala, lamentaciones de la teoría indignada, balbuceos de los filósofos del espectáculo, todo se convierte en harina estropeada en el molino de la culpabilidad. Pertenece a quien vuelva la vergüenza más vergonzosa para blanquearse en la negrura general. Una multitud de fiscales sin *cargo* solo espera a los culpables de ocasión para procurarse uno de cabo a rabo. Los trenes, las calles, los cafés están repletos de magistrados que buscan acusados y de culpables que buscan jueces. Para aquellas personas que han estado macerándose desde su infancia en una culpabilidad fecal, el gran arte consiste en flotar ahí hundiendo más profundamente a quienes pasan cerca. He aquí la humanidad según la civilización mercantil.

El mejor verdugo nunca está lejos. Un buen amigo hará el trabajo si es necesario. Esto es lo que enseña la justicia de los intercambios. Y aquel que grita a tu lado por el fin del Estado te acusará mañana de no haber gritado lo suficientemente fuerte, y ese que se debate en la supervivencia un día te reprochará por haber sobrevivido, tú también lo harás. Es el *orden* de las cosas. ¡Veo a alguien, allá en el fondo, culpabilizando!

¿Deshacerse del sentimiento de culpa? Ciertamente, existe un rechazo de la culpabilidad que pertenece a la cínica buena conciencia del poder, a la seguridad de la voluntad de poder. Es la arbitrariedad del tirano, el derecho del «más fuerte» a violar las leyes, la pretensión del juez de juzgar sin ser juzgado. Es, en efecto, el privilegio de la mercancía pura de ser pagada sin pagar a cambio, de ser valor de cambio sin valor de uso.

Los no-culpables por definición me repugnan tanto como los culpables por resignación. Las verdades que siempre son correctas solo expresan las razones de la economía.

El secreto de una autoridad, sea cual sea, reside en el rigor inflexible con el que persuade a las personas de que son culpables. Culpables de no entender un texto, una palabra, un dicho ingenioso, una alusión, un guiño de la mente sutil. ¡Al diablo!

Sé de lo que hablo, a veces me he visto envuelto en ese juego imbécil, conozco la carnada del desprecio bien dosificado. No es difícil hacer que se ponga delante de la humillación quien siente la necesidad de huir y medirse con los demás. Si nuevamente cayera en la *trampa* de atacarlos en el lugar preciso de sus defectos, de sus faltas, de sus renunciaciones, la vería cerrarse una vez más sobre esos pataleos de la inconsistencia que los conducen de la ignorancia servil al saber insolente, de la humildad del discípulo a la arrogancia del iniciado, del desprecio de sí al desprecio de los demás, de la devoción por aprender al odio por haber aprendido, pues no hay nada que los vuelva más hoscos que adivinar hasta qué punto detestan gozar.

Quien ha ejercido el terror debe aferrarse firmemente a él o exponerse, por debilidad, a que se vuelvan contra él quienes lo soportaron sin protestar cuando los trataba con altivez. ¡Qué situación tan ridícula en cualquier caso! Cuánta tristeza en el pequeño hombre de la voluntad de poder: lo que menos soporta en los demás es a sí mismo. En él, el cadáver habla más fuerte que lo vivo, los músculos endurecidos de su megalomanía tienen la rigidez de los difuntos. Ya está trabajando, con la fuerza de lo inauténtico, en no echar a perder su muerte, en adoptar la pose para la historia y teme tanto los basureros que se ha inventado como infierno que pasa su tiempo condeñando a los demás.

Ese comportamiento no siempre me ha sido ajeno en el pasado. Ahora sé que llevé mi proletarización hasta el extremo precisamente cuando la rechazaba vehementemente denunciándola en mí y en los demás. Desde hace un tiempo que la culpabilidad y la culpabilización me aburren, igual que todo lo que se paga e intercambia. La reprobación y la alabanza solo afectan a quienes no viven para ellos mismos, necesitan la estima y el desprecio de los demás para existir. Me importan un carajo las acusaciones, las absoluciones o cualquier tipo de proceso en mi contra. No me interesa aquel que todavía es capaz de jugar al juez íntegro conmigo. Niego de antemano cualquier poder, cualquier autoridad con la que me quieran acreditar para luego hacerme rendir cuentas.

¿No existe la inocencia? No importa, la inventaremos. La reconocerán de paso en la violencia natural de la gratuidad.

3. La historia a punto de invertirse pasa por el punto de inversión de la historia individual

Lo único peor que el peor de los errores es el reproche que se le atribuye. Los electrodos de la mercancía están en las cabezas de todos, pero ¿basta saberlo para desconectarlos? Apenas tengo confianza en los nuevos electrodos que introduce el rechazo. Considero que solo el goce sin contrapartida, la expansión de la voluntad de vivir, puede poner fin a los reflejos del miedo.

Ya pasó la época en que transfería mi culpabilidad a los otros. En ese entonces me importaba el registro de mis odios y de mis futuros ajustes de cuentas, no dejaba pasar nada, guardaba cada detalle en la memoria para cobrar oportunamente por lo que, en algún momento, me había costado. Puse pacientemente la venganza en la nevera de mis frustraciones, como exigen las viejas tradiciones.

Hasta comprender que nadie sale intacto de un proyecto tan miserable, nadie sale vivo del intercambio. Se adquieren reflejos de notario, manías de justiciero, costumbres de policía; nos revolcamos en lo odioso hasta el punto de obtener allí una forma de goce. Así lo ha determinado el poder.

No quiero más este orden de cosas. Me gusta acariciar a un gato sin pensar en el araño. He acabado con el talión, con las indemnizaciones por la falta de vida, con el comportamiento económico. Me burlo de esas relaciones supuestamente humanas basadas en la bajeza de la ofensa y la impudicia del perdón. Y que se jodan también esos abogados de la defensa que repiten sin parar que todo el mundo es falible y

tiene derecho a sus errores. Tengo bastante con un presente en el que vivir para corregir ahí inesperadamente el pasado.

Si ya no me importa medir, comparar, juzgar, no es por temor a ser juzgado, medido y comparado, como le gusta sugerir al intelecto con su huella indeleble de culpabilidad. Solamente me importa abolir una sociedad en la que los individuos, a priori culpables de querer vivir, son condenados al pecado del goce y absueltos por el trabajo que los redime y los mata.

La inclinación por los placeres me protege de entrar en los cálculos de la conveniencia, de atascarme en el desprecio y sus consideraciones. Un poco de vida basta para eliminar de mi cotidianidad el tribunal del mérito recíproco y de los errores respectivos. Mi placer pasa de la justificación, de la autocrítica y de los reproches, gracias.

La nueva inocencia es la autodefensa de la voluntad de vivir. Solo hemos conocido la violencia de los intercambios. La violencia de la intelectualidad, de la culpa, de la separación, de la represión, del desahogo. En la oscilación sombría de la agresividad a la frustración donde la vida se agota, el miedo siempre ha sido la fuerza motriz.

¿Qué motivo insensato nos obliga a pagar por los bienes producidos por todos y para todos, si no es el miedo a ser sorprendidos con las manos en la masa y apresados por las leyes, los castigos y las prisiones? El miedo al gendarme es el comienzo de la mezquindad.

La falsa gratuidad de la mercancía robada se paga con la cuenta corriente de la angustia y del desahogo. La forma de placer que se toma ahí no es más que el

suspiro de la frustración, la venganza tranquilizadora que hace que el sistema imperante sea un poco menos intolerable. El Estado gana con eso casi tanto como en esas modernas olimpiadas donde el terrorista lo desafía abiertamente con el cártel: «Me aseguraré de que pagues muy caro tu existencia porque estoy dispuesto a pagar con mi pellejo».² Pero hace tiempo que tal negocio, tal intercambio, permite que la mercancía sobreviva fabricando precisamente piel nueva.

Ahora que, en el colmo del ridículo, la culpabilidad se une al hecho de sentirse culpable y de no conjurar por principio toda idea de culpa, el único miedo que nos ha perseguido siempre aparece en el análisis final como un miedo fundamental a gozar. La economía condena tan bien la felicidad a la rueda de la fortuna inconstante que tanto apropiarse de ella como dejarse despojar de ella la destruye. En todas las partidas de dados del intercambio se pierde. Lo que no se basa en la emancipación del goce, en la realización de todos los deseos a corto o largo plazo, vuelve a caer en el terror que se aferra al placer como la marca indeleble de su precio.

² En 1972, el terrorismo se puso en el centro de todas las conversaciones sobre las Olimpiadas de Munich después de que el grupo palestino Septiembre Negro secuestrara a varios miembros del equipo olímpico de Israel con el objetivo de intercambiarlos por más de 200 prisioneros palestinos. El grupo tomó su nombre de la matanza de más de 15.000 palestinos ocurrida durante un periodo de menos de un año (1970-71) en Jordania como resultado de la disputa por el poder entre Huséin I y la coalición Organización para la Liberación de Palestina. El presidente del comité de los juegos olímpicos, siguiendo los buenos modales del espectáculo, ordenó que todo procediera según lo acordado. Durante las siguientes diez horas se llevaron a cabo todas las actividades previstas de las Olimpiadas de la Paz y la Alegría mientras aún se desarrollaba el ataque del grupo —dos muertos yacían en el piso y otros nueve estaban de rehenes—. Como resultado de la intervención de la policía alemana morirían todos los rehenes, cinco miembros del grupo y un policía alemán.

No nos acostumbramos más al miedo que a la muerte. Ninguna vida puede cohabitar con tal abyección. Por eso me cuido de infligirles de vuelta la angustia que me imponen. ¡Pero no se engañen! No sueño con una revolución dulce. Mi pasión se dirige a la violencia de la superación, a la violencia de una vida que no renuncia a nada y no a aquella que, desbordada a fuerza de estar contenida, se repliega sobre sí y se muerde la cola con la rabia del perro encadenado.

Si hoy estoy seguro de que mi mano no usará el resentimiento o la venganza como arma, es con la tranquila certeza de que golpeará con más seguridad cuando reciba el llamado de los placeres. El fuego de los deseos arde mejor que las antorchas de la rabia y de la desesperación.

La violencia de la gratuidad no se economiza. Si alguien me abofetea en la mejilla izquierda, le volaré la cabeza antes de poner la mejilla derecha. ¿Acaso no es mi enemigo quienquiera que me obligue, me amenace, me haga sentir culpable? Quiero vivir mi especificidad, vivir sin medida común, sin estar atento a lo que me espera a la vuelta de la esquina. Si mato a quien me reprime será por descuido, en un arranque alegre, sin mirar atrás.

Hay más extraordinario salvajismo en el ser al que no satisface ningún goce que en aquel que se siente frustrado por todos los goces y ladra al placer de los demás. La energía de la superación vive en el primero mientras que la rabia del segundo perpetúa la impotencia de un mundo donde no cambia nada. A diferencia del desahogo, que es el homenaje del suicida a lo que lo mata, vamos a destruir el viejo mundo sin ofrecer nada a cambio. Ninguna barrera

resistirá la violencia serena de la irreprimible gratuidad. La violación de las leyes que nos violentan está siendo reemplazada poco a poco por una inocencia práctica donde toda legalidad repentinamente se considera no válida y nula. Se acercan los tiempos en que nadie necesitará conocer ni una sola ley.

Hemos llegado al extremo de la desesperación porque hemos agotado, en los límites de la vida, todos los recursos de la sociedad que hoy nos agota. Todo comienza más allá. Sabemos que ningún imperativo pondrá fin a la culpabilidad sin culpabilizar a su vez. En la inversión de perspectiva, la emancipación de los goces no se refiere a nada, no se deja medir, juzgar, comparar ni atrapar. Mientras obedece a su sola necesidad de expansión, los terrores desaparecen lentamente, la risa le sigue al miedo. Burócratas y policías sucumbirán con los estallidos de la burla más que con la explosión de bombas.

Ya no creo en el contragolpe, en la amenaza encerrada en la felicidad, en la necesidad de transferir al amor y a la insurrección los depósitos del fracaso. Trato de vivir según mis deseos, sin gobernar, sin ser gobernado. Aquello que se desea intensamente siempre tiene lugar. ¿Por qué reprimir un deseo aparentemente irrealizable, renunciar a él, ahogarlo en una compensación? El don acaba rompiendo el intercambio. Esa es la nueva inocencia.

¿Cómo no empalar al viejo mundo en el reverso de su propia inversión cuando se toma y se da a montones? Los cálculos de la represión se volverán cada día más falsos que nunca, pues la fuerza de los deseos individuales no tiene rostro, puede golpear donde y cuando quiera; tiene sobre el ojo por ojo la ventaja absoluta de lo impredecible.

Sostengo que esta sociedad mercantil, que se ha acostumbrado a todos los terrorismos y a todas las revoluciones intelectuales, no resistirá a los guerreros del placer a ultranza, a los creadores de la nueva inocencia, a aquellos que ni siquiera quieren saber si hay una muerte contra la que no estén protegidos por la violencia de la vida.

4. La nueva inocencia asegura el paso de la emancipación individual a la emancipación colectiva

La llama del goce abrasará las revoluciones intelectuales y su culpabilidad. Las variantes del jacobinismo, del leninismo, del nacional-socialismo solo expresan el proceso terrorista de la autodestrucción mercantil. El mismo proceso ha sobrevivido a la desintegración de las ideologías colectivas incluso en un terrorismo individualizado que está cada vez menos preocupado de encontrar sus razones y sus justificaciones, pues queda claro que la mercancía lo justifica todo.

Aquellos que paradójicamente son llamados «hombres de Estado», y que no son más que sus engranajes inhumanos, parecen destinados a caer bajo los golpes de un homicida que tiene su propia lógica. Por muy simpáticos que puedan parecer por contraste sus asesinos, no son más que el reverso de las cabezas estatizadas. Ciertamente, el poder encuentra menos enemigos entre los que mantienen su propia impotencia luchando contra él que entre cualquiera que haya elegido gozar sin reservas. Sin importar del color que sea, el terrorismo es solo un

momento del marchitamiento del Estado en medio del marchitamiento general de lo humano.

Así como la dirección intelectual de una revolución siempre se ha expresado en términos militares y, por lo tanto, según el arte de conducir a las personas a una eficiencia que no conocían, también el terrorismo individual conserva una mentalidad de cuartel. Por eso no es casualidad que el fracaso de las guerrillas urbanas coincida con el cansancio que muchos experimentan al ponerse cada día la coraza culpabilizante que los moviliza constantemente contra sí mismos.

La vida tiene todo los derechos, empezando por el derecho a destruir lo que la amenaza. Quien ama no castiga y arrasa cualquier sociedad de castigo. ¿Por qué tolerar un mundo en el que la dialéctica de la mercancía exige que el placer se convierta en dolor, la caricia en violación y la libertad en obligación? ¿Y cómo pretender ponerle fin a través del dolor, con la violación, por medio de la obligación?

Una brisa de inocencia se extiende susurrando solapadamente que se deje de trabajar por pereza, que se arroje por la ventana al jefe por diversión, que se distribuyan las existencias por amor a la gratuidad. No hace falta mucho más que eso para que se constipe la senilidad opresiva que etiqueta de obsceno no al magistrado, al policía, al soldado, al asesino, sino a la vida exuberante de deseos.

No habrá más tribunales, muros de prisión, cárceles del pueblo, fiscales de la revolución, radicalidad modelo ni ejemplos a seguir cuando el sentimiento colectivo de impunidad haya expresado la atracción

que millones de personas sienten, en lo más profundo de sí mismas, por una sociedad sin castigos que temer, sin cuentas que rendir, sin placeres que pagar, sin poder, frustración, sumisión, castración.

Solo la nueva inocencia abolirá todas las formas de terror y de terrorismo.

5. La autogestión generalizada implica el libre renacimiento del niño reprimido en cada uno de nosotros

1. La agonía del viejo mundo nos transporta a la infancia de los deseos

La economía se apodera de los individuos adueñándose dos veces de su infancia, una vez en los primeros años y otra en las represiones de la adultez. Si hacia el final del paleolítico se bloqueó lentamente el desarrollo social de los deseos de vida, la expresión de una sexualidad que crea las condiciones históricas favorables a su proyecto, no puedo dejar de pensar que lo mismo ocurre ya desde el nacimiento de cada uno de nosotros. Más allá de las modificaciones genéticas, las necesidades elementales de alimentación y de movimiento siempre han expresado en el niño, y hasta el día de hoy lo hacen, la búsqueda de un goce global, un desplazamiento a la vez seguro y a tientas hacia la primacía de toda satisfacción. Es aquí sobre todo que la mano de la familia deja caer el hacha de la economía, es aquí donde tala sin piedad al niño para que sea arrastrado más rápidamente del

debilitamiento de los deseos a ese envejecimiento temprano que llaman la edad adulta.

Al igual que la individualidad, la infancia es un descubrimiento involuntario de la burguesía. El desmoronamiento de la comunidad social, inherente al modo de producción capitalista, acercó a las personas a su realidad concreta al mismo tiempo que las confrontó con la vieja abstracción del hombre universal que aún las gobierna. ¿Cómo no terminarían ganando algún tipo de lucidez sobre la enajenación y el mundo al revés unas generaciones absorbidas en masa por una serie de imágenes refractadas por el devenir de la mercancía? Después de haber sido considerados sucesivamente como una Criatura de los dioses, un Hombre, un Ciudadano burgués o proletario, un Individuo, ¿quien de nosotros no siente la tentación de reivindicar su singularidad irreductible, de querer vivir originalmente lo que es?

La última fase de la historia sufrida colectivamente revive en cada ser la lucha de los primeros años de la existencia contra la represión económica. «¿Quién eres?», preguntan aquellos que tienen las respuestas, los falsificadores de categorías, los maestros en clasificaciones. Una única respuesta evita toda pregunta: «Soy lo que quiero vivir y quiero vivir mis deseos en la unidad de todo lo que vive».

La creciente explotación de la sustancia humana por la economía revela finalmente el goce tras las sucesivas mentiras de la verdad mercantil. Y el hilo de Ariadna de los deseos está siempre en la infancia.

El interés que se despertó en la burguesía durante el siglo XVIII por el niño como objeto de educación contiene ya el interés más material que tiene hacia él

como objeto de mercado y de negociación. La cínica explotación que se ha conseguido ahora del recién nacido aclara simultáneamente el trabajo de la mercancía y la función que ejerce la familia en nuestros años de juventud.

Todo ocurre como si el niño, repentinamente redescubierto en las profundidades del adulto, denunciara *por sí solo* el estado de una civilización que solo conoce a los hombres como embriones prematuramente envejecidos. La ausencia de verdadera vida me lleva de regreso al centro de un laberinto, a lo que queda de vivo en mí una vez agotada la amargura del trabajo, del deber, de la compensación, de la culpa, de la voluntad de poder. Me acompaña un niño rescatado de las tumultuosas aguas del pasado. Su renacimiento es el renacimiento de mi voluntad de vivir.

2. La proletarización de los deseos es el verdadero envejecimiento. El mundo al revés alcanza su punto de inversión posible cuando no tiene otra salida más que la muerte o el renacimiento del niño en cada uno de nosotros

La necesidad económica devuelve a lo vivo reprimido los rasgos de la infancia. ¿Cómo resignarse a un mundo en el que el nacimiento es un trauma en lugar de un placer? Pues a medida que se disuelve la idea de un parto necesariamente doloroso, se extiende la convicción de que, contrariamente a la leyenda de la mujer castigada por el pecado, dar a luz bien podría corresponder al placer de vaciarse, de descargarse en un paroxismo de los sentidos. ¿Por qué habría de excluirse el goce del surgimiento del niño verdaderamente deseado y lleno de deseos por satisfacer?

Porque el niño rara vez es deseado y por eso debe tragarse uno por uno sus deseos. Porque la entrada a la vida es a través de la puerta de la ganancia y del poder. Porque la familia lo condiciona al reflejo de la rentabilidad, empezando con la madre que lo lleva en su vientre.

Si las civilizaciones mercantiles, sin excepción, consagran la impureza del nacimiento, ¿no es acaso porque la pareja fundamentalmente incestuosa formada por la mujer y el recién nacido introduce la Bestia infernal de los goces gratuitos en el establo del valor de cambio universal? ¿No ocurre esto en virtud de la ley económica, decidida a maldecir el placer naciente en el placer del nacimiento, a invertirlo en la base, a golpearlo de algún modo en su fundamento?

La historia individual de cada uno comienza con la mujer que lo trae al mundo. La civilización mercantil sustituye a esa mujer, en la que surge el recuerdo de la niña que fue —de la niña que todavía es en el instante del placer—, por la madre, una verdadera funcionaria del Estado encargada de integrar su producto carnal bruto en la sociedad.

La madre mata a la mujer y al niño. Mata a la mujer-niña que vive en ella. Es la fachada mercantil que adquiere el poder y en la que se perpetúa un hipócrita infanticidio a través de los siglos. Así, por medio de un rol eminentemente social, el acto de parir se transforma en trabajo. Una vez que el nacimiento se reduce a una actividad de producción, ¿a quién le sorprendería ver el goce original inmediatamente reprimido, transformado en dolor, convertido en maldición?

Trabajo y placer se enfrentan desde el nacimiento. Tan pronto como la ideología maternal se apodera de la

mujer embarazada, se estrecha la camisa de fuerza milenaria de las religiones y de las culturas. Las viejas nociones de culpa, de tentación, de placeres prohibidos, de degradaciones se infiltran en los músculos del vientre, de los muslos, del útero, que se contraen y endurecen ajustando la coraza y evitando que el goce y el niño surjan a la vez.

Todo en el cuerpo trabaja para bloquear el camino de la gratuidad que el nacimiento de un niño amenaza con difundir en el universo económico. Pero, al mismo tiempo, la extrema materialidad y la extrema abstracción de la mercancía revelan que junto al parto-producción, que invierte el nacimiento en un devenir que se ha vuelto idéntico al devenir de la economía, existe un placer que se anuncia en la mujer, repercute en el niño por nacer y celebra su mutación común, como si renaciera, a través del nacimiento de uno, el ser de los deseos que nunca ha nacido en la otra.

El rol de madre redime el libertinaje de la mujer. Hace que la mujer pague su compromiso natural con el pecado, que expíe el caos que su boca oscura ha escupido en el mundo racional e higiénico de los intercambios. Puesto que escapa de la rentabilidad del trabajo más que los hombres y obedece menos servilmente a los dioses de la economía, la mujer ha simbolizado ante los ojos del sistema mercantil la vida sexual desenfrenada, la depravación, la infidelidad, la trampa. La represión social se las ingenia para aureolar su exuberancia sensual con una niebla de muerte, retrata los encantos de su sexo con los colores de cavernas horribles y abismos insondables de los que surgen una proliferación reptiliana que al héroe y al santo le corresponde decapitar. Los mitos

y las leyendas de siglos, necesariamente irradiados por la economía, ya no admiten representaciones ominosas de la mujer. Eva, Lilith, Pandora, Melusina, la serpiente de Chtonia, Medusa, bruja, tentáculo satánico, tantas inversiones de la vida que el desahogo de las liberaciones parciales valoriza hoy en la burla del espectáculo.

Así como el vivo cava su tumba con la mercancía que produce, la madre pone bajo el signo de la muerte sus placeres y los que se esbozan en el niño. Aquello que no pertenece a la luz del día —es decir, a la razón económica y al tiempo de trabajo— su comportamiento economicista lo reprime en la noche del sexo, en las profundidades del yo donde los monstruos del desahogo consiguen disociar en elementos separados el niño, el hombre y la mujer, tres realidades que en efecto son solo tres momentos del individuo que accede a la unidad del goce.

Cuando el niño aparece, rompiendo el círculo de la familia con sus deseos nacientes, la preocupación de todos es encontrar la mejor manera de domarlo. Antigüamente, los sacerdotes se apropiaban de él y lo bautizaban, lavándolo así de su impureza. La costumbre de la lavativa ha persistido en la educación familiar, que se encarga de purgar al niño de su propensión a los placeres gratuitos. Recibirá la comida a horas fijas para que la economía del tiempo entre en su piel. Nada de gesticulaciones donde la satisfacción muestra su desenfado: que aprenda así los gestos que pagan, los movimientos que se apropian de las cosas y procuran una ganancia. ¡Que los gritos y los balbuceos se eliminen en favor del lenguaje funcional de la oferta y de la demanda! ¿Quieres beber? Gimotea, gime, grita porque nada te será dado por

deferencia, por miedo a «malcriarte», a dejarte creer que es posible gozar sin un intercambio.

El niño, al que el psicoanálisis le ha otorgado recientemente el disfrute de una sexualidad, de la misma manera que la Iglesia en su momento le concedió a la mujer un alma que a ella le daba igual, sigue siendo nada para sí mismo. No hay ninguna especificidad para aquel que solo existe en el orden de la familia, ¡pero sí un gran número de usos y de representaciones! Signo de riqueza, promesa de rentabilidad, prueba de virilidad y de fertilidad, desagüe de odios y de amores conyugales, cemento y escombros de la habituación, sustituto de la creatividad, objeto de apropiación, animal doméstico, blanco de abusos, marioneta, tapete. Valor de cambio invariablemente.

¿Qué es un niño? Nadie lo sabe, pues nadie ha imaginado qué clase de ser finalmente humano lograría desarrollarse en una sociedad basada en la emancipación y en la realización de los deseos, en la consumación que cada individuo lleva dentro de sí.

En un mundo que no tolera ningún cambio, el nacimiento es el cambio que contiene todos los otros. Los padres están allí, con la amargura de no haber nacido nunca a sí mismos, aguardando al que está por aparecer. Entre los muslos de la madre, la civilización espera como la cesta el sonido de una lenta guillotina. Finalmente, pasando a través del laminador de los músculos tensos, arrancado con fórceps, sumergido en el frío y la luz, abofeteado para respirar mejor el aire de la libertad, el niño hace su alegre entrada.

No deseo que se desvanezca o desaparezca la parte de riesgo, de agitación, de violencia, de descontento pasajero que es inherente al cambio radical.

Solo me opongo a ver que la bienvenida a la vida elija tradicionalmente castigar la mutación, obstaculizar el proceso humano, interrumpir la reacción en cadena de los placeres nacientes. ¿De qué sirven las técnicas de parto respetuoso si el entorno social respira la esperanza íntima del anciano de que los jóvenes hereden al menos su lote de sufrimiento?

Al cortar el cordón umbilical, ellos reclaman el derecho a cortar también las alas, los cojones, el alimento y el clítoris. Es por tu propio bien. En sus más pequeños gestos, la madre aplica las normas de castración previstas por el sistema económico. No funciona como un ser particular, sino como un instrumento del poder estatal o tribal. Además, su rol se transfiere sin dificultad a cualquiera que eduque al niño: al padre, al amante o al propio niño, quien, para cubrir su creciente privación de humanidad, está obligado a identificarse con las imágenes con las que la sociedad lo satura como espejos deformantes.

En cuanto ha escapado del útero, y a pesar de la promesa de liberación que representa el nacimiento, el niño es obligado a regresar a una serie de matrices, ninguna de las cuales ofrece ni una centésima parte de las ventajas de la primera. Ya no experimentará más la gratuidad del estado fetal.

Arrojado de la familia a la escuela, de la fábrica al Estado, del grupo al partido, de trampa en trampa, entrará en la carrera del orden dominante o dominado, recorrerá para bien o para mal la escala móvil de las promociones sociales, financieras, ideológicas, morales. Considerará como libertad la elección de hablar a favor de una identificación y en contra de otra, mientras que, en realidad, pasará por encima

de ambas para alejarse siempre más de sí mismo. El inmutable universo del intercambio le enseñará a sobrevivir hasta que muera.

La agonía comienza pronto. Ya en los primeros días cuando el amor, el conocimiento, el arte de cambiar el mundo se le venden al precio de una absoluta sumisión. El chantaje es inequívoco: ¿Quieres irte y desarrollarte por tu cuenta? ¡Abandona toda esperanza de ayuda y de protección! ¿Necesitas ternura y conocimiento? ¡Renuncia a tu voluntad de independencia!

Al comprar los medios para modificar las circunstancias, el niño solo obtiene la impotencia de transformarlas en el sentido de los placeres. La sociedad mercantil no puede tolerar que los deseos irrumpen en él progresando de satisfacción en satisfacción e inventando una vida cuya realidad no podemos imaginar ni en sueños. El niño sufre así el trasvase inhumano de la fuerza de vida a fuerza de trabajo, la ley del intercambio permanente, la imposibilidad práctica de desarrollar y multiplicar sus deseos. El nacimiento debe recrearse junto con la sociedad.

Educación es introducir la separación intelectual en el cuerpo. El Estado doméstico que llamamos familia hace del niño un angelito cuya cabeza es *dirigida* al cielo, a las cumbres, a la élite, al pensamiento, al poder, mientras que el resto del cuerpo, con su ojo anal de cíclope, es reducido y fijado a la tierra, a los lugares inferiores, al mundo reprimido donde todo reptar, se arrastra y se esconde.

Cada vez que la mujer se convierte en madre y retrocede para resistir las caricias del niño y su propio deseo incestuoso, enseña al cuerpo a insensibilizarse, a formar una barrera contra los afectos, a endurecerse

en una coraza. El pensamiento se impone entonces como una entidad distinta, se dota de poder de decisión sobre el cuerpo, lo que reproduce la división social entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Así el niño es iniciado simultáneamente en la maldición del sexo y de la razón económica. El cuerpo se convierte para él en aquello que debe ser dominado, constreñido, domesticado, civilizado según las leyes del Orden que reina sobre lo fecal. La cabeza es lo suficientemente paciente como para enseñar lo inauténtico, la vergüenza del deseo, el miedo a gozar, el exilio del yo en beneficio de las apariencias.

Bajo los progresos intelectuales del joven prodigio que fabrican a su imagen y semejanza, que modelan según la parte de la mercancía encerrada en vosotros ¿cómo no percibir una Atlántida enterrada, las ruinas de una inteligencia sensual reprimida en el pasado? El discernimiento que elogian en el niño no es casi siempre más que su adaptación servil al libre intercambio de recompensas y castigos, de promoción y degradación, de poder y sumisión. ¡Ah, la hermosa lucidez que se agudiza para exculpar, vengar, culpabilizar, atacar, bloquear y sacar su perfección de una expiación común donde los individuos se reprimen como seres de deseos para desahogarse como seres de pensamiento!

En las mismas fronteras donde la mercancía no consigue continuar su apropiación de la vida, rodea y revela lo que la niega: hoy sabemos que las gesticulaciones fetales expresan ya unos deseos que procuran satisfacer. Lejos de conducirse ciegamente, despiertan una especie de mirada oscura, una inteligencia de aquello que las mueve en la relación orgánica con la madre.

Tan pronto como el nacimiento empuja al niño a una oleada de ruidos, tactos y luces, ¿acaso no empieza el cuerpo a explorar el territorio desconocido? ¿No se forman el tacto, el olfato, el oído, la vista distinguiendo, por retirada y expansión, las atmósferas y los momentos hostiles o agradables?

Cada vez que el niño evita el frío, el aburrimiento, la soledad, la mano dura y busca el seno donde nacen las caricias, se desarrolla la inteligencia, progresa inseparablemente del cuerpo, cuyo crecimiento se mezcla con el refinamiento de los sentidos en los caminos del goce.

A pesar de la poca clarividencia que le concede la razón económica, el niño posee un saber capaz de crear un ambiente propicio para la satisfacción de sus deseos. ¿Han pensado alguna vez los adultos en perfeccionar ese saber? Al contrario, lo han invertido separándolo del impulso sexual, lo han transformado en un pensamiento ajeno al deseo y que vuelve el placer ajeno a la vida.

La hipertrofia intelectual es la cabeza podrida de la evolución mercantil. Muestra, por efecto contrario, que toda lucidez nace sobre la marcha de la voluntad de vivir, se afina de placer en placer y muere de abstracción cuando se invierte en la represión, la obligación, la separación, la culpabilidad. En cada uno de nosotros, la infancia reprimida pide una inteligencia nueva, la inteligencia de su superación, de su realización.

Tan indudablemente como el poder económico produce la intelectualidad privando a los deseos de sus medios para sentir y volviendo el sentir contra ellos, la autogestión generalizada empujará a la

intelectualidad al final de su proceso de autodestrucción, más allá de sus endurecimientos de anciano y de sus desahogos pueriles, hasta su disolución bajo el surgimiento de la sensualidad global.

*

El nacimiento es una falta que se paga renunciando a la vida. Entre los inocentes, el niño es el menos bienvenido. Un viejo título de folletín se aplica a su novela individual: es el hijo del pecado. La teología no se equivocaba cuando describía el nacimiento como un infierno neurótico donde la criatura humana nace entre orines y mierda, mientras que el dios del intelecto gana en pureza lo que sugiere como repugnante del cuerpo.

Sin embargo, nadie niega, aunque a veces se lo oculte a los demás, con cuánta satisfacción orina y mea todos los días. Y así es como la vergüenza de expulsar al niño vaciándose de sus orines y excrementos suscita en la mujer que está pariendo una repulsión que termina convirtiendo en pesadilla el posible placer del nacimiento. La vergüenza de sí convierte el dejarse llevar de los placeres en una libertad que debe pagarse con una vergüenza aún mayor; tal es la lección que se le enseña al niño desde el comienzo.

¿Cómo no iba a ser educado en la culpabilidad y por la culpabilidad cuando se lo hace responsable de los dolores del parto, de las molestias del embarazo, del placer incestuoso reprimido por la madre, de la mala conciencia de los padres, de los remolinos en el agua sucia de la pareja? La higiene de la razón económica exige que sea castigado si llora, babea o se ensucia. Nada más caerse para que la madre lo machaque con «ya ves lo que pasa cuando me dejas»,

mientras que la familia varía el tema a voz en grito: «¡Es culpa tuya!».

El niño aprende a odiar y a odiarse cuando la madre le enseña a olvidarse de cómo amar. El tabú del incesto entre madre e hijo prohíbe, siempre y en todas partes, que el goce de la etapa fetal se prolongue después del nacimiento en una gratuidad afectiva. La relación incestuosa inicial es la fuente de toda caricia y su represión la convierte en la fuente de la crueldad, la asfixia, la apropiación, la culpa.

Mientras más reprime la maternidad funcional a la mujer-amante, más el niño se vuelve el único objeto de su resentimiento. Lo aprieta contra su corazón como un viejo rencor. Si el niño despierta su deseo mordisqueando su pecho, invoca el pretexto económico, se erige como madre nutricia que separa en dos actos distintos comer y acariciar, y rompe alegremente a través de la ley del trabajo una misma unidad de goce.

¿Excita al niño cuando lo lava hasta el punto de experimentar los primeros signos de un goce común? La mano niega inmediatamente la tentación amorosa y perfecciona su trabajo de higiene con una sequedad mecánica. Sin embargo, el placer no ha desaparecido en el gesto funcional, subsiste en su forma opuesta, ha cambiado de significado, se ha cargado de ansiedad, de culpabilidad, de agresividad. El deseo de acariciar se ha convertido en el deseo de arañar, de golpear, de herir.

Cuando la razón económica se apodera del cuerpo, lo funcionaliza, distingue lo que pertenece a la máquina de alimentación y educativa de lo que no obedece a ninguna rentabilidad y debe reprimirse. Atrapado por el vaivén traumatizante de la efusión

amorosa y la rigidez odiosa, el niño nunca deja de sufrir la dulzura de las caricias en la sacudida neurótica de la represión. Su despertar a la sexualidad global ocurre en medio de lo que la rompe, la fragmenta y la invierte.

Cada vez que a la mirada dulce le sigue la reprimenda, que amar significa castigar, el niño aprende que la cabeza es el refugio del cuerpo culpable. Aprende a situarla a la altura del saludo obsequioso y del desprecio que lo compensa. Su dominio de sí no es más que una sumisión servil a todas las enajenaciones. Por eso cada uno de nosotros, ya sea hombre o mujer, está destinado, tarde o temprano, a comportarse como madre, madre de hijos reales o imaginarios, madre de bajezas compensatorias, madre de la redención, madre de regimientos y de partidos, reproduciendo —casi siempre bajo la ridícula falsificación del Padre— la misma e innoble familia, la familia sentimental, la familia tribal, la familia nacional, la familia política, erótica, ideológica, revolucionaria.

El fin de la función maternal no es más que un avatar del fin del trabajo, de la obligación, de la intelectualidad, de la culpabilidad.

3. La historia a punto de invertirse pasa por el punto de inversión de la historia individual

El autoanálisis es al psicoanálisis lo que la realización de los individuos es a su integración mercantil. Solo me importa la infancia en la medida en que la he vivido y que continua viviendo en mí. Porque el

envejecimiento adquiere hoy el sentido preciso de una integración progresiva en el viejo mundo y el retorno a la infancia indica el rechazo de la proletarización creciente. ¿Acaso la opresión ejercida sobre el niño no se une a la explotación del proletariado en el punto de confluencia donde la historia individual y la historia colectiva se encuentran?

La confusión mantenida por mucho tiempo entre la ideología de la infancia y los milenarismos de derecha y de izquierda es borrada ahora por el menosprecio imprudente de la economía. La materialidad desnuda de la mercancía abre efectivamente todos los ojos, su mecánica rudimentaria funciona a plena luz del día, cada uno de sus movimientos libera una parte de humanidad que *espera* recuperar en la etapa siguiente, en la progresión contradictoria y permanente de su autodestrucción.

Si un revolucionario del siglo XIX necesitaba treinta años para comprender que sus proyectos de libertad eran peores que la vieja opresión, tres años le bastan al hombre sin atributos, nuestro contemporáneo, que cada día comprueba hasta el hartazgo como aquello que falta para la emancipación global de los deseos funciona para la renovación de la mercancía.

El retorno al niño aparece tras la estela de dos ideologías moribundas, el feminismo y el psicoanálisis, dos reivindicaciones parciales, ambas nacidas a la sombra de la emancipación proletaria y cuya sola presencia denuncia el carácter igualmente fragmentario del movimiento anarquista y de los consejos obreros.

En el centro oculto de la exigencia feminista está la emancipación de la mujer-amante. Esto es lo que asfixian desde el principio el proyecto matriarcal y

las amazonas lanzadas a la conquista competitiva del poder económico monopolizado por los varones. Las feministas, que comparten con los productores el desprecio por el bajo rendimiento del niño, todavía tienen un futuro glorioso por delante: aspirar a la igualdad a través del trabajo, extender a todas las actividades sociales su autoridad doméstica de «madres» (con o sin hijos), ser un día completamente patronas, terratenientes, policías, militantes y militares. ¡Que hermoso propósito!

El movimiento obrero, el feminismo y el psicoanálisis están caracterizados por la misma tara intelectual. Inicialmente, los tres respondieron a un deseo de autenticidad, al partido de la vida contra sus formas falsificadas, y cada uno de ellos se separó e invirtió en una nueva opresión, que solo era la antigua modernizada por ellos. Así, el psicoanálisis va en busca del niño reprimido en el adulto, pero al no atribuir a la economía la causa de tal represión, rápidamente le entrega lo que recupera de vivo bajo el hielo de la ganancia y el poder.

El psicoanálisis difunde y reproduce así todos los tics de la vieja enajenación. Cuando demuestra que el pensamiento ejerce una censura sobre la expresión de los deseos, ¿acaso deja de ser un pensamiento separado, una contracensura que oculta la ruptura entre el cuerpo y la «cabeza», una emancipación atrapada en la relación entre amo y esclavo, una liberación presa en la trampa del iniciador y del postulante?

Gracias a él, la transformación de la inteligencia sensual en función intelectual alcanza su punto de inconsciente perfección. Enseña a cambiar de neurosis, a adaptar el malestar insostenible de la supervivencia

individual a las normas sociales de la supervivencia general. ¡Qué buena idea saber por qué odias a tu padre cuando sigues trabajando para un jefe!

Aunque las válvulas de regulación han mantenido durante mucho tiempo la presión de las represiones y los desahogos mal que bien en equilibrio, no impiden que un cierto modo de aliviar la tensión, por transferencia positiva o negativa, se haga imposible a medida que la mercancía se humaniza apoderándose de lo humano. Las sociedades con alta penetración mercantil ya no permiten compensar la falta de vida mediante linchamientos, masacres de minorías, racismo oficial o glorificación y ejecución de un líder.

El comportamiento economicista prefiere hoy las fraternidades de autodestrucción, los clubes de despectivos-despreciados, las sociedades de juicios mutuos. El psicoanálisis es el detergente indispensable que exigen los proveedores de la ropa sucia de la familia. Individualiza el sistema de intercambios vendiéndole al paciente directamente la buena conciencia de sus aflicciones (y se la vende al precio exacto de su integración en la sociedad mercantil). Su doctrina de salud, que reposa sobre la ambigüedad de los deseos aceptados y negados, reproduce de hecho la relación mórbida de la madre y el niño. Una pirueta bien adaptada al orden de las cosas liquida después de todo el balance de los trastornos y los remedios: el niño-esclavo mata a la madre-amor, ¡la mata simbólicamente saldando los honorarios de la consulta! *Ite missa est.*

La elección hoy se plantea claramente entre realizar la infancia o dejar que se pudra dentro de nosotros, vivir su florecimiento o pisotearlo hasta aquella

senilidad donde ella se venga *in extremis* y que es la perfección del hombre inacabado. La función intelectual, cuya sombra siempre ha nublado la conciencia de la *historia* individual, se ve obligada a dejar que la infancia se exprese contra ella. Lo que me era hostil cambia de bando y se une a mi fuerza de vida. ¿No soy yo, como muchos, evidencia de que existe una alquimia cuya materia prima está en mí? Mis deseos, mis caprichos, mis pasiones, mis humores, mis fantasmas, mis ensoñaciones, mis inhibiciones, mis neurosis, mis enfermedades, mis proyectos, mis caprichos, mis tonterías, mis errores, mi genio, mi especificidad, ¿acaso no es precisamente esto la fuente de la que quiero que brote el irresistible río de mi destino?

El autoanálisis aparece sobre la marcha de la autonomía, lleva la marca de su resolución y sus incertidumbres. Cuanto más la proletarización rodea y estrecha la vida, más aviva el fuego de la exuberancia sensual bajo la estructura del reflejo económico. El placer auténticamente vivido no da tregua hasta que ha extraído de la incrustación mercantil todos los goces atrapados. La lucidez pertenece al deseo como el deseo pertenece a la especificidad individual. Ya hay demasiados extraños en mí como para dejar que además penetre uno que pretenda expulsarlos por mí.

Si el autoanálisis fuera simplemente un psicoanálisis sin psicoanalista, solo repetiría la tradicional lectura policial del yo. Abandonarse al examen de los demás, morder el anzuelo de la explicación objetiva, buscarse en la mirada de los otros (y todo lo que ello implica de desahogo, de relación de fuerzas, de ajuste de cuentas), ¿acaso no significa renunciar a la lucidez del deseo sin amo? ¿Cómo

podría abrirse a los impulsos reconfortantes del querer-vivir aquel que se analiza por obligación, en el terror de encontrarse, con la angustia del culpable empeñado en justificarse?

Me niego a ocultar la parte del viejo mundo que subsiste en mí y me gobierna por inercia. Por el contrario, pretendo liberar de ese conglomerado de deseos congelados, inhibidos e invertidos al demonio maravilloso que se ha dejado aprisionar allí. El mundo oprimido del goce está en mí como el niño que fui y que inseparablemente soy. Lo que oculto se muestra en todos los sitios donde he tratado de ignorarlo. El brazalete acariciado, la migraña de los «malos» pensamientos, los suspiros de lo no realizado, la taquicardia de lo reprimido hablan el lenguaje del cuerpo ambiguo, desgarrado entre el deseo y sus prohibiciones, arrastrado por las pulsiones y la expresión literal de las fórmulas cautivadoramente banales: «Andar con el estómago revuelto, tener el corazón partido, estar hasta la coronilla, dejarse tocar los huevos, morder el polvo...».

Lo que me repugna, me aterroriza, me humilla, me hace sufrir contiene, bajo su forma invertida, aquello que amo y deseo. Tengo menos reservas para explorarme que para confiar en mí. Cuanto más resistencia encuentra mi curiosidad, más me convenzo de insistir. Donde aumenta el bloqueo, se levanta el muro de la represión. Allí donde la represión está anclada, me gusta volver a la carga, fisgonear, ahondar usando asociaciones, analogías, imágenes fugaces, fantasías oníricas. ¿Por qué no ir hasta el final? ¿Por qué contentarse con interpretaciones superficiales, transferencias, coartadas? ¿Acaso no soy el único que puede descubrir mis verdades ocultas?

Quiero aprender a ahuyentar, con el soplo creativo del goce, al sacerdote y al policía que acechan en un rincón de la cabeza. Me parece que el arma absoluta de la revolución la tiene quien ya no ignora cómo su movimiento se invierte cuando la voluntad de vivir se convierte en reflejo de muerte.

Así como en su momento fue descifrado el libro social, no hay nadie que no se sienta hoy confrontado con su propia decodificación por el gusto de la emancipación inmediata. ¿Acaso el dolor, analizado hasta que escape el pus de su culpabilidad, no se desvanece poco a poco revelando el impulso cicatrizante de los tejidos, relajando los músculos de la coraza, liberando el deseo cuya represión fue la causa del sufrimiento? Así ocurre con cualquier enfermedad, cualquier somatización, cualquier malestar.

Hasta ahora hemos aceptado curarnos con remedios peores que la enfermedad, pues hemos escogido como base no la voluntad de vivir, sino lo que la debilita. Acostumbrados pronto a percibir el juego de nuestros órganos, conseguiremos evitarles inhibiciones, liberarlos de la economía, devolverlos a la expansión de los goces. Vamos a aplicar cada vez con mayor precisión la fórmula «el azar, eres tú mismo que te encuentras a ti mismo» para que, desenredando las partes de la vida y de la muerte que vienen de nosotros y hacia nosotros, lo fortuito sea solo la variedad de goces.

La inversión del mundo al revés pasa por el camino más corto de una felicidad a otra.

4. El renacimiento de nuestros deseos anuncia el nacimiento de una sociedad por fin humana

Los deseos despertados en la infancia carecían de los medios para cambiar el mundo a su favor. La historia contemporánea nos ofrece estos medios, pero de un modo que están dirigidos en nuestra contra. Basta con renacer a nosotros mismos para ponerlos en contra de ella.

La creación de relaciones sensuales se inicia irreversiblemente con la creación de una sociedad radicalmente distinta. Los que se apasionan esgrimiendo las armas de la infancia redescubierta en ellos contra su proletarización son más numerosos de lo que creen los suicidas del viejo mundo, tan dispuestos, no obstante, a tachar de reivindicación pueril y de locura colectiva la nueva inocencia que comienza a destruir, por medios distintos a los suyos, el mundo donde nos aburrimos.

Aspiro al encuentro donde el niño ya no es más objeto de conocimiento, sino sujeto de pasiones amorosas. La aventura erótica con los niños es inseparable del amor a sí mismo, del amor a la vida. No duden de que esta aventura se extiende desafiando sus leyes, porquerías que nunca han concebido nada excepto el infanticidio.

La búsqueda de nuestros deseos no es una arqueología del pasado, sino el llamado del presente a vivir. El mundo mágico, antaño invertido en los cuentos, va a renacer de una unión con la infancia. Todo está permitido porque nada de las verdades mercantiles es cierto.

6. La autogestión generalizada verá el fin de los placeres invertidos

1. La mayoría de las veces solo vivimos la inversión mortal de los placeres

La decadencia de las pasiones es tal que la vida reprimida pierde hasta la voluntad de destruirse. Los placeres del pasado han despertado más violencia que los nuestros porque la voluntad de vivir, por muy invertida que haya estado, se debatía allí más vivamente. Excitada por los mitos del poder, agitada por las marejadas ideológicas del capitalismo, durante mucho tiempo la voluntad de poder ha extraído de la exuberancia sexual la fuerza para inclinar la vida hacia el odio y la muerte.

Hoy, el desmoronamiento de la jerarquía y la punción excesiva de la mercancía acaban agotando la energía agresiva, en los individuos y en la sociedad, tan común a esos brutos astutos que eran los reyes, los tribunos, los caudillos, los oradores, los soldados de cartón¹ y los luchadores en apuros de

¹ En el original *foudres de guerre* hace referencia a la expresión *foudre de guerre* o «rayo de guerra». En principio, tal expresión surgió en el

la competencia leal y desleal. El que la voluntad de poder de nuestros días esté languideciendo en las oficinas, las familias, los cuarteles, los comités centrales podría ser motivo de celebración si la debilidad del poder no fuera también un poder de débiles, una astenia creciente de la voluntad de vivir. Si, en la próxima sociedad mercantil, los hombres dejan de matarse unos a otros, será porque ya ni siquiera tendrán la fuerza para hacerlo. ¿Para qué suicidarse cuando la muerte está tan cerca y basta con entregarse a la supervivencia como último recurso?

El sueño de un apocalipsis acecha el subconsciente de la sociedad mercantil. Solo la idea de una destrucción súbita podría ayudarla a soportarse, a contemplar su reflejo cada vez más gangrenoso. La desesperación vengadora de los milenaristas y los revolucionarios suicidas fue su espejo más fiel hasta que la supervivencia reveló su realidad de agonía climatizada, su suicidio ralentizado innecesario de perseguir porque llega por la fuerza de las cosas.

Mientras que la criminalidad, el terrorismo y sus sustitutos edulcorados expresan los sobresaltos de una voluntad de poder moribunda, el ansia de una celebración funeraria que engulla al viejo mundo se instala en una espera donde los placeres sirven de pasatiempo. Las nostalgias de una vida al revés, que se retrae y se ahoga de vez en cuando en su violencia, son seguidas por una muerte más suave, un epicureísmo a plazos en el que cada cuota mensual

siglo XVII para designar a un soldado combatiente que despierta el miedo en sus oponentes por analogía a la figura de Zeus que sostiene como arma un rayo. Con el tiempo, la expresión adquirió un sentido peyorativo para reprochar a alguien por un desempeño pobre o falta de capacidad de respuesta.

hunde al ser humano más intensamente en la glaciación mercantil.

Me niego a elegir entre dos formas de muerte. Mi única estrella es la de la vida a ultranza.

Alcanzada la degradación final, cuando los propios sentidos sufren la reducción de lo biológico a lo económico, los placeres aparecen tanto en su inversión milenaria como en su parte de vida que se resiste absolutamente a la recuperación mercantil. El último puente de la proletarización desemboca en un nuevo sentir desde donde contemplaremos su colapso final. Poco a poco renace una naturaleza donde el deseo creará el órgano.

El placer de vida no tiene reglas ni leyes. Lo que lo define, lo identifica, lo especializa es precisamente lo que lo niega y lo invierte: el trabajo, la obligación, el intercambio, la separación, la culpabilidad.

2. Del aburrimiento de los placeres de supervivencia nace el placer de la inversión de perspectiva

El ojo del poder destruye la vida. La educación calibra los ojos según la mira de la economía. Aguijoneada por el trabajo y la obligación, la mirada desenreda la maraña del laberinto jerárquico, respeta las señales de la prohibición y de la licencia, y detecta a lo lejos los faros de la autoridad y la ganancia. El ojo es el espejo de la mercancía.

Ver invierte el deseo de obtener para gozar en la ganas de atrapar para apropiarse. Y como el tener reemplaza al goce, las leyes que protegen a la propiedad privada sustituyen el tener prohibido por la

imagen de la apropiación. Lo que así se ve *posee* por procuración y en la concupiscencia del robo y de la violación. Si el objeto finalmente cae en las manos que lo deseaban, la mirada sigue sintiendo la amarga impotencia para gozar que paga las victorias de la voluntad de poder.

El doble foco de la represión y del desahogo no percibe otro paisaje más que el de la vida al revés. Las ganas de tomar para acariciar se convierten allí en el gusto de capturar, matar, destruir. Cuando juegas a apuntar con un arma imaginaria al halcón que surca el cielo o a la aldea que emerge de la niebla, ¿acaso la preocupación por destruir lo que ves no expresa la insoportable mutación del deseo de estar en todas partes en la necesidad de poseer todo?

El mal de ojo está en nosotros desde que los seres y las cosas momificadas en objetos muertos, en propiedades, en mercancías, nos recuerdan nuestra maldición y nos incitan a destruirlos y a unirnos a ellos en un vacío común.

Solo nos quedan los ojos de la cabeza. El escaneo intelectual ilumina los laberintos de lo inauténtico. Según una antigua leyenda, el niño que contempla el sexo de su madre se queda ciego. La leyenda de la educación moderna es más efectiva: le abre los ojos de par en par delante de este, pero para cegarlos respecto al uso que podría darle. La mirada del pensamiento ocupa el lugar de lo vivido.

Y esa mirada es también el reflejo de la culpa. La mayoría de las personas sobreviven atemorizadas de ser vistas, de corresponder a una imagen de marca. El ojo inquisidor solo captó de lo vivo su transformación en roles, en imágenes, en carne muerta

arrojada sobre la balanza de los criterios mercantiles. ¡Vosotros, víctimas crédulas y resignadas a los embrujos del poder, desde lo alto de su conocimiento os burláis de los llamados hombres primitivos que temen ver su imagen o efigie caer en manos hostiles!

La mirada táctil del goce percibe en los seres y en las cosas solo lo que tienen de vivo. ¿Qué tengo que ver yo con una mirada prestada, rendida, fingida, pesada, vendida, que mide, compara, desahoga y se intercambia? La vista pertenece, como todos los sentidos, al sentir global que nace con el niño y que la economía cercena y fragmenta. La línea de visión del placer reprimido no es la línea de vida.

La mirada apasionada y profunda de los amantes, del sueño y de la maravilla (ese sol desdoblado que vimos sobre un paisaje nevado) lleva la marca indeleble del delirio sensual en el que todo se ordenará algún día. Por mucho que se reduzca a la función económica, sucede que el ojo rechaza las vallas inmutables de la perspectiva mercantil, arroja a la confusión la geometría del poder, lo alto, lo bajo, la izquierda, la derecha, lo próximo, lo lejano, la duración, el lugar. Cuando se abre a la exuberancia insaciable del goce, los oculistas del rendimiento cotidiano hablan de una mirada borrosa, desorientada, perdida; es cierto, definitivamente está perdida para ellos, no quiere verlos, escapa a donde no puedan examinarla.

No es la disolución del yo, ni las drogas, ni la iluminación lo que abre de par en par los párpados y las pestañas prensiles del deseo, sino, por el contrario, la lucidez devuelta a la gratuidad de los sentidos. La seda de la mirada de pulpo envuelve el mundo con

una succión que busca alimentarse de la vida y disolver la muerte. Tal es la irradiación que quiero perseguir incluso en el reposo, en este preciso momento en que el cuerpo digiere el paisaje en múltiples sueños que el despertar aprende desde ahora —¿son conscientes de ello?— a prolongar concretamente.

Los huesos de la amargura han atravesado la última piel de la estética. Vosotros solo habéis juzgado la belleza y la fealdad por defecto. La sombra de la muerte me repugna, solo lo vivo me apasiona. Del amor recibo una claridad que confunde en un mismo gris amenazante a los seres y a las cosas cargadas de odio y consumismo. Aquello que se ve a través del placer acabará por destruir lo que la ganancia me obliga a ver.

La nariz desexualizada no es más que un apéndice de los pulmones, fragua fisiológica que le presta al cuerpo no el fuego de la vida, sino el poder del rendimiento. En su desprecio por el trabajo, el régimen aristocrático dejaba al cuerpo sus olores naturales, que el vigor de las pasiones combinaba con los aromas salvajes de la mejor manera posible. Bajo el reino de la fábrica, la higiene elimina toda materia viva del cuerpo, la pulcritud y sus morbosas obsesiones desodorizan el aire, las axilas y la cocina, mientras la contaminación corroe la tierra, el mar y el cielo. El cuerpo no cesa de lavarse en las aguas sucias de la ganancia.

El olfato aprende la vergüenza de los olores, poco a poco olvida incluso la clasificación que le impone una educación de reprimidos entre buenos y malos aromas, los de la santidad y los del placer sexual. La culpabilidad, que antes solo golpeaba los perfumes eréctiles del deseo amoroso, ataca cualquier cosa que

pueda ensuciar el trabajo energético de los pulmones. El olfato se cierra a aquello que no es función respiratoria. Cuanto menos se abre la respiración al aliento del goce, más renuncia a su plenitud, más adopta el ritmo del esfuerzo, más se refrena a sacudidas, más se economiza. La familia enseña a paralizar la caja torácica, a bloquear la subida de los impulsos provenientes del vientre. El dominio de sí encorva el pecho y controla los afectos, la voluntad de poder consolida la coraza muscular. La respiración se convierte en una respiración de la cabeza, un elemento del sistema cerebral. Impone al cuerpo la cadencia de supervivencia de una bestia acorralada, consciente de que la muerte está por alcanzarla sin dolor y sin placer.

El aire de la mercancía asfixia. La angustia es la expresión más simple de la asfixia social. La garganta se cierra cada día más, solo deja escapar la exhalación libidinal en bocanadas de desahogo. ¿Acaso las afecciones de la garganta y de la nariz no le enseñan al niño, defendiendo su cuerpo y muy a pesar suyo,² sobre el acto de penetración del poder y del dinero que la familia ejerce sobre él mediante una violación legal?

² En el original *à son corps défendant*. El sentido literal de esta expresión es fácil de entender y es defenderse de un ataque. El sentido figurado, en cambio, se deriva del hecho de que si alguien tuvo que resistir un ataque, necesariamente tuvo que hacer daño a otros y esto fue en contra de su voluntad porque era la única forma de protegerse. Ambos sentidos aplican en el caso en el que el autor usa esta expresión. Las enfermedades que atacan el sistema inmunológico debilitado, al hacerlo lo activan poniendo al cuerpo en un estado defensivo. Por otro lado, las enfermedades implican cierto grado de trastorno o daño del que el cuerpo se defiende. En español no se encuentra una expresión que pueda comunicar estos significados simultáneamente, así que se optó por usar ambos.

El viejo mundo que nos deja sin aire es evidentemente, al mismo tiempo, el de las cumbres inmensas y puras. Con una mano abre la garganta que está estrangulando con la otra. El aspirador pulmonar es generosamente activado por el deporte, el trabajo, la gimnasia, las terapias, las drogas, los estimulantes, los tranquilizantes, los psiquiatras, los antipsiquiatras, las religiones, la relajación, el turismo. A la opresión de las ciudades responde la epopeya del aire libre, al estrangulamiento social corresponde la evasión, cuerda de doble longitud concedida al ahorcado. El campo oxigena el cuerpo antes de enviarlo de vuelta a pudrirse en el estiércol del urbanismo y los desiertos del aburrimiento. La ecología y la contaminación se reúnen en el mismo guardarropas después del examen, donde el sudor izquierdista se mezcla con el formol de los burócratas.

Los hedores del desahogo, del odio y del desprecio se confunden con la contaminación mercantil. Las leyes de una sociedad irrespirable proporcionan a todos el consuelo equitativo de *no poder sentirse*. ¡Cómo se multiplica el pequeño hombre del resoplido! El perro megalómano denuncia las implicaciones y se hace pasar por el burro más grande para conseguir el afrecho del renombre, la rana de la pila de agua bendita revolucionaria se ha hinchado con tanta bilis que juega al buey de la teoría en el campo abierto de los negocios. Quien respira por el agujero del prestigio vive del aire de los tiempos burocráticos. Nariz de la virtud incorruptible, tu gloria es la de los desechos y tu razón en la historia limpia el fango. General de un ejército de basureros, no has terminado de esparcir sobre lo que tocas el olor de lo que está muerto en ti, el olor de la mercancía que atormenta el círculo de todos los exorcismos artísticos.

Sentirse bien es sentir la gratuidad de la vida dentro de sí. Lo que está vivo siempre huele bien. Sueño con una unidad sensual recreada en la que cada órgano descubriría su incesante evolución por analogía con el movimiento de toda satisfacción. Como si se tratara de un modo sexual —los pulmones se excitan al entrar en contacto con el aire, son penetrados por él y lo emiten a través de la nariz y la boca en la relajación muscular— que sexualiza todos los olores que se apoderaran y se desprendieran de mí; como si las funciones del cuerpo, por fin devueltas al privilegio de los placeres, se entregaran al ritmo de tensiones y de satisfacciones a través del cual progresan los deseos de vida.

Del niño reprimido a la edad en que aprende a percibir el olor de los impulsos secretos, justo cuando su nariz está a la altura de las cremalleras y las bragas, hemos conservado algo de la libertad naciente que ha formado el sentido del olfato. ¿A quién no le gusta oler el dedo que ha puesto en su sexo, deslizado en su ano, frotado en sus axilas? La futilidad del gesto abre la puerta a sensaciones infantiles escondidas en nuestro interior. ¡Y cuánto aspiramos al renacimiento de ese niño en el amante, en el adulto que descubre en el fondo de la pasión el encanto de esas emanaciones llamadas naturales porque la educación ha hecho todo lo posible para desnaturalizarlas!

Pocas personas se soportan por amor a sí mismas.³ Pero los amantes que beben su saliva, lamen su sudor y saborean cada gota de la lubricación vaginal y el semen marcan la pauta. Con *buen corazón* se desprenden de la preocupación de oler a azufre o a santidad ante las narices de los demás.

³ En el original *Peu gens se respirent par amour de soi*. Se trata de un juego de palabras que no puede traducirse al español, ya que *se respirer* —es decir, «respirarse»— es sinónimo de aguantarse a uno mismo.

Un nuevo sentir que surja de un proceso intelectual no haría más que renovar la vieja castración de los sentidos. En el reverso del mundo al revés, el olfato también dibuja el mapa de nuestras riquezas sensoriales recuperando la multiplicidad de experiencias olfativas reprimidas y asumidas. Solo los deseos muertos apestan, pero no hay repulsión de la que no pueda extraerse un placer obstaculizado. Frente a los juramentos de interés y los contratos de sentimientos, que los olores disuelvan las afinidades y las discordias. No poder olerse mutuamente, o sentirse bien los unos con los otros, construirá unas situaciones de ambiente variable incluso en las asambleas de autogestión generalizada, expresión social de nuestros deseos.

No existe amor donde reinan el intercambio y la obligación. Ahora que las dos prohibiciones más antiguas de nuestra historia han revelado su carácter económico, ¿puede admitirse que el onanismo es, junto con el incesto, el comienzo de todo amor auténtico? Como jamás me cansaré de precisar: lo detestable no es la atracción incestuosa, sino la violación, la violencia y el cobarde soborno a los que esta recurre para satisfacerse sin ninguna consideración por el amor.⁴

Las religiones maldicen la masturbación por la primacía que concede al placer, lo que impide que la mujer se vuelva madre y produzca su parte de pecadores y pecadoras. Las ideologías burocrático-burguesas la denuncian como un vicio solitario que arruina la salud, disminuye el rendimiento,

⁴ Este pasaje aclaratorio fue introducido por el autor especialmente para esta primera publicación en español de esta obra.

debilita el trabajo intelectual y vuelve sordo a los imperativos. Los fiscales de la revolución les siguen los pasos identificando el onanismo con la carencia, el abandono, el encuentro imposible, la relación pobre porque no paga. ¡El viejo topo definitivamente está funcionando cada vez mejor!

La miseria os sirve de prueba. Ridiculizáis la masturbación porque no queréis percibir más que el penoso movimiento de la soledad. Solo queréis ver en el incesto el núcleo oculto de la familia, la sábana del estupro admitido y reprimido con la que cada uno hace su cama y facilita su trabajo,⁵ la sombra pasional achacada a la economía familiar y que añade su pimienta de ternura, su condimento de amor y de ferocidad, a las más infames sopas comunitarias de la nación, del grupo, del partido, de la fraternidad. Vuestra verdad es siempre la verdad de la mercancía. Mañana proclamaréis con idéntica convicción la necesidad del onanismo y del apareamiento ritual con la madre, tal como no habéis cesado de defender los beneficios del amor en todas sus formas invertidas.

La mayor parte de los sucesos, desde los fútiles hasta los dramáticos, que componen nuestra existencia cotidiana son historias de amor vividas a contrapelo. La ternura que no abraza asfixia con rabia. ¿Acaso es una coincidencia que las sociedades altamente reprimidas sexualmente muestren una predilección hacia la muerte por ahorcamiento, como si el anillo del sexo femenino, fuente de vida, por

⁵ En el original *la toile de stupre avoué et refoulé dont chacun fait son lit*. La expresión *faire le lit* significa, en sentido figurado, facilitar el trabajo de alguien o de alguna cosa. No se encuentra expresión en español que contenga tanto el sentido literal como el figurado así que se optó por poner los dos.

inversión, se enredara en el cuello y apretara hasta producir la muerte? Cuántas caricias reprimidas en la monótona serie de los cansancios, las melancolías, los sectarismos, los desprecios, los odios, los golpes, los asesinatos. La pedofilia reprimida por la moral salpica los descampados y las familias con una triste cosecha de niños golpeados y violados. El placer de abrazar y ser abrazado se convierte en la apropiación del objeto amado. La voluptuosidad de penetrar y dejarse penetrar cae en el sacrificio sadomasoquista, donde el cuchillo, la polla, el fusil, la seducción y el argumento sin réplica desahogan las exasperaciones de la impotencia para gozar. La zoofilia conduce a las personas que la desaprueban a la caza, la vivisección, la jaula, la domesticación y el activismo que las cuestiona.

La humanización de las costumbres expresa solamente la humanización de la mercancía. Lejos de indicar una victoria de la vida, las estadísticas del apaciguamiento contabilizan los progresos de la anemia, el descenso de la agresividad expresa una bajada de tensión en las venas de la voluntad de vivir, la pasión de destruir se momifica lentamente en la pasión de disfrutar, de la que siempre ha sido la inversión.

Dichosos humanos, pronto tendrán el amor solo en la cabeza a falta de tenerlo en otra parte. Dichosos amantes, llegará el día en que ya no tendrán que reembolsar la tradicional deuda de celos, de posesión, de intercambio, desgraciadamente, porque no habrá más enamorados que los discursos, las ideas, las técnicas, las imágenes que la sociedad desexualizada usa para reemplazar la realidad del cuerpo.

No obstante, la actual agonía de las pasiones no despertará en nosotros la nostalgia de las pasiones pasadas. La violencia va a nacer de la gratuidad finalmente conquistada y no de los sobresaltos de la supervivencia moribunda. Cuando dejemos de buscar por escasez aquello que puede tomarse por abundancia, el desprecio del *cuerpo como fuente de todos los placeres* desaparecerá al mismo tiempo que el desprecio dirigido contra los individuos en nombre de la sociedad.

El amor a los otros comienza por el amor a sí mismo. Acariciarse y acariciar a los demás, ¿no es este el inicio de toda comunicación auténtica, de todo contacto verdaderamente humano? La razón de los amores se burla de la razón mercantil.

El goce disuelve la separación, el deber, el intercambio. Quiere un mundo que cree su unidad a través de la caricia, desde el lenguaje hasta los gestos, desde la música hasta los perfumes. ¿No lo presienten cada vez que se entregan a amar sin pedir nada a cambio, cuando no les preocupa ser amados para amar?

¿Cómo podría acariciarte a la espera de caricias recíprocas? Las manos, la piel, los labios, los sexos que acarician ¿no se acarician ellos en la confusión de los placeres? ¡Basta de jacobinismo, basta de terrorismo de conveniencias, de la coherencia, de lo bello, de lo feo, basta de esos juicios extirpados del dolor para gozar! ¿Me gustas? Estemos juntos. ¿No te gusto? Otros corresponderán a mis deseos. ¿Por qué ofenderse y sentirse amargado por la falta de atractivo epidérmico? ¿Por qué alguien que me gusta debe ser mejor o peor que otras miles de personas?

No me siento garante de nadie, ni de quienes amo, ni de quienes he amado, ni de las personas que no amo. Una sociedad que no favorezca *hasta el final* tal simplicidad de base merece desarticularse bajo la complejidad de sus necrosis.

El azar de los encuentros obedece a la flecha del deseo: si la punta está roma, invita a las conexiones superficiales, si está afilada, atravesará el juego del gran amor. De la multiplicidad de aventuras es necesario que nazca la pasión singular que alimentará todas las otras, pues basta quererla sin reclamarla. Para lograr mis fines, no renunciaría a ninguna facilidad, comenzando con la revolución.

El ahorro de la vida ha inoculado el virus del precio en el placer de comer, beber y conocer. La burguesía proclamaba en su puritanismo económico que hay que comer para vivir y no vivir para comer. La reacción de desenfreno a la que nos conduce la desesperación admitida de la burocracia no cambia en nada la rentabilidad del negocio cuando hoy incita a vivir para comer: adapta los viejos incentivos para producir a las leyes de lo *consumible a cualquier precio*.

El proletariado del siglo XIX por la fuerza aprendió tan bien a trabajar para alimentarse que sus herederos son fácilmente persuadidos de exorcizar la miseria pasada con una bulimia de nuevas miserias. Atiborrarse se ha convertido en un trabajo de compensación y de rechazo. La falta de vida se desahoga en una carrera por llenarse donde engullir vino, música, sensaciones, imágenes, lefa, croquetas en lata, información, drogas, conocimientos, sigue siendo, en última instancia, una manera de vomitarse.

El intercambio pudre lo que toca. Llenarse las bolsas bancarias y estomacales, inflarse de importancia por todos los orificios tal es «el ser insaciable de lo absoluto» revisado y corregido por la sociedad de la supervivencia. El gusto por la plenitud se ha convertido en ganas de poseer, y la conciencia de no poseer nunca nada más que *cosas* inculca en todos la vida ausente. El miedo al vacío levanta un irrisorio torbellino que engulle las satisfacciones cotidianas, polvos mezquinos de aquellas antiguas orgías, de esas fiestas campesinas donde una parte de la cosecha era desperdiciada, consumida, quemada, arrojada como sacrificio a la imposible gratuidad.

Hemos perdido la ultranza de los antiguos festines sin deshacernos de su inversión, sin abandonar la mesa de la voluntad de poder, sin soltar el hueso de la rivalidad entre el que come y el que es comido. Díganme cómo beber, follar, hablar para probar que eres un hombre, una mujer o un líder difiere de trabajar para un patrón. Puesto que por defecto toman todo, la melancolía solo les ha dejado ansias de propietarios, saciedades culpables, desbordes cristianos.

Atiborrada de culpabilidad a fuerza de compensaciones y de placeres pagados, la mayoría de la gente considera como una verdad indiscutible que el exceso de pasiones agota y conduce a la muerte. ¡Mierda! Nunca son los excesos los que matan, sino lo que se opone a ellos. Comenzando con la culpabilidad.

Bajo el «amante de la buena comida» resopla el enterrador. El comensal del siglo XX entra al restaurante de la misma forma que entra al burdel, con los medios suficientes para pagar, para hacer sus necesidades, para olvidarse de alimentar sus miedos. Lo

que queda de placer en una comida donde el dinero envenena las salsas y avinagra el vino se diluye en el colesterol, se agria en la bilis y se convierte en la fobia del infarto. Pobres glotones, pobres gourmets, como no están nunca en su sitio⁶ comen en la escudilla de la muerte.

La enfermedad salda el precio de su angustia para gozar. Los trastornos del organismo no son el resultado de una vida exuberante, sino del terror pánico que esta vida despierta muy a pesar nuestro. El horror de la felicidad supera el de la desesperación. ¿Qué sentido tiene negarlo cuando todo nos lleva a ello? ¿De qué sirve exorcizarlo con los pases de la magia intelectual, que es la charlatanería ordinaria de la abstracción mercantil?

¿Qué queda de los goces efímeros de niños y niñas que llenan sus barrigas con sopa de tocino, pollos, guisos de pescado, cervezas espumosas, risas, vinos frescos, abrazos y canciones? La gastronomía, el arte de sofisticar las recetas campesinas, la invención de lo natural por la economía, el vientre remunerado por las cabezas pensantes.

El trabajo gastronómico tiene sus trabajadores manuales e intelectuales. Sus suscriptores de la comida enlatada y de los comederos internacionales, y sus degustadores de banalidades que se han vuelto raras y costosas, sus contratados de mesas solemnes y rústicas, sus comilones descontentos y críticos. El arte desexualizado del beber y del comer no es más que falso placer y placer de lo falso.

⁶ En el original *à n'être jamais dans votre assiette*. La expresión *ne pas être dans son assiette*, cuya traducción literal es «por no estar nunca en su plato», refiere al hecho de no sentirse bien o en un estado mental normal o equilibrado. No se encuentra una expresión en español que pueda conservar este juego de palabras.

Lo mismo ocurre con el conocimiento, donde la ignorancia intelectual ha destronado a la ignorancia vulgar. El oscurantismo cambia de apariencia bajo la bandera del progreso. Conocer cada vez más cosas lo exime a uno de conocer sus deseos. La integración «inteligente» en la sociedad, en el intercambio, en las leyes de la voluntad de poder, compensa la ausencia inagotable del yo. La curiosidad por uno mismo no tiene más alimento que la inquisición policial. Puesto que la mercancía no tiene nada de humano y quiere saber todo sobre los humanos para reducirlos aún más, la ciencia cae bajo el control de la autopsia y el bisturí no descubre nada que no se encuentre en estado de cadáver.

Aquello que se toma a través de la abundancia y la gratuidad es siempre un bien. ¿Hasta cuándo vamos a tolerar esa marca de infamia que es el precio impuesto a los seres y a las cosas? ¿No se expresa la misma inhumanidad fundamental en la necesidad de monetizar una orgía de trufas frescas y en el riesgo absurdo de pagar por ello con un ataque al hígado? Hay demasiada angustia y desahogo en el robo furtivo que preside nuestros sinceros deleites. Si el amor a la vida comienza con el rechazo a pagar, que esto sea finalmente en la universalidad del don. No basta nada menos que la liquidación del Estado y la aniquilación de la mercancía, y sospecho que esto ocurrirá no tanto por la rabia de los oprimidos, como por el favor de una irresistible voluntad de gozar, de una propensión de los placeres a propagarse sin reservas, del sueño, en este caso goloso, de calles organizadas en cocinas, de palacios transformados en cavas, de catedrales metamorfoseadas en posadas y de un mapa del territorio que se lee como un menú.

Vamos, el escepticismo no es más que el alimento tradicional del desprecio de sí. Brindo por la gratuidad y los invito a quemar el pasquín de la duda en el alcohol de la exuberancia sexual.

Nada de lo que apasiona se aprende por obligación o parsimonia. Solo el deseo enseña a vivir. A diferencia del discurso tan común que sopesa las palabras y las suspende para que se reconozca su autoridad, el deseo sabe, en el arte del silencio, dejar que cada cual encuentre su camino. En contra del deber de transparencia, de la autocrítica y de esa verdad en *representación* que es la peor de las mentiras, el deseo sin motivo proporciona la claridad sobre los demás y sobre sí.

Queremos vivir desde ahora la gratuidad de los conocimientos que se ofrecen en todas las direcciones, en el azar de los diarios murales, en la abundancia de las observaciones escritas, cantadas, dibujadas, imitadas por una creación individual finalmente libre y que consigue desmembrar la educación y la información bajo la irrefrenable fantasía de sus deseos y de sus afinidades.

Reemplazo el autodesprecio por la expansión del yo, la apropiación por la avidez y la saciedad por lo insaciable.

3. El placer crea la vida

Poco a poco abandonamos la prehistoria del deseo. La coartada del placer fue el último elogio fúnebre de nuestra enajenación, y el goce suicida la última Bastilla del mundo al revés. Saber que la prisión nos

rodea por todas partes ya no oculta con qué facilidad la vamos a dinamitar desde dentro.

La gran muralla de la mercancía se agrieta a medida que se extiende hasta donde se pierde la vida. Cada día, la economía en crisis multiplica las brechas por las que la pasión de gozar va a precipitarse a acabar de derribarla.

No queremos más voluptuosidades obligadas, culpables y explotables. No queremos más placeres separados de la sexualidad global, cortados del cuerpo omnipresente de la voluntad de vivir. Puesto que el abrazo amoroso, eterno testimonio de lo vivo, abole la distancia y el tiempo, puesto que los goces trashumen lentamente a través de lo que los niega, puesto que volvemos a la fuente común, a la unidad fundamental de la vida, tenemos como una certeza absoluta que la primacía de la gratuidad exime para siempre de gobernar y ser gobernados, de castigar y ser castigados, de violar y ser violados, de juzgar y ser juzgados. Su movimiento único destruye la dialéctica de la muerte que gobierna la supervivencia.

Placeres de la pereza, de la tenacidad, del encuentro, de la soledad, de la música, de la creación, placer de hablar, de callarse, de reír, de cagar, de soñar, de abrazar, de llorar, de orinar, de gritar, de acariciar, de mojarse, de eyacular, de saltar, de moverse, de saborear, de oler, de tocar, de unirse y de alejarse, placeres no de supervivencia sino de vivir como os plazca, os bastan a vosotros mismos porque participan en el torbellino sensual donde lo que vive ya no necesita anticipar la muerte, salvo una muerte finalmente natural, tan remota que fluye, como en el corazón de árboles centenarios, del despreocupado olvido de la existencia.

La separación ha reducido la mayoría de los placeres a unos roles de intermediarios, los ha convertido en vehículos hacia otra cosa. Cuando la danza, en lugar de expresar la alegría del cuerpo, sirve para seducir y fascinar a una presa, cuando las caricias subordinan su juego al camino programado del apareamiento, la diversidad de lo vivo se desmorona en productos catalogados según las normas del rendimiento.

No haré de los placeres una vía hacia la revolución, no iré en contra de esa impaciencia que les ha dado un pretexto para no atreverse a vivir, como si la verdadera vida comenzara el día después de la Gran Noche. Es tiempo de que los placeres se basten a sí mismos, pues su autenticidad, su unidad y su variedad inagotables se deben únicamente al placer que conduce a cada uno a crear la vida que lleva en sí.

¿Por qué aplazar aún más la voluntad de vivir cuando mi destino finalmente escapa de lo que siempre lo ha frustrado? En la emancipación de mis placeres, iniciada aquí y ahora, se arraiga la serena resolución de poner fin a la civilización mercantil. No busco la revolución, tengo lo que necesito para encontrarla realizando los placeres de vida hacia los que me inclino sin reservas.

El fin de las mediaciones es el principio de la autonomía individual. Mi deseo no tiene representante. Está en el centro de una subjetividad cuya irradiación disuelve lentamente la vieja coraza del carácter, fortaleza que aprisiona más de lo que protege, represión internalizada y enfermedad obsidional peor que el enemigo que merodea afuera. A veces,

me parece que las maldiciones que llevaba dentro de mí solo me golpean desde el exterior, y ahora tengo cómo afrontarlas.

7. La emancipación autónoma de los individuos es la única base de la sociedad sin clases

1. La voluntad de poder es la inversión de la voluntad de vivir

El descubrimiento del individuo coincide con su decadencia. El individuo es la más bella conquista de la burguesía: en el último estado de lo inhumano, el primer esbozo de una humanidad real. Aflorando a la conciencia en el estallido social que sigue al monolitismo de los regímenes tribales, teocráticos, feudales, despóticos o monárquicos, aquí están, extirpadas del oscurantismo religioso para alcanzar la miseria de la Ilustración, las humildes criaturas del Treponema de Nazaret, de la Tenia de la Meca, del Ácaro de la Sarna budista. Expulsan la flatulencia divina que les obstruía el estómago para asumir una apariencia histórica de ciudadano, de productor, de pensador, de militante, de proletario responsable.

Así, en la corriente de la época, el individuo abstracto nace de la concretización mercantil, de su progresiva excreción a la materialidad. Con la cabeza atrapada en el fórceps de la ideología, deja que

penetre en su carne la separación omnipresente entre la economía y la vida. Su fraccionamiento interno reproduce el desmigajamiento social y la ilusión de su poder terrestre lo eleva al cielo de la mercancía mientras su proletarianización revela realmente el infierno.

Si reivindica su individualidad, su subjetividad irreductible, es todavía a través de esta abstracción que es el hombre universal del valor de cambio. El individuo ideológico solo consigue extraer de sí una impotencia para vivir que desde ahora ni el poder mítico de los dioses ni el poder real del Estado pueden consolar o garantizar.

La mayoría de las personas de la era preindustrial tenían una autonomía relativa y real dentro de la abstracción social que las negaba. Bajo el dominio de la clase burocrático-burguesa, apenas tenemos una autonomía abstracta, nada más que la autonomía de la mercancía, su creciente fluidez a medida que la vida mengua.

La plaga del trabajo que se ha propagado por todas partes generalizó la indiferenciación proletaria y reavivó en consecuencia la nostalgia de la fuerza individual. Pero el tiempo de los condotieros ha terminado. El fascismo, el estalinismo, el militantismo han marcado el fin de una época en la que los pequeños hombres rebuscaban, en el fondo del cajón de su mediocridad, algo que les sirviera para identificarse con un pueblo, un líder, una causa. El reflejo económico ha llegado tan lejos que el culto a las «grandes cuestiones» solo es, como todos saben muy bien, un truco publicitario de la sección de embalaje estatal.

En un momento en que los Estados funcionan como monopolios y sus dirigentes como promotores

publicitarios, ¿cómo podría la voluntad de poder no fracasar con el *escalonamiento jerárquico*, con la disminución de poder que conlleva el desmoronamiento totalitario de la burocracia?

Insolente sonajero de la nulidad individual, la voluntad de poder no puede ocultar más lo que siempre fue: vida reducida a la economía de competencia. La ley del más fuerte y la ley del más débil, que, como se ha dicho, gobiernan el mundo, no han cambiado. Simplemente han sufrido la misma evolución que el trabajo, el intercambio, la culpabilidad; se han intelectualizado. Si la sutileza de la cabeza sustituye poco a poco la fuerza bruta, su razón sigue siendo la del más fuerte porque expresa la tiranía del valor de cambio.

La mentira de la intelectualidad golpea simultáneamente al individuo, cuya vida agota en imágenes, en ideas, en humo, y a la sociedad que transforma en un sistema de cultura. Y las vicisitudes de la emancipación proletaria no son ciertamente ajenas a su denuncia actual. ¿Acaso no han pagado los proletarios el doble por el sacrificio de su autonomía? Han renunciado a lo que les quedaba de vida para afirmarse en lo que les quedaba de poder, en las caricaturizaciones compensatorias de la voluntad de poder: autoridad familiar, prestigio del varón, heroísmo del militante, tic nervioso del cabecilla. Han confundido la coordinación de las luchas y la idea de poder, que en realidad ofrecía a una facción gobernante el sacrificio de todos. Al elegir unas cabezas dirigentes, la revolución ha dejado su cuerpo en las fábricas y en las barricadas. La eficacia de los intermediarios solo funciona a expensas de la libertad.

Lo que vuelve cruel es la transformación de la voluntad de vivir en voluntad de poder. La relación de fuerzas se alimenta de la incesante frustración de los placeres invertidos, en lugar de que el arte del goce se nutra del placer tomado sin contrapartida. Por eso la crueldad se ha convertido en la mezquindad habitual del hombre sin atributos.

El reino burocrático ha convertido la voluntad de poder en una rivalidad de chichinabo, una maniobra de comités, un maquiavelismo de conserje. El ardid arribista, la inventiva atareada, la artimaña individual de la supervivencia son el espejo uniforme de las nuevas sociedades mercantiles. Así termina, tal como en sí mismo, el espíritu de una civilización de vendedores ambulantes que llevan la mercancía dondequiera que la mercancía los ha llevado.

Mientras que las pequeñas crueldades de la supervivencia mantienen la ilusión de existir, el colapso del movimiento obrero tradicional devuelve a todos a sí mismos y a una elección: o la disolución en una intelectualidad que solo es el último estado de la voluntad de poder, o el fortalecimiento de la voluntad de vivir mediante la emancipación de los placeres.

Pero la historia responde favorablemente a la autonomía que se descubre. Jamás ha sido la falta de organización lo que ha hecho fracasar la revolución, sino la impotencia de los individuos para despachar toda organización contraria a su voluntad de vivir. La falta de confianza de los proletarios en su capacidad para abolir el proletariado no es más que el resultado del trabajo intelectual, cuya corrosión todos pueden observar en la vida cotidiana del cuerpo.

La idea de que no podemos hacer nada por nosotros mismos nos ha entregado atados de pies y manos al poder del viejo mundo. Desde el instante en que sentimos que ninguna fuerza estatal contendrá el aumento de los placeres individuales, la marea colectiva unirá nuestras resoluciones singulares.

2. Nuestra elección de sociedad revela una elección individual entre la muerte y la expansión ilimitada de nuestros deseos de vida.

La creación funda la autogestión generalizada aboliendo el trabajo y la jerarquía. Si el individuo separado de los demás y de sí mismo tiende a no tener otra inteligencia más que la conciencia mercantil —campo de la función intelectual, fábrica del trabajo «capital»—, la unidad de los goces gratuitos inicia la creación de una unidad individual y colectiva que implica el fin de la mercancía en el conjunto de su sistema social y corporal.

Mi voluntad de vivir, por muy vacilante que sea, está revocando la función que la economía me asigna, en nombre de la sociedad y en mi propio nombre, dentro del mecanismo que me niega. Los dirigentes, los autoritarios, las *vedettes*, los líderes de hombres de todo tipo ya son saludados con risas a su paso. La comedia es permanente donde cualquiera insulta la jerarquía y trata a las mujeres como objetos, denuncia el espectáculo presumiendo frente a unos cuantos perros y obedeciendo,¹ se burla de la pasividad

¹ En el original *fait le beau pour quelque chiens*. La expresión *faire le beau* tiene dos significados dependiendo de si se usa con referencia a una persona o a un perro. En el primer caso, la traducción literal

y nunca se desprende de su coraza neurótica. La angustia del cabecilla de acabar miserablemente ofrece a la bufonada cotidiana del poder y del contrapoder un repertorio inagotable de chistes. Mírenlos, esos pobres excedentes de la sobreproducción mercantil, se imponen por miedo a que se les impongan, culpabilizan por miedo a ser sorprendidos cometiendo un error, aterrorizan por miedo a temblar ellos mismos. Condenados al lirismo de la grandeza y la humildad, de la fuerza y la debilidad, del éxito y del fracaso, deben, en contra de su voluntad, demostrar a toda costa que están «vivos».

La autoridad que un individuo reclama da una medida de la cantidad de humillaciones que ha sufrido, su gusto por el poder redime su impotencia para gozar; ¿y cómo podría gozar cuando necesita trabajar para tratar con altanería a los que están debajo de su nivel, cuando necesita trabajar duro en todo momento para no ser humillado porque perdería la vida? Un individuo así tiene bien merecida la jubilación a la que el desencanto lo manda a sacar provecho de los placeres amargos del viejo mundo, a entregarse a las compensaciones de la virtud y a aceptar, para saldar todas las cuentas, que las voluptuosidades que se pagan valen más que otras.

El pequeño fiscal del que os burláis sigue pateando dentro de vosotros cuando pregonáis en todos los tonos que *hay que* ser autónomo. ¿No sentís,

es «hacerse el lindo», es decir, alardear, vanagloriarse. En el segundo caso, significa «elevarse sobre las patas traseras». Este último significado implica un contenido de obediencia en el sentido de que el animal hace lo que su amo le ordena. Se trata de un juego de palabras para el que no se encuentra una expresión única en español, por lo que se optó por utilizar ambos sentidos aquí.

finalmente, que la falta de autonomía se debe a la manía de medirse sin cesar, de programarse con desafíos, de obedecer a la demanda, de doblegarse ante la ley del rendimiento, del deber, de la promesa, de la representación?

Pero nada es tan fácil como invertir la perspectiva, dejarse llevar por el goce de sí mismo hasta perder la preocupación por las apariencias, hasta eliminar socialmente el viejo mundo tal como uno ha comenzado a expulsarlo de su propia existencia cotidiana. Las pasiones tienen, en su resolución de ir hasta el extremo de su gratuidad, más lucidez que todas las lecciones de táctica y de estrategia. Aquí es donde queda claro que la autonomía no tiene nada en común con esa actitud de reserva donde uno es lo que tiene; con ese individualismo que reivindica la propia enajenación como un bien inalienable; con ese yo apropiativo y expropiado que oscila entre la megalomanía y la subestimación, pasando del poder de lo que lo niega a la impotencia de lo que lo afirma.

Qué fastidio no poder ponerle las manos encima, dicen las personas desde la otra orilla. Cuando creen que lo han convencido, se escapa. Imposible atraparlo, confiar en él. Les da la razón distraídamente y luego cambia de opinión. Vaya, ¿qué me importáis, sombras enviadas para llevarme al reverso de mis deseos, definirme, juzgarme, comprenderme, gobernarne? Si solo tuvieran en mente la realización de sus placeres, poco les importaría mi aprobación o desaprobación. Seguirían por su camino con la certeza de que no necesitamos conocernos para reconocernos en una voluntad idéntica.

El goce de sí funda la autogestión generalizada aboliendo la culpa. Si existe un deseo de ser infeliz, golpeado, oprimido, gobernado, humillado, es solamente la inversión del deseo de vivir feliz, acariciado, libre y soberano. El imperialismo mercantil no es más que la expansión del yo tomada a contrapelo y vuelta contra ella.

Este es el final de la maldición que repetía incansablemente «solo eres impotente, sin la sociedad no eres nada». Ya no aceptamos que la soledad se identifique con el destierro moral, el rechazo de la comunidad, la ruptura del contrato social, la expiación de la oveja negra y del chivo expiatorio. Por más que el terrorismo del clan todavía proclame que no hay salvación fuera de la Iglesia, del partido, de la familia, del grupo, de la ley, sabemos que la esperanza reservada a su rebaño desde hace mucho es menos rentable que la espectacular desesperación del excluido, del disidente, del hereje, del solitario.

La verdadera tristeza de la soledad reside en el hecho de que, lejos de estar a solas con uno mismo, hay que soportar la peor compañía, la presencia interiorizada de los demás, la ley del clan. ¿Cómo podemos sentirnos solos cuando todavía nos acecha nuestro doble de ciudadano, de militante, de líder, de intelectual, de reprimido? El individuo enajenado solo conoce la soledad en el reverso de sí mismo, en el terror del apego a aquello que lo aleja del goce. Descubrirse exiliado de su propia vida le asombra menos, a primera vista, que ser repentinamente separado de lo que lo esclaviza. Creía con tanta fe en su separación que separarse de ella lo mata.

Valiéndose de sus comunidades de naciones, de partidos, de ejércitos, de clases, ¿han logrado alguna vez los individuos enajenados, mejor que cualquier loco solitario, dirigir la historia fuera de la orientación de la mercancía? Ya sea que los hombres castrados por la economía se encuentren aislados o en manadas, ¿qué diferencia hay? ¿Y qué importa ser excluido de una familia que condena al exilio de uno mismo?

La inversión de perspectiva opone a la soledad por defecto una soledad de la abundancia, una plenitud de deseos, un incremento de la vida y de su conciencia que es la espontaneidad misma de la autonomía.

La soledad elegida rechaza el mundo de la soledad impuesta. Me enseña a vivir, ni mejor ni peor que vosotros, sino *sin comparación*. Nacer es concederse el privilegio inalienable de realizar todos los deseos de vida. Aprendo solo a descubrirlos, a liberarlos de la inversión, a realizarlos. Aprendo a no reprimir ninguno.

La idea de que hay que imponer la opinión personal es el sello de un comportamiento economicista. La mercancía siempre mueve los hilos de la lucha competitiva. El retorno a uno mismo se ríe de las victorias del parecer. No tengo nada que demostrar, no soy un ejemplo a seguir y me importan una mierda sus competiciones. Que esto, al menos, me proteja de la enfermedad que amenaza los primeros pasos de la autonomía. Librenme del desencanto de aquel que espera un eco de sus actos y grita en el desierto: «¿Acaso no comprenden lo que intento, acaso solo son capaces del monstruoso ridículo de los elogios y las condenas?» Porque todo será dado a los que no esperan nada a cambio.

Me hago invulnerable a lo que me golpea volviéndome cada vez más sensible a lo que quiero. La torre de marfil es solo una pieza en el tablero de ajedrez del poder. No se trata de replegarse, sino de ir hacia uno mismo sin mirar atrás. No importa a cuánta desesperación puedan reducirme, me niego a la desesperación de la vida. Nada me basta, y cuando su miseria se hace ley, solo siento el ansia de derribarla. Me apasionan demasiadas locuras como para contentarme con la sabiduría.

El deseo intensamente vivido se realiza siempre, llega sobre las alas del tiempo el día en que su pensamiento se disuelve en la acción espontánea. Nada de lo que vive, vive solo cuando ha decidido vivir para sí mismo.

La autonomía funda la autogestión generalizada en la armonización y la emancipación de los deseos particulares. Toda relación de fuerzas implica el desprecio por uno mismo, la carencia apresuradamente compensada, la inversión donde cada uno se vive desde fuera de sí.

La separación es al reflejo de muerte lo que la diferencia es a la vida. Cuanto más se afirma la diferencia absoluta de cada existencia como un conjunto de deseos específicos, más tiende a disolverse la separación. Nuestra época no se equivoca en esto: a más sean las personas reducidas al anonimato de los objetos y dotadas de una individualidad abstracta, más se habla del derecho a la especificidad.

La diferencia intelectualizada es la última separación de un mundo que nunca ha tolerado la diferencia auténticamente vivida. Un mundo donde los roles asumidos en la escena cotidiana implican tal pérdida

de vida, tal represión, tal frustración que la compensación de los desahogos se obliga a reproducir y a renovar cada vez más rápidamente los viejos racismos políticos, estéticos, geográficos, eróticos, culinarios, condenando y rehabilitando en una serie de modas lo judío, lo negro, lo rojo, lo blanco, lo bueno, lo malo, lo bello, lo feo, lo normal y lo anormal. Y los que se dicen revolucionarios se cuidan de escapar de esas clasificaciones con sus exclusiones, sus adhesiones, sus traidores, sus *vedettes*, sus condenas, sus certificados de radicalidad y sus cárceles del pueblo.

El producto complementario opone a la absurda furia del mundo su humanismo de tolerancia caracterológica. Esto es como determinar la personalidad de los caracoles a través de su concha, la confesión espontánea del «yo soy así, no puedo hacer nada». Como si la especificidad pudiera confundirse con la particularidad del *carácter*, coraza forjada mediante la represión de los deseos y perchero vulgar de los roles.

Ahora que la historia de la mercancía muestra que es la historia invertida de la expansión individual, ¿vamos a reconocer la especificidad de los deseos de vida, a admitir que cada ser es un caso particular, que no puede reducirse a comparaciones, a medidas, a definiciones?

Todavía esperan de ti que presentes suficientes signos particulares para ser vendido y suficiente uniformidad para ser vendible; para que siendo nada para ti mismo, fluctúes según los vaivenes de la oferta y la demanda sociales.

Vivir no según su carácter, sino de acuerdo con la exuberancia de los deseos, ¡qué proyecto tan aterrador! ¿Acaso vas a vivir mejor si la opinión te juzga

simpático, guapo, inteligente? ¿Vivirás peor si piensas que eres estúpido, feo, infame? En caso afirmativo debes preocuparte, de hecho, por los demás porque existes a través de ellos, les perteneces, necesitas seducir, oprimir, obedecer, huir de ti.

En caso contrario, deja que las imágenes prefabricadas de tu buena y de tu mala reputación circulen y se confundan. Ya no necesitas mentirte una vez que has perdido el interés en parecer, en posar para la familia y para la historia, en temblar ante ese reflejo que es solo tu representación ajena.

¿La opinión tiene sus asesinos y sus prisiones? Cuando empecemos a abatir las prisiones interiores y los asesinos ocultos del superego, los de afuera caerán como la Bastilla. Se consigue todo sin dudar de nada.

Solo soy único para mí y en mí. El afán que tienen de explicarme maneja demasiado bien el bisturí de la autopsia y del desahogo. No hay mejor curiosidad sobre mí que la mía. Y aunque tu ternura me ayude a ver más claramente, ¿acaso no soy el único que puede sacar algo de luz de la sombra?

Nada me complace más que ver a los seres y a las pasiones armonizarse en mí y a mi alrededor. Aspiro a las afinidades que se atan y se desatan sin ruptura, según el ritmo caprichoso de los deseos, escapando lo más gratuitamente del mundo de los tics sombríos de la voluntad de poder, y sin que el reflejo de la frustración ponga sus garras de amargura sobre la ausencia de un ser querido.

Que cada uno mantenga sus gustos y sus disgustos, sus acuerdos y sus desacuerdos, o que los cambie, poco importa, siempre y cuando reine la

exuberancia de la vida y no la muerte que guía todas las separaciones. Y si viejas inhibiciones me han influido en alguna de mis elecciones, no me obliguen a eliminarlas. Ellas no me han llenado ni de odio, ni de angustia, ni de carencias, emociones que bien podrían suscitar sus órdenes y sus incitaciones.

No hay armonía sin una autonomía irreductible. ¡Oh tú, mi voluntad, dame una multitud de deseos y el placer de realizarlos todos! Y que la revolución sea nuestra tan seguramente como es mía.

3. La autonomía no tiene más que un imperativo: destruirlos todos. La expansión del yo fomentará la revolución internacional

La realización individual conoce sus límites y no reconoce ninguno. La inversión de perspectiva disipa en cada uno la bruma corrosiva del trabajo y de la obligación. Todo aquel que escapa del control económico por astucia, atrevimiento y violencia, se siente inclinado a crearse, a darse nacimiento, a cambiar de vida llegado el momento. La creación experimentada cotidianamente como renacimiento no es otra cosa que el impulso a gozar que va disolviendo poco a poco la coraza de los deseos reprimidos.

Se nos ha predicado la muerte durante tanto tiempo en nuestros instantes más pequeños que todo lo que se parezca a la prédica —comenzando con la incitación a vivir— toma la apariencia de la muerte. Quiero ser mi propia ciudadela, impenetrable y abierta a quienes acrecientan su fuerza, acogedora para el viajero en el camino hacia sí mismo.

Los castillos de la autonomía terminarán de arruinar la autoridad del Estado. «Los caballos del deseo beberán el agua purificada de los ríos a orillas de las ciudades invadidas por las flores».

La autogestión generalizada no necesita agitadores, prescinde de esos conspiradores que los burócratas en el poder aman denunciar en todas partes porque ven en ellos el reflejo apaciguador de su tiranía. No le importan los partidos ni las organizaciones. Cadáveres que pretenden gobernar, en vano sospecharán de misteriosas conspiraciones, castigarán a los instigadores de desórdenes y lamentarán hipócritamente una violencia mantenida por vuestra sola presencia. Una vez más, la evidencia les embadurnará la nariz con su impotencia. En la calle y en el umbral de sus inquietudes, los individuos de la autonomía naciente emergen lentamente de las nieblas de la contaminación mercantil. Listos para arriesgar la nada por el todo, para atacar donde menos lo esperan, para responder solo a ellos mismos, se encargan del único mandato de su subjetividad y sus pasos comienzan a pisotear la chatarra de su civilización mortal.

La historia podrida de la economía se abre a la historia posible de los individuos. En el retraso de la vida sobre la voluntad de vivir, es la cabeza la que todavía oculta la presencia de un nuevo estilo. No vivo lo suficiente la inversión de perspectiva, pues la impaciencia me hace esperar lo que ya está en mí. ¿Por qué buscar por carencia lo que se encuentra por abundancia? Ahora me basta simplemente con tomar lo que me gusta para vincularlo con lo que me apasiona, pues la pasión tiene los ojos del placer,

prende fuego a todo y solo reduce a cenizas lo que obstaculiza su deseo.

No quiero privarme de nada, nunca tengo suficiente de todo. ¿Cómo podría satisfacerme el viejo mundo? En cada problema social, en cada revuelta, se me ofrece la ocasión de romper aún más las barreras de la gratuidad, sobre un territorio más vasto que el terreno de mi vida cotidiana. La línea de vida pasa por la abundancia subjetiva, el amor sin límites, el incendio de bancos, el sabotaje de la economía, el fin del Estado, la destrucción radical de las relaciones mercantiles.

Quiero luchar para ser humano, siempre demasiado humano para ser suficientemente humano.

*

La gratuidad es la autodefensa de la vida. El goce sin contrapartida es el arma absoluta de la emancipación individual. La ironía de la historia ha querido que la extrema enajenación mercantil lo ponga al alcance de todos.

Sin intermediarios, sin políticos, sin agitadores, sin médicos, sin tribunales, sin fuerzas externas a nosotros, imprimiremos en la historia la huella de nuestros deseos armonizados y la liberación de la necesidad.

¿Nadie se salva solo? En realidad, estoy seguro de que nunca me salvaré si espero mi salvación de los demás y no de mí mismo. Si la autonomía individual no se emplea al principio, ¿cómo se puede recuperar al final? ¿Y de qué sirve afirmarla al comienzo si no hemos resuelto realizarla?

Ayer condenada al desahogo suicida, la lucha de los individuos efectúa su mutación en la inversión de perspectiva. La energía invertida en la carrera del poder y de la ganancia se recupera riendo cuando para satisfacerse encuentra solo el desempleo, la inflación, la decadencia económica, el colapso de la autoridad y la revolución administrada por los jueces de radicalidad. Vuelve a encontrar los caminos del goce y exige su gratuidad inmediata.

No pretendo que ella se imponga desde el comienzo. La ingenuidad no implica esperar que un magistrado, un comerciante, un militar, un asesino finalmente elija disfrutar en lugar de mutilar a la gente con el garrote de su impotencia. Pedirle a una víbora que no muerda no me parece imposible, aunque ciertamente no durante el primer encuentro.

No pasa un día sin que la agresión no nos empuje a tomar represalias. El comercio me ataca obligándome a pagar, el banco me ataca obligándome a comprar, las leyes y la autoridad me atacan prohibiendo la libertad de mis deseos de vida. Sin embargo, ya no es el desahogo de la rabia, sino la tranquila violencia de la superación la que los barrerá.

Es con una encantadora desenvoltura, la más inocente del mundo, que los individuos, unidos por un deseo común de autonomía, dejarán de pagar, de trabajar, de obedecer, de renunciar, de envejecer, de tener vergüenza y de tener miedo; que actuarán según el impulso del placer, vivirán de amor y de creatividad.

La naturaleza no tiene otras leyes que las que le atribuye la economía. Son estas leyes las que habéis celebrado en la crueldad animal y en las plagas de la

tierra y del cielo. Son estas leyes las que la voluntad de vivir negará socialmente en una confrontación de la que no saldrán victoriosos sus reflejos de muerte. La lucha contra una naturaleza hostil da paso hoy a la ayuda que se ofrece a los goces individuales a través de lo que la naturaleza *regala*, y que os enorgullecéis de arrancar de las raíces de la vida. La mutación de la civilización humana realmente es solo su realización.

Qué importa si el gusto por los placeres es una fuente de errores. Nunca cometeremos tantos como lo atestigua la mancha de sangre intelectual que toda revolución pasada lleva en el corazón. Prefiero un error espontáneo a una verdad impuesta. Son mejores los tanteos del creador que la coherencia del jefe.

Lo esencial ha sido dicho. Ahora se expresará lo importante.

8 de enero de 1979.

